

Los hijos de Mónica Amder

II ALEX

Erina Alcalá



CUATRILOGÍA
LOS HIJOS DE MÓNICA AMDER

II. ALEX

ERINA ALCALÁ

*Seré un ladrón de minutos
Para estar más tiempo contigo.*

CAPÍTULO UNO

La madre de Alex Ponce siempre estuvo enamorada desde que tuvo 12 años del padre de Alex, Nolan Wilson, su vecino del rancho de al lado, pero este, unos años mayor que ella nunca se fijó en esa chica seria, tímida pequeña y callada que fue. A parte de tener novia desde el instituto, Pam, la chica rubia, animadora y guapa.

Su madre, Mónica Ponce, había nacido en Málaga, España, de padre malagueño y madre americana, cuyo abuelo, el bisabuelo de Alex, tenía un rancho en Dubois, un pueblo del estado de Wyoming y cuando este murió, los padres de su madre tuvieron que irse desde Málaga a hacerse cargo del rancho. Y su abuelo lo hizo próspero.

Sin embargo, la noche de la fiesta de graduación del instituto, sus padres lo concibieron.

Sin saberlo, su abuelo, el padre de su madre quiso que su madre Mónica, estudiara en la universidad de Málaga y así estar con sus abuelos paternos.

Y allí nació Alex, al que su madre le puso su apellido y nunca, ni su abuelo ni su padre supieron de él hasta que su madre, regresó al rancho seis años después.

Él era pequeño y recordaba poco, recordaba haber conocido a su padre en el rancho cuando volvieron de España, poco tiempo, pero también recordó que su padre iba a tener otra hija con su novia que se había ido a California y había vuelto embarazada, llevándose a su padre consigo.

Sin embargo, la novia de su padre perdió a su hija en el parto. Pero se casó con ella, meses después y él siguió con su madre que tuvo que hacerse cargo del rancho y ponerlo a punto al morir su abuelo. Recordaba cómo estuvieron los dos solos y cómo su madre trabajó e iba de un lado a otro hasta dejar el rancho precioso.

Contrató a trabajadores y se enamoró del cocinero, un chico de Montana, West y al que quiso más que a su propio padre que no fue a verlo nunca más, salvo llamarlo por teléfono y mandarle dinero mensualmente.

No lo volvió a ver hasta los 17 años. Sin embargo, sí recordaba irse al rancho de al lado de pequeño y hasta los 17, con sus abuelos, los padres de su padre que lo querían mucho.

Su padre nunca le puso el apellido y su madre no quiso que West, su marido, le pusiera el suyo, para no hacer daño a su verdadero padre Nolan, y pasó a llamarse Alex Ponce, el apellido de su madre que siempre tuvo y no quiso cambiarlo.

Su madre tuvo dos gemelos de su padre West, el que lo había criado con amor y lo quería como su propio hijo, y a los gemelos les puso su segundo apellido para que todos sus hijos tuvieran el suyo, Ponce, así sus hermanos a los que llevaba siete años, West y John, se llamaban Amder Ponce.

Cuando Alex acabó el instituto, tanto sus abuelos paternos como su madre, vendieron sus ranchos y se fueron a Nueva York. Su madre le dijo que iban a cumplir el sueño de su padre West.

West era un tipo alto, más que su padre, guapo y fuerte de ojos negros profundos como sus hermanos. Era de Montana y tenía un rancho, que su hermana mayor, le hizo vender cuando murió su padre. Y aún conservaba la mitad del dinero de su rancho, pero al ver el anuncio de su madre buscando cocinero años atrás, fue a Dubois y nunca se arrepintió.

Años atrás había estado cuatro años en Nueva York haciendo un curso extenso de chef, pero dejó su sueño de montar un restaurante por su madre.

Se enamoró perdidamente de ella y nunca había visto una pareja que se amara más que sus padres. Siempre se lo decía a su madre, que quería un amor como el de ellos y una mujer como su madre, que se amaban tanto.

El no veía que discutieran sino por tonterías y su padre cogía a su madre en alto y se le quitaba el enfado, y siempre estaba cogiéndola y besándola y ella a su padre igual.

Siendo él pequeño, participaba en esos juegos. En la adolescencia, le parecían pesados, pero después eran una envidia para todo el mundo. Eran su media naranja, el amor de su vida cada uno.

Cuando se fueron a Nueva York, compraron un apartamento enorme y precioso y sus padres montaron una cafetería justo en el bajo del apartamento.

El edificio tenía gimnasio y piscina. Y su madre siempre era la madre generosa que no quería que no le faltara nada a sus hijos, y su padre era más recto y lo respetaban y querían y

West, se emocionaba a veces, sin disimular nada.

Justo el año que se cambiaron a Nueva York, Alex recibió una beca para estudiar en Harvard, había solicitado Derecho y allí, conoció a su mejor amigo, de Wyoming, de Cheyenne, la capital y durante los seis años que permanecieron en la universidad, fueron los mejores amigos. Iban juntos a todos lados, estudiaban, salían con chicas. Más un troteo que otra cosa los primeros años, pero el cuarto año de universidad, Alex creyó enamorarse de una chica que en una de las fiestas que hicieron, chocaron y ella le echó su refresco encima.

Tenía 21 años y cuando miró la cara de esa chica asustada y preciosa, supo que había tenido la mayor suerte del mundo.

—¡Ay Dios! Lo siento, siento haberte echado...

—No pasa nada, ha sido un accidente —Dijo él casi encantado.

— Lo siento de verdad —Dijo de nuevo la chica.

—Te lo perdono si vienes a que me cambie.

—¿A tu habitación?

—No te voy a comer.

—¿Qué estudias?

—Derecho ¿y Tú? —Le preguntó Alex.

—Yo también.

—¿Que año?

—Cuarto.

—Yo tercero —Dijo ella.

—Pero no eres de aquí por el acento, digo...

—No, soy española, de Málaga. Marbella en concreto.

—¿En serio?

—Sí, ¿Por qué?

—Yo nací allí, mi abuelo también lo era y mi madre, pero me viene a los casi seis años a Wyoming a nuestro rancho, ahora vivimos en Nueva York —Le contaba mientras caminaban hacía su dormitorio.

—¡Qué casualidad! Yo soy de Marbella y mis padres quisieron que estudiara en esta universidad.

—¿Tienes beca?

—No, ¿Tú sí?

—Sí —Dijo Alex.

—¡Qué suerte!

—¿Cómo te llamas?

—Sofía ¿Y tú?

—Alex encantado, ya llegamos y me cambio.

—Vale.

Y lo acompañó a través del campus y se metió en el baño y se cambió.

—Bueno, ya está. ¿Volvemos a la fiesta?

—Sí.

—¿A qué se dedican tus padres?

—Mi padre es médico y mi madre también.

—¿Son ricos?

—No demasiado, solo que ganan bien y mis abuelos me dan algo para la universidad.

—¿Tienes más hermanos?

—Sí, tengo uno mayor. Julio. Es policía en Málaga, pero ya es independiente.

—¿Qué edad tienes?

—20, pronto cumpliré 21 en marzo.

—Yo 21. Y cumpliré en unos meses 22. Nunca te he visto por aquí

—Siempre estoy en la habitación o en la biblioteca. Tengo que estudiar, no puedo dejar que mis padres se sacrifiquen y no aprobar los exámenes.

A partir de esa noche, Alex, un chico de 1,85, de ojos verdes, pelo oscuro y cuerpo formándose, se creyó enamorado de Sofía, pequeña como su madre, si pasaba de 1,60, con unos ojos castaños claros y un pelo castaño por media espalda que era su debilidad, tenía un cuerpo precioso.

Y cada vez que tenían un rato libre estaban juntos. Eran inseparables, así como su amigo Jim de Wyoming que se echó otra novia Karen de Nueva York. Iban los cuatro a la biblioteca, a comer y cenar y salían por Cambridge.

Y dos meses después de conocerse, hicieron el amor en un hotel de Cambridge un fin de semana que se quedaron solos.

Él, ya se había acostado con algunas chicas en troteos los años anteriores. Pero para Sofía era su primera vez y fue muy especial para los dos. Fue intenso y estaban enamorados como adolescentes.

Él adoraba a esa chica buena que lo adoraba a él. No había otra. No se lo quiso contar a sus padres hasta que esa relación tuviera más tiempo, y además no quería preocuparlos y que pensarán que no estudiaba y estudiaba más con ella.

Alex era muy cariñoso, y lo que aprendió de su padre West, lo ponía en práctica, la cogía al vuelo, la besaba siempre, la tocaba y era su pequeña española.

Así estuvieron un año y medio, saliendo. Y cuando Alex empezó el master, justo a la mitad del primer año de los dos que hizo de master, y cuando Sofía, terminaba la carrera, los padres de Sofía murieron en un accidente de coche y tuvo que volver a España para no volver más.

Y aquello fue muy duro para ambos que estaban tan enamorados. Alex recordaba como lloraban el día que ella tomó el tren para irse al aeropuerto de Nueva York.

Era el fin de todo.

Alex se hundió en los libros y su amigo Jim, hacía lo que podía porque sabía lo enamorado que estaba de ella.

Hablaban por Skype, pero sabía que eso no llevaba a ningún lado y ella no quería sufrir más de que ya sufría por la muerte de sus padres, y dejó de hablar con él. Le dijo que se buscara otra chica y la olvidara.

Alex terminó su master, pero nunca olvidó a Sofía, estuvo dos años en casa de sus padres y lo

llamaron para trabajar en un bufete, y a los 26 años, se independizó, tenía trabajo, un apartamento situado en la misma avenida que vivían sus dos padres, y que le pagaron y decoraron entre ambos padres, y además tenía dinero.

Sus abuelos cuando vendieron el rancho le habían dado un millón de dólares que su madre junto con lo que le había ido dando su padre Nolan a lo largo de los años, recibió. Y su cuenta fue aumentando con los dos años que vivió en casa de sus padres y que no quisieron cobrarle nada.

Vivía feliz, tenía todo, chicas no le faltaban y a veces veía a su amigo Jim que se mudó a Nueva York y seguía con Karen y cuando los veía juntos, se acordaba de Sofía, pero eso ya no podría ser.

Sin embargo, ninguna chica fue como Sofía en esos años.

Sofía por su parte, al año siguiente y con uno de retraso, tuvo que repetir curso en Málaga, el último de Derecho, en cambio el master duraba un año allí, así que cuando acabó tenía 24 años y vivía con sus abuelos.

No había olvidado a Alex y nunca más salió con otros chicos.

Quería ir a Nueva York, pero ¿Cómo encontrarlo?, quizá tuviera novia, quizá... Pero iría.

Así que una noche cuando había acabado su master quiso irse a Nueva York y así se lo dijo a sus abuelos que, acongojados, no querían perder a su nieta.

Su hermano en cambio le dijo que si ese era su deseo, se fuera y probara, si no, que volviera. Era su vida.

—Pero abuelo, está mi hermano Julio, he hablado y con él y con Manuela.

—¿Y qué te ha dicho tu hermano y tu cuñada?

—Que haga mi vida. Hemos repartido el dinero y vendido la casa de mis padres.

—¿Y cuánto tienes hija?

—Después de pagar el máster, casi 500.000 euros, serán más en dólares, alquilaré un apartamento en Manhattan.

Donde vivía Alex con la intención de verlo. Esa era la única intención, encontrar trabajo también, pero verlo...

—Un apartamento pequeño y buscaré trabajo en un bufete.

—Está bien cariño, te daremos algo más nosotros y a tu hermano. Si es lo que quieres...

—Me iré cuando pasen los reyes, me quedará aún un par de meses mientras renuevo el carnet, vendo el coche y quiero pasar las Navidades con vosotros.

—¡Ay cariño! que lejos tan sola y con 24 años...

—Cuando me vaya tendré casi 25. Los cumplo en marzo abuela.

—Los que sean, eres tan joven y esa ciudad es tan grande, tan lejos... Y estarás sola.

—Abuela, vendré todos los años a veros, lo prometo, en vacaciones estaré con vosotros.

—Mi niña...

Y el diez de enero, iba camino de Nueva York, en primera, con dos maletas, su bolso de mano, más de 650.000 dólares y un apartamento alquilado que había visto por internet de un dormitorio y un pequeño despacho en una de las avenidas de Manhattan, de zonas juveniles.

Aún tenía que ver el apartamento antes de firmar el contrato y así se lo dijo al agente antes de ir o decirle que se lo quedaba, porque las fotos eran una cosa y cuando lo veías, era otra cosa bien distinta

Y con el agente, quedó en la puerta. Lo llamaría al llegar al aeropuerto y el tiempo que tardase desde el aeropuerto en taxi, la esperaba el agente en la puerta para darle las llaves y hacer el contrato. Ya sabía la dirección.

Ella pidió en un buen sitio, amueblado y limpio, pintado y con muebles decentes, por algo le costaba tres mil quinientos con comunidad. Algo caro si no encontraba trabajo pronto, pero

llevaba todos sus títulos ya para poder trabajar en Nueva York. Y en cuanto estuviese instalada, buscaría trabajo.

Cuando llegó a su apartamento, le encantó. Era soleado, luminoso y los muebles le encantaban, un baño y vestidor en su dormitorio, una cama grande, y un aseo y despacho pequeño, un salón suficiente, con comedor para cuatro y una cocina pequeña de concepto abierto.

—Es precioso. Algo caro.

—Pero está en el centro. No los hay más baratos. Esto es Nueva York —Le dijo el agente.

—Eso sí. —Y se quedó con él. Hicieron el contrato, le pagó al agente inmobiliario y se dispuso a poner la alarma y ducharse para empezar, y salió a tomar algo a una cafetería cercana, y se acostó a plomo en la cama. Estaba tan cansada...

Durmió hasta el día siguiente en que salió de nuevo a comer y hacer una compra de alimentación y limpieza, aunque más limpio no podía estar el apartamento.

Cuando colocó lo que había comprado, empezó a sacar sus maletas, planchar la ropa y no le apetecía hacer de comer.

Fue a dar un paseo y comió algo y compró algunos adornos, flores y un jarrón, alguna planta y materiales de oficina, fax, impresora, un pc nuevo y un nuevo móvil.

Iba cargada, Eso lo pondría al día siguiente y eso hizo.

Y se acabaría el descanso.

Cuando tuvo su despacho listo, empezó a buscar trabajo, tanto por internet, como por el periódico, como enviando currículums a los bufetes de abogados y despachos. Ella había elegido la rama criminalista del derecho y quizá podía tenerlo más fácil. Porque era la más complicada y el hecho de haber sacado buenas notas en Harvard, podía ir en favor de su currículum.

CAPÍTULO DOS

Ya llevaba Sofia casi un año en Nueva York, había encontrado trabajo en un buen bufete y acababan de dejarla en plantilla con un despacho y una ayudante y poder preparar sus propios casos y llevar a su ayudante al juzgado sola, no ir ella como ayudante.

Ese día estaba radiante y feliz.

Había pasado un a Navidad sola, pero a ella no le importaba, le encantaba el sitio donde vivía, la zona, a los de la cafetería los conocía y saludaba y a los del supermercado. Era abierta e inteligente, extrovertida y risueña.

Era feliz, pero a pesar de que ya iba a cumplir 26 años en marzo, no se había atrevido a buscar a Alex. Tampoco lo hizo sin saber si iba a quedarse del todo allí, pero ya sí que se quedaría y quizá ya era hora de buscarlo.

¿Y si la había olvidado? Bueno, serían amigos, de todas formas, con los años que habían pasado no podrían ser otra cosa, no creía que Alex se hubiese casado tan joven, pero seguro que tendría novia o algo similar. Era tan guapo y abogado, estaría trabajando y era imposible que no saliera con alguna chica y eso tenía que asimilarlo ella. Y tendría que empezar a salir con chicos, no sin antes encontrarlo.

Y buscó Alex Ponce en todas las páginas de trabajo, abogados, derecho, por todos sitios y lo encontró. Solo había uno, no podía haber dos Alex Ponce abogados.

Lo encontró en una página de bufetes de abogados. Sabía dónde trabajaba, a cuarenta minutos de su casa, ella trabajaba a media hora andado de casa e iba andando todos los días, así hacía ejercicio al ir y al venir, iba súper vestida y maquillada y se acostumbró a llevar y traer zapatillas y al llegar al bufete, ponerse los tacones elegidos para el traje de ese día.

A ella le hacía gracia porque la mayoría de las chicas hacían lo mismo a parte de llevarse el café por la calle, pero a ella eso no le gustaba. Desayunaba y se iba. Se levantaba más temprano e iba ya desayunada.

Uno de los días, le llegó un caso a su mesa y empezó a temblar, porque la parte contraria la llevaba el despacho de abogados de Alex. Un abogado llamado Jack. Ya se informó que tenía fama de duro e implacable en el juzgado, pero ella, no era tonta tampoco, era más joven, pero también era implacable y dura si tenía que serlo.

A los cuatro días quedó con el abogado de la parte contraria y su representado, tenían cita en el despacho de abogados de Alex. Ella hubiese preferido en su espacio, pero accedió al final. No tenía inconveniente. No porque diera su brazo a torcer ni que por un momento creyera ese Jack que ella era ingenua joven y tonta. Seguro la había estudiado como ella a él, era lo primero que se hacía.

Ella lo hizo por si podía ver a Alex. Iba a preguntar por él cuando terminara la reunión.

Y cuando entró en el despacho de abogados con su defendido, sabía que eran peces gordos y que, si no se crecía, se la comerían con patatas. Su bufete era un bufete bueno, pero ese era de gente rica y adinerada, y tenían un ranking de casos ganados del 90%. Y ella tenía que demostrar que iba a pisotear a esa cucaracha de Jack, aunque el tío estaba bueno y tenía 33 años, siete más que ella.

Cuando se reunieron en la sala, su representado parecía una criatura desamparada, pero ella

que iba guapísima, entró con decisión al despacho, pisando fuerte.

—¡Hola! ¿Jack Redmond? —y el abogado se levantó del sillón sonriente y educado de la sala donde se iban a reunir y era alto, pero a ella no la dominaba nadie.

Era alto, era guapo, tenía una voz preciosa y le apretó con decisión la mano. La miró de arriba abajo y ella sintió calor en su cuerpo. Hacía tiempo desde Alex que nadie la miraba y pensaba acostarse con ella y eso sintió.

Se sentó junto con su representado frente a ellos, y esperó a que Jack hablara primero.

—Bueno, señorita Méndez, este es el trato. Mi representado pide 500.000 mil dólares y nos olvidamos de todo ahora mismo.

Y habló en silencio con su defendido.

—Vamos señor Redmond, sabe que eso fue un accidente. Vale que mi representado entró con un cuchillo en la tienda con intención de robar, porque no tenía para comer, pero fue su representado el que le quitó el cuchillo y se hirió con él. Mi representado no tiene dinero para pagar medio millón de dólares. Pero tengo una proposición que hacerle.

—Díganos señorita Méndez.

—Trabjará gratis un año a media jornada para el señor Blond y aparte le dará 50.000 dólares.

—¿Y de dónde sacará 50.000 dólares si no tiene para comer?

—Eso es cosa suya, ¿Pero si no tiene 50.000, ¿cómo su defendido le pide medio millón?

—Mi representado no acepta el trato.

—Irá a la cárcel pero de ningún modo podrá pagarle, como mucho tendrá que hacer trabajos a la comunidad, siempre será mejor que le trabaje a él. Es una buena persona. Y la primera vez que lo hace. No tiene antecedentes y sí una familia con necesidades.

—No aceptamos. Nos vemos en el juzgado.

—Bien, pues nos vemos en el juzgado.

Era un reto el que le había hecho ese hombre.

Ella habló con su representado y le dijo que se verían al día siguiente las once, tenía otros dos casos y tenía que hablar con Jack y con Alex si estaba. Y el chico se fue

Cuando ambos abogados se quedaron solos...

—¿Quiere de verdad que ese chico vaya a la cárcel un par de años?

—Eso quiere mi representado.

—Pues déjeme que le diga que lo considero cruel, la cárcel no va a hacerle nada bien, he conocido a su familia y aunque sea negro, eso no significa que sean malas personas, es la primera vez que lo hace.

—¡Qué pena!

—¿En serio me dice eso?

—En serio Sofía.

—Señorita Méndez para usted.

—Está bien. Es usted como su representado.

—¿En qué se basa?

—En sus buenas intenciones, ¿En qué me voy a basar? Pero se olvida que llevaba un cuchillo.

— Lo sé pero no tenía intención de hacer daño.

—Señorita, esto es la ley aquí somos lobos, y la oveja pierde.

—Pues es una pena, oveja.

Y él rio con ganas.

—Es usted muy graciosa y me gusta su acento.

—Gracias. ¿Puedo hacerle una pregunta? —Mientras salían de la sala.

—Y dos.

—¿Trabaja aquí Alex Ponce?

—Sí, en la segunda planta, es más implacable que yo, ¿Lo conoce?

—Sí estudiamos juntos en Harvard, quería saludarlo.

—Pregunte en la segunda planta, allí trabaja él y su novia.

—Gracias dijo ella.

Y no supo si pasar o no, pero ya estaba allí, por qué no iba a pasar...

—Sofía. —Le dijo Jack antes de despedirse.

—Sí.

—La invito a una copa.

—¿Después de lo que me ha dicho?

—El trabajo es independiente de la puerta de salida.

— ¿Puede hacerlo?

—Debo hacerlo y usted también, si no, mal asunto.

—¿No está casado?

—Ni tengo pareja, no la invitaría de otro modo.

—Está bien acepto. Si Alex tenía novia...

—Paso a recogerla hoy.

—Prefiero mañana sábado, tengo asuntos pendientes hoy.

—Si tiene novio retiro la propuesta.

—Si tuviera novio, no aceptaría.

—Perfecto.

—¿Dónde vive?

—No me atrevo ni a darle mi dirección al lobo.

Y Jack, se reía

—Vamos, no me la comeré todavía.

Y a ella no le importaría que se la comiera, porque estaba buenísimo, pero estaba Alex.

Y se la dio.

—A los siete pasos mañana a recogerla.

—Está bien.

—Tengo tu teléfono.

—Cómo no, y yo el tuyo. Adiós lobo.

Y tomó el ascensor mientras Jack iba riendo a su despacho, era pan comido.

Al llegar a la segunda planta, preguntó por Alex y una chica alta y rubia, abogada, le dijo que era su novio y que de qué lo conocía y ella le dijo que se había enterado por casualidad de que trabajaba allí, que habían estudiado en Harvard juntos, hacía mucho tiempo y que tenía un caso con Jack.

—Cuidado con ese hombre.

—Ya lo he visto.

—Si esperas, tarda cinco minutos en venir, acaba de llamarme, te dejo en su despacho, tengo que irme fuera a un caso.

—Bien, gracias.

A los diez minutos entró Alex en el despacho y vio a una mujer sentada de espaldas y su corazón dio un vuelco, no podía ser...

Pero era. Ella se levantó y se dio la vuelta. Estaba preciosa y ambos se pusieron nerviosos.

—¿Sofía? ¿Pero qué haces aquí?

—¡Hola Alex! ¿No me saludas?

Y se abrazaron y él sintió los pechos de ella en su cuerpo, su calor, la sensación extraña de que no la había olvidado. Y de que era la única.

—Me alegro de verte, sabía que llegarías lejos.

—Y tú también.

—Estoy trabajando para un bufete menos ostentoso que este. Tu novia me ha dejado aquí en tu despacho, es preciosa Alex.

Y él se sintió desazonado, porque cuando la vio, el mundo desapareció bajo sus pies. Cuando estuvo con ella, era una jovencita, pero ahora era toda una mujer preciosa y elegante.

—Pero cuéntame desde cuando estás aquí, todo eso —y ella le contó todo.

—¿Pero por qué no me has llamado antes, en cuanto volviste?

—No quería por si no me quedaba en Nueva York. Tenía miedo de que estuvieses con otra mujer, no...

—¡Joder Sofia, si me hubieses llamado!

—¿Por qué?

—Llevo siete meses saliendo con Marie.

—¿No hubieses salido con ella?

—Por supuesto que no, no te he olvidado a pesar de todo, lo sabes, estuve enamorado de ti, mucho. Eras toda mi vida y ahora estás aquí y nada ha cambiado Sofia.

—Lo sé y yo también y sufrimos mucho, pero ahora solo nos queda ser amigos.

—¡Joder, maldita sea!, ¿Y has venido a verme?

— En parte, pero tengo un caso con Jack.

—¿Con Jack?, es criminalista.

—Como yo. Quiere ir a juicio.

—Te despedazará en el juzgado.

—Ya veremos.

—¡Joder!

—A cambio me ha invitado a salir.

—Se acostará contigo seguro.

—Bueno, no estaría mal, Alex, tú tienes novia.

—¡Madre mía Sofia!

—No tenía que haber llegado Alex, perdona y se levantó para irse, no quería que tu vida cambiara. Ni quiero, solo quería saber cómo te iba la vida.

—No puedes aparecer en mi vida e irte de nuevo. No te dejaré.

—Alex, Marie es una chica encantadora y no voy a salir contigo, si es eso lo que pretendes.

—¿Sales con alguien?

—No con nadie, pero esa no es la cuestión, vamos Alex, tengo que irme. Ya te he visto.

—No es así la cuestión, Sofia. Dame tu teléfono.

—Con una condición, no quiero que tu vida cambie, solo como amigos.

—Está bien, como amigos —Y a ella no le sonó convincente.

—Te dejo ya. Tengo asuntos pendientes.

Y lo abrazó.

—Vamos, reflexiona, no seas impulsivo, lo nuestro fue y se acabó, Alex.

—¡Dios Sofia! Eso ya lo veremos. Te llamaré.

—Muy bien.

—Adiós Alex.

—Y un cuerno —dijo cuándo se fue. Esto es el principio. Acaba de empezar y esta vez no te dejaré marchar. Conocía a Jack, se acostará con ella.

¡Maldita sea! Pero qué, joder... joder... menudo puto día llevo.

Sofía sabía que había sido un error en el momento en que Alex se puso alterado al verla. Ella también y estaba fantástico, guapo y elegante, era un hombre, no el joven que conoció sabía que no podía ser suyo, ni ella era de las que destrozaban parejas. No debía haberlo visto desde que Jack le dijo que tenía novia, pero no se esperaba bajo ningún concepto que rompería la relación de Alex.

No quería, no quería hacerlo infeliz, al contrario, quería que fuese feliz y su novia le cayó muy bien, era una buena chica, agradable y amable. No debió hacerlo, pero ya no tenía solución.

Y ahora la llamaría y querría hablar con ella.

Bueno si era solo hablar no tendría inconveniente, pero hasta ahí.

Estuvo toda la tarde alterada, menos mal que no había quedado esa noche con Jack, el lobo.

Porque ese hombre era peligroso y ella hacía mucho tiempo que no hacía el amor. Y eso era peligro seguro. Pero era libre.

Se dio una buena ducha caliente y larga. Se secó el pelo y se hizo algo de cena. No pensaba hacer nada más. Ese último día de la semana había terminado con sus fuerzas, quizás el domingo o al día siguiente por la mañana mirara los casos que llevaba para seguir preparándolos. Porque en dos semanas, tenía que ir tres días al juzgado, era estresante, pero le encantaba.

Había acabado de cenar y recibió una llamada. No tenía registrado ese teléfono, pero sabía que era Alex.

—¡Hola Sofía!, ¿Molesto?

—No, he acabado de cenar.

—Pensé que habías salido.

—Mañana salgo a tomar una copa, es una de las pocas veces que salgo Alex.

—Quiero verte, tenemos que hablar.

—Tienes novia Alex no sé de qué quieres hablar.

—De cómo nos ha ido, como tú dices como amigos.

—Está bien. Por la mañana y damos un paseo por el parque.

—Comemos al mediodía. Y tomamos café.

—Como quieras.

—Dame tu dirección —Y ella se la dio.

—Te recojo a las once.

—Me viene bien, así puedo trabajar un poco.

—Hasta mañana Sofía.

—Hasta mañana —Y registró su número en el teléfono porque sabía que la llamaría más veces.

Alex, Dios mío, no quiero sufrir. —Se dijo. Durmió inquieta esa noche sabiendo que Alex estaba con otra mujer. Quizá vivían juntos, o no, pero se enteraría.

Por la mañana, después de desayunar, trabajó un par de horas y media hora antes de que viniese Alex a por ella. Se vistió, informal. Llegaba la primavera y eligió ropa cómoda. Ya vestía con trajes toda la semana y se pondría guapa esa noche.

—¡Hola Alex!

—¿Vives aquí sola?

—Sí, pasa, te enseño el apartamento.

—¿Es comprado?

—¿Estás loco?, No tengo dinero para eso, es alquilado y caro, no creas, pero no tengo más

pagos, limpio y cocino.

—¡Vaya, es bonito y coqueto!

—Sí, pequeño, pero soy pequeña y no necesito más espacio.

—Me gusta.

—¿Tú vives solo?

—Sí, tengo uno a 20 minutos de aquí. Es mío, mis padres me dieron el dinero, mi padre y mis otros padres.

—Suerte de tener dos padres.

—Sí, se rio Alex. Tiene tres dormitorios y un despacho.

—Señorito pijo —Le sonrió.

A ella le llegó su perfume olía mejor que bien.

—He venido andando.

—Mejor necesito andar, vamos.

Y fueron andando

—¿Qué pasó con tus padres?

—Murieron y perdí ese año de curso, no me lo convalidaron. Ni tenía fuerzas tampoco para terminarlo. Me quedé a vivir con mis abuelos y vendimos la casa de mis padres y repartimos el dinero entre mi hermano y yo.

Hico una pausa y lo miró...

—Al año siguiente terminé la carrera allí, hice las convalidaciones necesarias y un master de un año. Y estuve unos meses con mis abuelos, al pasar las Navidades me vine y encontré trabajo y aquí llevo un año y unos meses.

—¿Y tú?

—Cuando terminé, el tercero de mi promoción, me llamaron del bufete, estuve un año de becario digamos, menos, unos seis meses o siete y luego me dieron mi despacho y ayudante y aquí estoy, con el derecho financiero. Llevo empresas.

—¿Te va bien?

—Sí. Digamos que sí, estoy encantado y tengo muchos clientes.

—Me alegro Alex, eres inteligente.

—Y tú, ser criminólogo aquí es el peso pesado de los abogados.

—Sí, lo sé, tengo que luchar y trabajar más que nadie.

—Y tener cuidado con los casos.

—No llevamos grandes crímenes televisivos, eso lo lleva Jack y otros bufetes.

—¿Te gusta Jack?

—Está bien, es guapo e inteligente, interesante y luchador.

—Sí, lo sé, ¡Maldita sea Sofía!

—¿Que pasa?

—Ese accidente marcó nuestras vidas. Podíamos estar ahora juntos.

—O no, nunca se sabe Alex.

—Es cierto, pero estaba tan enamorado...

—¿Y no lo estás de Marie?

—Como lo estuve de ti no, nunca, de ninguna.

—¿Ha habido muchas?

—No, otra relación corta y ella, el resto no tuvo importancia. ¿Y tú?

—Nadie ha tenido importancia —No quería decirle que no se había acostado con nadie más, era echar leña al fuego.

—¿Vives con ella?

—No, vivo solo.

—¿Pero se queda?

—Sí, los fines de semana, no todos. Este no se queda. Joder no me preguntes eso. Siento todo, quiero estar contigo Sofía. Ahora que estás aquí...

Se sentaron en un banco y la miro.

—¿Qué pasa? —Dijo ella.

—Eres tan bella, si pudiera tenerte ahora tan solo una noche...

—Esa proposición es indecente Alex, e incluso siendo decente no la aceptaría.

—¿Por qué? Quiero recuperar lo que tuvimos.

—Porque quieres saber si sientes por mí lo que sentimos y dejar tu novia o no dejarla. Y eso no voy a hacerlo.

—¿Por qué? joder Sofía. Eres libre y voy a dejarla de todas formas.

—Por eso, soy libre y te digo que no. No puedes proponerme eso, porque tú no eres libre.

—Pero si te acostarías con Jack...

—Sí, puede ser o no, no tiene novia y tú sí.

—Pero es un mujeriego. Y estoy celoso. Si no te hubiese visto...

—Vamos Alex, tú vas acostarte con tu novia, ¿Crees que no me duele verte con otra mujer? Vine por ti.

—Por eso mismo, la dejaré y volveremos a tener lo que tuvimos.

—No quiero que hagas eso Alex.

—Eso no depende de ti, sino de mí. Si de algo me he dado cuenta al verte, es que no la quiero. No he dejado de pensar en ti.

—Lo sé y siento haber preguntado por ti, haber alterado tu vida, cuando Jack me dijo que tenías novia debí haberme ido.

—Te hubiese visto algún día en los juzgados, seguro, y hubiese sido igual. Para mí no es fácil Sofía.

—Puede ser que no. Para mí tampoco lo es. ¿Sabe Marie algo de mí?

—No, no sabe nada, salvo que estudiaste conmigo en Harvard.

—Mejor, no le hagas daño.

—Te lo haría a ti si aún me quieres y me lo haría yo que te sigo amando. ¿Quieres que seamos tres infelices?

—No me preguntes eso Alex, de verdad déjalo estar. Vamos a tomar algo, quiero trabajar esta tarde o descansar.

—¡Está bien! Por ahora.

Mientras comían, hablaron de cosas banales, de juicios del trabajo, pero ya ella no quiso retomar más el tema, porque en realidad, ella había ido a buscarlo y le dolía. Amaba a ese hombre como el primer día y encontrarlo fue peor para ella, porque estar cerca de él sabiendo que se acostaba con otra, era difícil y duro para ella.

Hubiese sido tan especial que no tuviese a una chica... Habría sido una historia preciosa encontrarse y entonces sí lucharía por él de nuevo, pero de esa forma no. Sus convicciones no se lo permitían y menos después de haber conocido a Marie.

CAPÍTULO TRES

En cuanto la dejó en su portal, le dio dos besos a modo de despedida, y Alex llamó a su madre.

—¡Hola hijo! ¿Qué pasa, dónde estás?

—Cerca, voy a la cafetería, ¿Estás allí?

—No estoy en casa, papá se ocupa ya de la merienda, me ha echado y me doy una ducha mientras llegas.

—No deberías ir los sábados, papá no quiere.

—Pero tus hermanos ya están en la universidad y al mediodía les echó una mano y quito la contabilidad del viernes, así el lunes tengo menos trabajo.

—Voy para allá.

—¿Qué te pasa hijo?

—Necesito hablar contigo es importante.

—No me asustes Alex.

—No es nada grave mamá, necesito tu consejo.

—Está bien. Te espero.

—Pasa —Le dijo su madre cuando le abrió la puerta.

—¿Has tomado café?

—Sí y si tomo otro me dará un infarto.

—Hijo por dios, venga siéntate, y cuéntame.

—Mamá, estoy. —Y empezó a llorar.

—¡Pero hijo por Dios no llores!, Nunca te he visto llorar, hijo cálmate o lloraré contigo. —
Abrazándolo.

—¡Joder mamá!

—¿Que pasa, has cortado con Marie?

—No es eso.

—Entonces...

Se limpió las lágrimas y su madre estaba en un hilo.

—Cuando estaba en cuarto de derecho, conocí a una chica que también estudiaba en Harvard, era de Málaga.

—¿De verdad?

—Sí le conté nuestra historia que tú y yo y el abuelo nacimos allí. Toda nuestra vida, mi vida, y ella la suya, sus padres eran médicos en Marbella. No tenían el dinero que teníamos nosotros, pero eran de clase acomodada. Era una chica fina, pequeña como tú, con los ojos color miel y el pelo por la espalda, morena. Me echó el refresco en todos los pantalones en una de las fiestas. —
Sonrió mientras Mónica lo escuchaba con atención.

—Tuve que ir a la habitación a cambiarme y me acompañó y a raíz de ahí fuimos inseparables, me enamoré de ella como tú de papá, estaba loco por ella y ella por mí.

—Y se fue al acabar...

—No, era un año menor que yo, estaba en tercero, se llama Sofia.

—¿Y qué pasó?

—Pues que fuimos felices durante ese curso y más de la mitad del otro. Ella estudiaba más que

yo, es abogada criminalista y yo la acompañaba a estudiar a la biblioteca. Era virgen cuando nos costamos, yo no mamá, había tonteado con unas cuantas chicas, pero ella no, y fue...

—Hijo me cuentas esas cosas...

—No tengo secretos para ti mamá, lo sabes.

—Pues eso no me lo has contado.

—Porque quería decírtelo cuando acabáramos y se quedara en Nueva York.

—¡Está bien! ¿Y qué pasó?

—Éramos como tú y papá. Pero a mediados del curso siguiente ella terminaba la carrera y yo el primero del master y tuvo que irse porque sus padres murieron en un accidente.

—¡Madre mía, pobrecita!

—Tiene un hermano policía allí y casado.

—Se quedó con sus abuelos y vendieron la casa y se repartieron la herencia. Ella con el tiempo me dejó porque sabía que no podría volver.

—Las relaciones a esa distancia, mi amor, no funcionan. Hizo lo mejor que podía hacer.

—Eso dijo ella, pero sabía que me quería y yo a ella y sufrimos. Perdió ese curso y tuvo que realizarlo todo entero al año siguiente. Ya habíamos perdido el contacto. Y luego hizo un master de un año. Cuando terminó, dejó pasar las navidades con sus abuelos y se vino mamá a Nueva York, a buscarme.

—¿En serio?

—Sí, sé que se vino por mí, lo sé, estoy seguro. Si no ¿Por qué vino, lejos y sola aquí?

—Sí tiene sentido, lo hizo por ti.

—Y que lleva más de un año trabajando en un bufete y hoy la he visto, lleva un caso y se enfrenta uno de los penalistas de mi bufete.

—Supo que estaba en ese bufete y le preguntó al abogado por mí. Y vio a Marie que la dejó en mi despacho.

—¿Qué le dijo a Marie?

—Que era amigo de la universidad. Imagina cuando entré en el despacho y la vi.

—¡Ay hijo!

—He estado esta mañana con ella y creo que he cometido un error.

—¿Por qué?

—Porque le dije que si la tuviera otra vez...

—Pero hijo ¿Cómo se te ocurre?

—Me dijo que no.

—Por supuesto si es una chica decente, te hubiese dado dos tortas por primera vez

—Sé que la quiero, no la he olvidado, está más bella que nunca. Es el amor de mi vida, y ahora qué hago con Marie...

—Hijo mío qué problema...

—Sofía no quiere saber nada, dice que tengo novia, que ella no se mete entre las parejas.

—Me gusta esa chica y Marie también, es una chica alegre y buena.

—Ay Dios mamá, ¡Cuánto la amo!

—Sabes una cosa, cuando tu padre se fue a California a casarse con Pam, me dijo que si le decía que lo quería, se quedaba conmigo.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque no me correspondía a mi esa decisión.

—Eso quiere decir...

—Que tú debes tomar tus propias decisiones, no puedes obligarla a ella.

—Y encima va a salir con ese abogado esta noche, y se acostará con él. Estoy tan celoso...

—¿Por qué se va a acostar con él?

—Porque todos los conocemos, es alto, guapo, ninguna chica se le resiste, es un lobo.

—Pero ella es libre y tú no.

—Lo sé, lo sé mamá. Voy a dejar a Marie, pero necesito saber si estoy haciendo lo correcto, Quiero que me digas que hago.

—Pero hijo cómo te voy a decir yo eso. Tú eres libre de elegir el amor de tu vida. Que no te pase como a tu padre que aún, en cuanto tiene ocasión me lo dice y no se lo digo a tu padre West porque lo mataría.

—Pero al verla todo el mundo ha desaparecido para mí, incluso Marie.

—Entonces Marie, no es la mujer de tu vida.

—Llevamos siete meses.

—No puedes hacerle daño, si no la quieres, se lo dices, pero no vayas corriendo a buscar a Sofía, dale tiempo y date tiempo para pensar. El hecho de ver a Sofía te ha hecho saber que Marie pese a ser una mujer estupenda, no es tu media naranja hijo.

—Lo sé, lo he pensado.

—No te acuestes más con ella, sé sincero. No tienes por qué decirle nada de Sofía esa es tu vida privada. Deja pasar algunos meses sin salir con nadie y hazle saber a Sofía que no sales con nadie y has roto con Marie. Y no por ella, no debe sentirse culpable, por si te pregunta.

—Sal con ella, de día, a pasear, a recordar, sé su amigo, no seas pesado y cuando pasen dos o tres meses, entonces pasa a otro nivel.

—Mamá eres una bruja.

—No, soy tu madre y sé que eres impulsivo, y si esa chica es como te ha dicho, no va a salir contigo cuando rompas. Sino más tarde.

—Está bien.

—¿Estás mejor, más calmado?

—Sí, pero me queda pasar un mal rato con Marie.

—Bueno, pero no esperes, no retrases lo inevitable.

—¿Y si se acuesta con el abogado?

—Eso no puedes evitarlo, ni te va a pedir perdón por lo que haga con su vida. Cariño, te has acostado con mujeres que no han significado nada en tu vida. Ella también ha sufrido. ¿O no? Y además no sabe si vas a dejar a tu novia, al menos presupone que no.

—Sí.

—No te he educado para ser machista, ni sufridor, ¿Entendido?

—Lo sé mamá.

—Pues ya está. Yo como madre te he dado un consejo, y porque me lo has pedido, ahora te toca a ti tomar tus decisiones. Eres un hombre, tienes 27 años y si te sale mal con Sofía si sales, al menos lo habrás intentado, pero está claro que Marie no es tu alma gemela cariño.

—Lo sé.

—Pues venga dame un abrazo. ¿Te quedas un rato y hago algo de comer?

—No mamá, quiero hablar esta noche con Marie.

—Vale. Como quieras.

—Me llamas mañana y me cuentas.

—Sí, te llamaré.

—Tendrás unos días duros y difíciles cariño.

—Lo sé y tengo que atenerme a las consecuencias. Te quiero mamá.

- ¿Te vas tranquilo?
—Sí, pero relativamente con lo que voy a decirle a Marie.
—Bueno, cariño te quiero.
—En ese momento en que se iba, entraba West por la puerta, venía de cerrar el restaurante.
—¡Hola hijo! ¿Todo bien?
—Sí papá.
—No es normal que pases un sábado por la tarde.
—Estaba cerca y he pasado a hablar con mamá.
—Bueno. —Y se abrazaron.
—Me voy, ya es tarde.
—Adiós hijo.
—Adiós papá.
—¿Qué le pasa?
—Ahora después te lo cuento.

Se quedó preocupada por su hijo, aunque era mayor, sufría por la historia. Y se repetía, menos mal que no había hijos de por medio.

Cuando West se duchó y se puso cómodo, se tumbó con ella en el sofá. Puso la cabeza en los muslos de ella...

- ¿Qué semana mi amor!
—Eso es bueno, tenemos muchos clientes.
—Sí, pero cuando llega el sábado estoy molido.
Y ella le acariciaba la cara.
—¿Qué le pasa a Alex?
Y ella se lo contó.
—¡Joder qué historia Mónica!
—Sí ya sabes el consejo que le he dado, pero depende de él. ¿Tú qué opinas?
—Opino que esa chica ha venido en su busca porque lo ama.
—A ver quién es el romántico aquí.

—Ten en cuenta que viene joven, sola, al terminar los estudios, del otro lado del mundo, está claro, pero que es una buena chica y que no quiere meterse entre Marie y Alex y que le hubiese gustado que no tuviera nuestro hijo ninguna chica.

- ¿Eres adivino?
—Sí, lo soy. Piensa mi amor.
—Ahí es complicado meternos.
Sí, a ver si me dice algo mañana.

Jack, recogió a Sofia a las siete. Se había puesto tacones altos y un vestido a media manga, estrecho negro y blanco a media pierna, se dejó el pelo suelto y se perfumó y maquilló.

Él llevaba un traje gris precioso y caro.

Cuando abrió le dijo:

- Ya está aquí el lobo.
—La caperucita está genial. No se habla de trabajo recuérdalo.
—Lo tengo en cuenta vamos.
—He pensado cenar primero, ¿Has cenado?
—No, iba a invitarte a cenar.
—Yo te invito mujer, gano más.
—Estás de guasa...

—No quiero que una penalista de un bufete pobre me pague la cena.
—Pero ¡Qué tonto eres! Pues voy a pedir lo más caro de la carta.
—No esperaba menos de ti española peleona. ¡Anda vamos!
—¿En coche?
—Sí, vamos a un sitio exclusivo.
—¡Cómo no el señorito!
—Anda que no soy tan malo.
—¡Menudo coche! —Dijo Sofia al ver el BMW último modelo.
—Sube. —Y le abrió la puerta como todo un caballero.
—¿Tú no tienes coche?
—No, no me he comprado ninguno, pero creo que me compraré uno pequeño o se me olvidará conducir, al menos podré ir a Boston a ver mi antigua universidad o ir la playa o viajar algo.
—Sí mujer cómprate uno, aquí te cuesta más barato que en España.
—Lo sé, es que no lo he necesitado hasta ahora.
—¿Viste a Alex?
—Sí, lo vi, estuvimos hablando.
—¿Saliste con él en la universidad?
—¿Qué eres, un adivino?
—Más o menos.
—Sí, salimos un año o así, éramos muy jóvenes.
—¿Y qué pasó?
—Es una larga historia.
—Me la cuentas cenando.
—Vale.
Y cuando entraron al restaurante, desde luego era precioso, íntimo y lo conocían.
—Te conocen, seguro que traes a todas tus presas aquí. —Y él se echó a reír.
—Eres la leche mujer...
—Sí, algunas mujeres guapas he traído, soy soltero, guapo y sin compromiso.
—Tienes razón.
Cuando pidieron, él le dijo:
—Venga espero esa historia.
Y mientras comían ella se la contó...
—Y viniste a por él.
—En cierto modo.
—¿Por qué esperaste un año mujer?, si sale con ella desde hace siete meses.
—Porque no sabía si me iban a hacer fija o me iría de nuevo.
—Ahora somos amigos, nada más, tiene novia.
—Él te dirá que soy un lobo, seguro y un mujeriego. Lo reconozco, pero no engaño a nadie de las cosas claras y me protejo en mis relaciones. Pero si piensas que la va a dejar por ti...
—Jamás lo he pensado, es más le he dicho que no.
—Bueno Alex es algo ingenuo y ella una ovejita con piel de cordero, en cuanto él diga que la deja llorará y llorará y se pondrá enferma y no la dejará. Es de ese tipo de mujeres y él de ese tipo de hombres, débil.
—Dirás bueno. Y su novia me pareció agradable y buena.
—No te fies.
—Tendré en cuenta lo que me has dicho. ¿Y tú qué?

—Yo, soy de Nueva York estudie en Harvard también, el primero de mi promoción, claro que cuando tú entrabas yo salía. Tengo un apartamento de mi propiedad, gano bien, tengo el trabajo que me gusta, un buen vestidor, soy un presumido, me gustan los relojes de oro, te lo digo por ti se te ocurre regalarme algo. —Y ella se reía.

—No creo que me llegue el sueldo para un regalo así.

—Es broma mujer.

—Entonces no te preguntaré por tus relaciones si son cortas y de una noche.

—No siempre tan cortas, pero nunca me he enamorado, la verdad. El amor está sobrevalorado.

—Pero si una chica te necesita un día... Si tú dominas las relaciones no dejas que la otra persona domine las tuyas, así no encontrarás a nadie.

—No tengo ese problema.

—No has encontrado a una mujer especial, si no ya te hubiese puesto en tu lugar.

—Podrías ponerme.

—No me tientes —Bromeaba. Y él se reía.

—Eres guapa e irónica, algo bajita pero con tacones...

—¡Qué guasón eres!, Pero eres divertido y tienes labia, por eso las mujeres caen rendidas a tus pies.

—Tú no.

—Puedo caer fácilmente —lo miró a sus ojos azules profundos, que sobresalían bajo su pelo negro como el carbón, —Pero no rendida a tus pies, eres mayor que yo, me llevas siete años y no soy fácil de rendirme a pesar de mi juventud.

—¿Tantos años te llevo? No se notan.

—¡Qué bobo!

—Me gustan las mujeres que no se rinden, comen y les gusta de postre el chocolate.

—¡Qué inteligente!

—¿Postre?

—Un mus de chocolate.

—Lo sabía.

—¿Dónde vamos después?

—A un local de moda a tomar un copa, ¿Quieres bailar?

—Bueno, si se puede...

Cuando acabaron de comer, él le dejó la tarjeta al camarero y ella fue al baño de mujeres.

Al salir del baño, él la empujó dentro de uno de los baños.

—¿Qué haces loco?

—¿Tú qué piensas? —Besándola y ella se aferró a su cuello. Le parecía de lo más erótico que había vivido. Ese hombre caliente la encendía, la retaba y cuando se dio cuenta tenía la falda subida mientras él se colocaba un preservativo y le bajaba la cremallera del vestido a la cintura mordiendo sus pezones, la cogió y subió a su cintura y ella tomó su pene y gimiendo lo metió en su sexo.

—Eso es nena...

—¡Oh Dios!

—Shhh, —la besaba para apagar los gemidos que le daba con sus embestidas y ella colorada y azorada tuvo un orgasmo rápido y caliente, mientras se corría dentro de su cuerpo.

—¡Ay Dios!

La bajó, le recompuso el vestido y la besó en los labios.

Y salieron de allí en menos de cinco minutos. Jack tomó su tarjeta y le trajeron su coche.

Mientras iban al local...

—¿Estás loco?

—Sí un poco, pero me ha encantado, nena.

—Ha sido erótico.

—¿Verdad?

—Sí que lo ha sido.

—¿Hace cuánto que no lo haces?

—Años.

—¿Cómo? —Dijo él.

—Casi tres años.

—Pero eso no puede ser, ¿Con Alex la última vez?

—Sí, era una cría joven.

—Déjame que te diga, que estás desperdiciada, debes tener más sexo.

—Claro como tú lo tienes fácilmente...

—Y tú podías también, eres preciosa, y uff, me has puesto duro, que lo sepas.

—Seguro que te pones duro con todas.

—Ha sido distinto. Eres un reto.

—Y voy y me lo creo —Dijo Sofía.

—Pues deberías. —Y se quedó serio.

—¿Vas a ponerte serio?

—No, estaba pensando.

—No pienses.

—Vale, vamos a bailar.

Y estuvieron tomando un par de copas y la dejó en su casa a la una de la madrugada.

—¿No me invitas a subir?

—¿Puedes dejar el coche ahí?

—Sí, lo puedo dejar, hay un aparcamiento.

Y cuando entraron en su apartamento, ella puso la alarma y él la cogió en brazos y estuvieron haciendo el amor hasta que ella dijo:

—Estoy rendida.

—Lo sabía —sonriéndose.

—Pero no a tus pies.

—También lo sabía nena, estás muy buena. Y eres ardiente. Con lo pequeña que eres y voy a rendirme yo también.

—Eres muy bueno.

—Lo sé.

—Pero qué vanidoso eres...

—Anda, vamos a dormir que va amanecer y tengo mañana trabajo unas horas.

—Y yo también.

—Déjame que te bese esas tetas que tienes, me encantan, al menos no son de silicona.

Mujeriego sería, pero era un as del sexo y además era divertido y natural. Sin embargo, a pesar del cansancio y de la noche de sexo que habían compartido, se sentía culpable, como si le hubiese sido infiel a Alex. Y no debería ser así, ya que él tenía novia y se había acostado con unas cuantas mujeres. No debía pensar ni darle tanta importancia. Había tenido sexo con un hombre que sabía mucho de ello, nada más. No tenía importancia.

Se quedó dormida en sus brazos y cuando despertó, Jack se había ido.

Le dejó una nota en la almohada.

Preciosa caperucita, me gustas y me gusta tu casita. El lobo. Te llamaré.

¡Qué bobo era! Pero había pasado una noche espectacular. Inmejorable. Y lo necesitaba.

Sin embargo, para Alex la noche fue una pesadilla. En cuanto habló con Marie y le dijo que quería dejarlo, ella se echó a llorar, a suplicar, a darle un ataque de ansiedad, de pánico y él intentaba consolarla, quiso llevarla al hospital debido al estado en el que se encontraba, pero ella se negó, se abrazaba, sufría y se sintió débil para dejarla. Pero si algo tenía claro Alex, es que no haría el amor más con ella.

El domingo llamó a su madre y le contó lo que había pasado.

—Hijo. Si no eres feliz, no puedes continuar esa relación, por más que llore o le dé un infarto.

Mónica supo que a su hijo lo dominaba esa mujer y no lo dejaría ni él a ella, y por pena no se tenía una relación, y así se lo dijo a su hijo. Y sufría porque lo conocía, era un buen chico pero no quería que nadie se aprovechara de él.

Y ese domingo llamó a Sofía.

—¡Hola Alex! ¿Qué tal?

—Bien ¿Tú?

—Muy bien.

—¿Saliste con Jack?

—Si claro fue estupendo, es divertido y necesito salir Alex. Llevo un año aquí y aún no he salido y solo Jack me ha invitado.

—Quise dejarla anoche.

—Alex, no te lo he pedido, te lo dije.

—Quiero dejarla yo, independiente de ti.

—No me lo creo, pero si es lo que quieres...

—No pude, ¡Joder! Le dieron ataques de ansiedad, y casi la llevo al hospital, no pude, pero la dejaré. No pienso acostarme más con ella y no sé si está jugando conmigo.

—Alex... Tengo que dejarte, no vuelvas a contarme tus intimidades, me duele, y me duele verte sufrir, de verdad.

—Pero Sofía, te amo, nunca dejé de amarte.

—Adiós Alex, espero que soluciones tus problemas. Entonces me llamas. Ya sabes que no me gusta romper las relaciones. Me siento mal, entiéndelo.

¡Joder, qué bien la conocía Jack! Alex siempre había sido demasiado ingenuo y bueno. Pero ahora no estaba por la labor de tener que llevar esa mochila. Pero desde luego Jack tenía buen ojo con las mujeres y a Marie la había calado al segundo.

Le gustaba Jack y sabía que eso no duraría tres días y quería a Alex, pero no a ese Alex débil. Le molestó y le colgó por eso.

Pero Jack era peligroso para ella, sabía más que ella, hacía muy bien el amor y era gracioso e irónico, eso gustaba mucho las mujeres, alto, guapo, inteligente y seductor. Y ella no era distinta a las demás mujeres. Era un problema salir demasiado con él, porque estaba en una situación vulnerable, debido a Alex.

Lo hizo todo por él, había dejado su país y su familia y se había encontrado aquello. Pero no pensaba irse de allí. Le gustaba Nueva York y su trabajo y su pequeño apartamento.

Alex se dijo que había cometido un error, mira que su madre se lo dijo. Y había quedado como un hombre débil ante ella y eso no le gustó. No le gustó nada que Sofía tuviese ese concepto de él.

Jack la llamó el domingo al medio día.

—¿Cómo está mi caperucita?

—Trabajando un poco, lobo.

—¿No dices mi lobo?

—Por si acaso tienes muchas.

—No hay nadie ahora mismo caperucita. Me invitas a café, así nos despejamos.

—Sé cómo es la forma en que te despejas.

—No te quejaste anoche.

—Y no me quejaré en el café, anda ven.

—Estoy allí a las tres, a las seis tengo que venirme, tengo un juicio que preparar para el martes.

—Vale.

—¿Tendremos con tres horas? —Bromeó ella.

—Suficiente.

—Un lobo que aúlla rápido.

—¡Qué mala eres conmigo!

—Aun no tengo práctica, pero me enseñarás. Soy buena alumna y estoy dispuesta a aprender.

—No lo dudes pequeña.

Y mientras preparaba el café en la cocina tuvo su primera sesión de sexo de la tarde. Se puso tras ella y desde atrás entró en su cuerpo.

—¡Por Dios Jack, ay Dios!

—Qué pasa nena, ¿No te gusta? —mientras gemía embistiéndola.

—Sí, sigue, oh Dios, —Le tocaba los pechos y con la otra mano su sexo y la besaba el cuello.

—¡Dios mío! —Y ella se elevaba como una llama tiritante hasta explotar en un orgasmo brutal.

Cuando le dio la vuelta, la besó.

Esa tarde además de tomar café y hacer tres veces el amor en el sofá, también estuvieron hablando, Jack tenía su lado serio y sabía que era un trabajador nato.

—Jack...

—Dime nena.

—¿Esto es un fin de semana?

—No sé, pero me gustas mucho, en serio. Sé que te llevo unos años, pero... y que eres una ingenua caperucita —y ella le dio en el hombro.

—¡Ay!, pero me gustas. Quiero ser sincero contigo.

—No me importa que esto dure dos o tres semanas o cuatro meses, pero sí que quiero fidelidad mientras esto dure. Si no puedes me lo dices. No practico el amor libre de un día contigo, mañana con otro y pasado de nuevo contigo. Cuando se acabe se acabó para siempre Jack y tan amigos.

—Eres estricta para ser tan joven.

—Soy sincera como tú. No me gustaría que me llamaras cuando tienes necesidad de sexo y crees que estoy a tu disposición cuando solo te apetezca a ti, porque entonces, tú dominarías esto, lo que hay de sexo.

—Está bien, lo que dure, no estaré con otra. Y tú puedes llamarme cuando te apetezca.

—Y si quieres dejarlo, me lo dices sin problema, no me voy a enfadar de verdad, lo nuestro es solo sexo, lo sé. Pero quiero que sepas que no duraré mucho, no soy se esas mujeres, no me voy a sentir bien.

—¿Por qué?

—Porque soy anticuada en ese sentido.

—No te entiendo, eres guapa, preciosa, inteligente y libre y no eres capaz de disfrutar del sexo sin complicaciones.

—Tú lo has dicho, me gusta complicarme la vida, sin querer. Si siguiera contigo un par de meses así podría enamorarme de ti Jack y no quieres eso ¿no? Yo tampoco porque amo a Alex y tendría un conflicto en mi vida. Eres una persona muy completa en todos los sentidos y llegarías a gustarme demasiado.

—No quiero eso, me gustas mucho, pero me sentiría atado, agobiado,

—Lo sé, por eso te lo aviso. Eres un hombre libre. Nunca te comprometerás, ni te casarás Jack.

—¿Y tú? – Le preguntó él.

—Yo, sí, quiero un hombre para mí y una familia.

—Perfecto nena, lo tenemos claro. Amigos y sexo. Y cuando quieras acabas esto. Y te prometo que, aunque sean dos fines de semana o tres no me acostaré con otra,

—Más claro que el agua, amigos y sexo con fidelidad mientras haya sexo.

—Y ahora tengo que dejarte de verdad pequeña.

—Vale —Y la besó un buen rato.

—No me quedo que me tientes demasiado. Te llamo. Aunque hasta el viernes no podremos vernos.

—Lo sé, yo tampoco puedo.

—Bien, adiós guapa.

Cundo salió de su casa, supo que era una mujer diferente y que aquello tenía los días contados, pero no sería él el que diera fin a aquello, sería ella y lo aceptaría. Esta vez, tendría que dejarlo una mujer, porque le encantaba esa pequeña y preciosa mujer con ese carácter. Lástima que él pensara como pensaba. No iba a ceder en ello. Pero la echaría de menos cuando le dijera adiós.

CAPÍTULO CUATRO

Por supuesto, Marie, no es lo que pensaban todos, todos menos Alex. Ella no era tonta y se imaginó que esa chica que lo visitó desencadenó algo en él. Si habían salido en la universidad debió ser muy importante para su novio, pero ella no iba a dejar a Alex suelto y mantendría a Alex de todas las maneras posibles y había una grande por la que no la dejaría jamás.

Y dejó de tomar las pastillas anticonceptivas que tomaba y esperaba tener suerte y quedarse embarazada, aunque ella no quería ser madre, pero al ver el peligro que se le avecinaba, no le importó lo más mínimo. Aunque lo viera a él preocupado,

Pero ni el siguiente fin de semana ni el otro consiguió acostarse con Alex. Y a falta de excusas, tuvo la excusa perfecta. Y esperaba tenerla de verdad.

Alex había llamado un par de veces más a Sofía, pero esta no quería saber nada de su debilidad por ella y por el problema que tenía en dejar a esa mujer si no la quería, aunque no fuese por ella. Y no quería entrar ahí, porque era un dolor agudo y permanente.

Alex se sentía como su padre cuando tuvo que elegir y eligió mal y no quería que a él le pasara lo mismo, no quería que la historia se repitiera, porque su padre Nolan fue infeliz, aunque ahora estuviese en pareja con una mujer, siempre había tenido a su madre en el corazón, él sabía que tan solo una noche que pasó con su madre no la olvidó, cuanto más él, que había pasado año y medio con Sofía. Y no sabía cómo quitarse a Marie de encima.

El lunes, dos semanas atrás se enteró de que Jack salió y se acostó con Marie. Fue a verlo a su despacho.

—Pasa, Alex qué raro que vengas a verme.

—Es un tema personal —Dijo Alex.

—Lo imagino siéntate. —Y Alex se sentó.

—Es por Sofía.

—Lo sé, sé que salisteis en la universidad, pero sales con Marie ¿No?

—¿Te has acostado con ella?

—Vamos Alex, yo no cuento mis relaciones, aunque la gente hable, yo no te pregunto por las tuyas, pero si quieres a esa mujer, estás tiempo, deja a Marie.

—Es complicado.

—Marie no es la mujer que piensas si quieres que te sea claro. Déjala y tendrás a Sofía, pero si no la dejas, yo tampoco pienso dejar se salir de momento con Sofía, no tenemos un relación como la tuya, apenas salimos este fin de semana, pero me gusta.

—¡Joder Jack!

—¿Qué pretendes? Que espere dentro de cuatro años a que dejes a Marie, tú no vas a ser capaz de dejarla. Es más lista que tú y hará lo impensable, ten cuidado. Es un consejo de compañero.

—Vete al cuerno Jack.

—Mira Alex. Hagamos un trato, a mí me gusta Sofía, si eres capaz de dejar en dos semanas a Marie, y te doy dos semanas, hablamos y me retiro para que la conquistes si estás enamorado de ella. Dos semanas y ahora siento decirte que me tengo que ir.

—Eso que dices es...

—Alex, o lo tomas o lo dejas, eres un buen abogado, pero en las relaciones eres un poco

ingenuo, te dejo. Cogió su maletín y le dijo a Alex:

—Vamos. Tengo que irme.

Y cerró su despacho y Alex bajó al suyo pensando y maldiciendo. Jack no se iba a retirar tan fácilmente y le había dado dos semanas, y aunque Jack tenía palabra, le parecía poco para convencer a Marie si se había puesto como se puso el fin de semana anterior. Pero no podía estar con ella.

Durante la semana la llamaba Jack, era gracioso y le hacía reír. En esos momentos Sofia lo necesitaba para olvidar a Alex y su debilidad. Jack era un huracán.

Una de las noches le dijo:

—¿Te vienes el fin de semana a mi casa?

—¿El fin de semana? —Le dijo ella sorprendida.

—Entero.

—¿En serio o te ha dado algo?

—Sí, —sonrió Jack, —Mi casa es más grande y si quieres trabajar y yo también tengo un gran despacho, nena.

—No sé Jack.

—Vamos caperucita. Voy a por ti, cenamos algo fuera y nos venimos el viernes a descansar, si quieres salimos el sábado.

—¡Está bien! preparo un bolso.

—A las siete.

—Sí. Lobo.

—¡Ah!, Qué ganas tengo de comerte en dos semanas en el juzgado.

—Sueña, pequeño.

—Sobre todo pequeño. —Y se reía.

¡Que tonto y vanidoso era! Pero era tan encantador que era lo que ahora necesitaba.

Pasaron un fin de semana maravilloso, volvieron salir el sábado y él le dijo que no se pusiera ropa interior para salir.

—Me vas a pervertir.

—Sí, quiero hacerte algo —y se lo hizo, en el local de copas. Ese hombre era un desvergonzado y lo peor es que a ella la iba a hacer una desvergonzada porque era una chica decente. Pero Jack hacía que todo pareciera tan fácil sin nadie darse cuenta... Era un loco.

—¡Estás loco! No puedes hacerme eso en un lugar público.

—Me pone, nena.

—Pero me da vergüenza.

—Pero si te protejo con mi cuerpo, puedes gemir entre la multitud y nadie se entera con el ruido.

—Por Dios Jack.

—Vamos preciosa, terminemos en casa.

Lo cierto es que empezó a gustarle Jack, era tierno, era pasional eran mil hombres diferentes. No sabía encuadrarlo y todos le gustaban, ella se lo decía que era multi hombre.

A él le hacía mucha gracia su acento y su ingenuidad.

También es que le llevaba siete años y cien de experiencia y eso lo ponía. Enseñarle a ella todo, le encanta ver cómo se encendía le encantaba, pero no quería quedarse pillado de ella, aunque se dio cuenta de que en esas dos semanas no había pensado en ninguna otra y era feliz cuando entraba al trabajo.

—Pareces contento ¿Eh?, le dijo un día un compañero suyo.

—Lo estoy.

—¿Una mujer interesante?

—Muy interesante.

—¿De piernas largas?

—Todo lo contrario.

—Me lo creeré cuando lo vea.

Ese fin de semana Alex fue incapaz de decir de nuevo a Marie lo de dejarlo, ya que se hizo la enferma todo el fin de semana salvo para abrazarlo y querer hacer el amor, pero él no quiso. Por ahí no pasaba Alex. Y Marie supo qué hacer.

Llegó el día del juicio. No habían hablado la noche anterior. Él se dijo que no la llamaría hasta pasar el juicio. Cuando se trataba de trabajo, era formal.

El implacable, pedía cárcel para el chico y ella, dura, le pidió al juez trabajos para la comunidad ya que el cliente de Jack no quería darle una oportunidad.

Al día siguiente, el juez después de escuchar a todo el mundo que fue poco, y que era un juicio menor para Jack, pequeño y sin importancia que pasó por sus manos, el juez lo hizo a favor de ella y su cliente.

El Juez condenó al chico a los 50.000 dólares que pedía Sofía para el cliente de Jack y un año de trabajos a la comunidad en un centro de menores durante un año a media jornada supervisado por los servicios sociales.

Cuando Jack la miró, se quedó con la boca abierta y ella lo miró con adoración. Cuando llegó a su despacho todos la aplaudieron porque había ganado a Jack Redmond.

Esa noche, Jack pasó por su casa a pesar de ser miércoles, con un ramo de flores. Se quedó en el umbral con las piernas cruzadas.

—Anda, entra lobo.

—No puedo creerme que me hayas ganado, nena.

—No me conoces.

—Has utilizado la pena.

—Tengo mis recursos.

—Toma, te las mereces —Y le dio el ramo de rosas amarillas.

—Gracias, creí que no querías verme más después de eso.

—Qué tonta, pierdo juicios como los gano. Ven aquí caperucita, me has comido en el juzgado y ahora voy a comerte antes de irme a casa, te lo mereces.

—¿De verdad?

—Has estado fantástica, en serio. Has tenido suerte con ese juez, es débil.

—Gracias. De todas formas.

Y la cogió en brazos y llevó a la cama.

—Loco pervertido...

—Ummm, esto merece empezar por abajo como premio.

—¡Ay Jack! Ah Dios Jack...

—Me encanta cuando me dices eso.

—Ummm. Por dios Jack. Y él lamía su sexo y lo chupaba y sabía qué hacer para que ella se derramase en su boca. Y lo hizo.

—Me encantas, lo sabes, y sabes bien, y hueles mejor. —Y se puso un preservativo y entró en ella

—¡Ag, nena! La cogió por las caderas y la penetraba hondo.

—Me matas nena, no me aprisiones tanto que no te aguanto.

Y ella echaba la cabeza hacia atrás sujetando su trasero y las manos de esa pequeña eran inexpertas pero le llegaban. Y explotaron juntos en un clímax maravilloso.

—¡Ah nena!, lo necesitaba, desde el domingo... Y eso que tengo trabajo.

Y pellizcaba sus pezones, mientras se quedaba un rato con ella en la cama.

—Me gustan tus pezones tiesos como un arco, sintonizantes.

—¡Qué bobo eres!, La antena la tienes tú.

—Muy graciosa, y la abrazaba. ¿Me das de cenar?

—Te doy de cenar.

—Luego me voy nena, nos vemos el fin de semana.

—¡Está bien!

Mientras cenaban, él le contó la visita de Alex.

—¿De verdad fue a verte por mí?

—Sí, me preguntó, bueno, quería saber si nos acostamos, tranquila no cuento mis andanzas, que cada uno piense lo que quiera. Te quiere, Sofia, está enamorado de ti.

—No lo creo Jack, llevo ya dos semanas y me llama y no la deja. Si me quisiera la hubiese dejado ya, sobre todo por ella, yo, no querría estar por pena con un hombre que no me quiere.

—No seas ingenua, no va dejarla, ya se inventará ella algo. Alex es un buen hombre y le queda una semana.

—¿Una semana?

—Sí, le dije que si dejaba a Marie en dos semanas yo me retiraba. Si aún estás enamorada de él y por eso has venido Sofia y lo sabes, y te quiere. Me retiro, en serio. Pero me temo que no podrá y si no lo hace, no te merece. Eres una gran mujer.

—Estoy que no sé qué pensar. Y estoy enfadada contigo.

—¿Por qué? Lo he hecho por ti.

—No te lo he pedido.

—¿Pero por qué te enfadas?

Y a ella se le saltaron las lágrimas...

—Vamos pequeña, no llores, ¿Por qué?

—Quiero que te vayas.

—¿Me lo dices en serio?

—Sí, en serio.

—No quiero irme si te quedas así.

—De verdad Jack quiero estar sola.

—Está bien, te dejo, te llamo luego.

—No, prefiero que no lo hagas.

—¿Quieres terminar?

—Necesito pensar.

—Como quieras. Te dejo, lo siento si he hecho algo que te hay molestado.

Y le dio un beso en los labios y se fue. Y se fue preocupado porque no sabía qué había hecho mal con ella, tan solo ser generoso, por ella, si estaba enamorada de Alex, aunque a él le gustaba, la dejaría libre.

A él le gustaba, nada más y lo pasaba bien con ella y se sentía bien a su lado, pero nada serio. Nunca lo tenía con ninguna mujer.

Pero lo otro era distinto.

¡Joder qué había hecho Jack!

Sofia estaba enfadada con Alex y con Jack, con Alex por ir a enterarse de si se había acostado

con Jack que era en definitiva lo que le molestaba y con Jack por decidir por ella y no por él mismo.

El día había terminado de la peor manera posible y se planteó dejar a Jack, de todas formas, habían salido apenas dos fines de semana. Y cuando la llamó y ella estaba en la cama, no le contestó.

Y Jack, le mandó un mensaje:

Está bien, nena, perdón si he hecho algo que te haya molestado.

Y tampoco contestó. Y Jack se preocupó. Tenía que hablar con ella el fin de semana y sabía que había hecho mal.

Pero ese fin de semana ocurrirían algunas cosas inesperadas. Alex sabía que no le quedaba mucho tiempo para dejar a Marie, o lo de Jack y Sofia podía alargarse y con ello su sufrimiento, pero cuando llegó el viernes a casa, a Marie le dijo que tenían que hablar.

Sí que tenían que hablar y en serio. Lo sentía por ella, lo sentía en el alma. Se pusiera como se pusiera.

Pero Alex, se iba llevar una sorpresa como la que se llevó, cuando Marie llegó a su casa y le dijo que estaba embarazada y a él se le cayó el mundo encima. ¿Quería hijos? Sí, ahora no, todavía era joven y no los quería con Marie, quería hijos con Sofia, si es que alguna vez tenía hijos.

Y Alex se desesperó y supo que la había perdido porque él no haría lo que hizo su padre, abandonar a su hijo. Y ya no habría decisión posible, llamaría a Sofia y se lo diría y cerraría con todo el dolor de su corazón ese capítulo de su vida.

Por su parte Jack llamó a Sofia el viernes preocupado, pero ella le mandó un mensaje diciéndole que no se encontraba bien, que tenía la regla, lo cual era cierto, y que el sábado iba a ir comprarse un coche, pero como no podían tener relaciones era mejor no verse.

—Vamos bobita, no me importa, podemos estar juntos, no seas así, ¿Crees que solo es por acostarme contigo?

—Está bien, te llamo el sábado cuando vuelva de comprar el coche,

—Espero que me llames nena, tenemos que hablar.

Y ella lloró el viernes. Lo echo de menos y encima, le había venido la regla, y estaba vulnerable y llorona. Y de Alex sin noticias. Y habían pasado las dos semanas que Jack le dio como tope.

El sábado, se levantó muy temprano, fue al súper y le dio al apartamento, fue a la inmobiliaria a alquilar una plaza de garaje si había en su edificio y pudo alquilar una, y de ahí a comprarse un coche, pequeño, no necesitaba un coche grande ni caro, para cogerlo los fines de semana en que saliera de la ciudad.

Comió fuera y llegó a casa a la hora del café, compro una tarta en la cafetería cercana, pequeña y llamó a Jack.

—Ya estoy en casa.

—¿Sigues enfadada conmigo?

—Estoy enfadada, sí.

—Voy, y hablamos, estoy en media hora.

Cuando llegó la cogió por la cintura, la apegó su cuerpo y la besó.

—Vamos preciosa, no quiero que sufras y de verdad, por más vueltas que le doy, no sé qué he hecho mal.

—¿Quieres café?

—Sí.

Y se fue con ella a la cocina.

—¿Vas a decírmelo?

—¿Quieres saberlo de verdad?

—Sí, por eso te pregunto.

—Me gustaría que le hubieses dicho a Alex que no ibas a retirarte, no soy una mercancía y no me gustan que piensen por mí.

—Pero nena, lo he hecho por ti, estás enamorada de ese hombre.

—No lo sé, la verdad, ahora mismo estoy confundida. No, creo que fue algo de juventud que yo le di más importancia de la que tuvo.

—No es eso nena, lo amas y él te ama, el pasado está ahí presente entre vosotros.

—Pero le cuesta dejarla. Y creo que no la dejará y yo tengo que vivir mi vida.

—Está bien, pues lo siento, hice mal pensando que hacía bien en ayudarte.

—No necesito tu ayuda, no te la he pedido. Y creo sinceramente Jack que tenemos que dejar eso, porque tú tampoco me convienes. Creo que tengo la culpa de haber empezado algo que no va a ningún lado. No quiero amigos con derecho a roce. Quiero amigos y un hombre que me ame y yo a él y tú no eres ese hombre.

—¡Joder Sofia!, somos amigos y tenemos sexo, muy bueno por cierto.

—Exacto, y no quiero tener sexo contigo. Eres muy bueno, ya lo sabes, pero no quiero que me gustes tanto y tener dependencia de una relación que no lleva a ningún lado. Puedo enamorarme fácilmente de ti y sufrir, y no puedo permitírmelo.

—Pero nena, apenas llevamos tres fines de semana.

—Eres muy intenso y yo no tengo experiencia y aparte de Alex, solo te conozco a ti. Quiero ser solo amiga tuya y dejar este tema Jack.

—Mira que conozco mujeres, pero eres la mujer más difícil que conozco.

—No soy tan difícil, sino que para mí las relaciones no son amor libre, y te lo dije, y si no te gusta, si es mejor que lo dejemos, Jack.

—No voy a enamorarme Sofia, nuestra relación siempre será como te dije hasta que nos cansemos. No voy a casarme ni a tener hijos.

—Pues aquí lo dejamos Jack, antes de salir dolida.

—¿Porque no quiero casarme?, pero si nos conocemos de hace tres semanas Sofia.

—No es por eso.

—¿Entonces?

—No quiero una relación que no avance con el tiempo.

—Pero nena...

—No, lo siento, me gustas mucho, pero no puedo, concibo ahora mismo una relación como la que llevamos, pero me conozco, me irás gustando y me enamoré de ti, y no me corresponderás en la misma medida y eso no es lo que yo quiero.

—¡Joder Sofia! Y se fue hacia la puerta, la miró y salió sin tomar café ni tarta.

Y ella se comió llorando la mitad.

Solo faltaba que la llamara Alex.

Dios mío ¿Qué he hecho? Su vida había sido un caos en apenas tres semanas.

El domingo de la semana siguiente, se fue al parque, andando dando un paseo, triste y compungida. Jack ya no la llamó más y no esperaba que la llamara, pero estando en el parque, la llamó Alex. Y por un momento tuvo un viso de felicidad.

—He ido a tu casa y no estás.

—No, estoy en el parque.

—Dime dónde y me paso, tenemos que hablar.

Y lo esperó. Estaba cansada de temas amorosos, ¿Qué pensaba por Dios?, Solo tenía 26 años y desde que fue al despacho de Alex no podía haber sido más infeliz.

En eso estaba pensando cuando llegó Alex, se sentó a su lado en el banco. Se dieron dos besos y él se puso las manos en la cabeza.

—¿Qué te pasa Alex?

—¡Está embarazada, Sofía!

—Bueno, vas a ser papá, ¡enhorabuena!

—Si quería tener hijos alguna vez, sería contigo, ¿Lo entiendes?

—Alex, debes olvidarte de mí y por ello no te contestaré más al móvil. Estoy sufriendo yo también.

—No puedes, eres mi amiga y te quiero, lo sabes. No me he acostado con ella desde que te vi. No he podido.

—Pero Alex no quiero verte sufrir, me duele, es algo que debemos olvidar, hazla feliz, ten a tu familia.

—Pero no la quiero Sofía, no lo entiendes. Si tiene un hijo, lo querré, pero no a ella. No voy a cambiar nada. No viviré con ella ni me acostaré con ella.

—Pues déjala, ¿Qué tipo de relación es esa? Hazte cargo de tu hijo y ya está. Yo, es que no tendría ni que decirte nada, Alex.

—¿Embarazada la dejo?

—Pues no la dejes, ¿Que quieres de mí? Sé infeliz, o al menos sé feliz con tu hijo.

—No sé Sofía. Es todo una locura. Tendremos al bebe, pero no de momento no voy casarme con 27 años.

—Bueno, entonces, tendrás que cuidarla durante el embarazo, ¿Qué te digo Alex que no te haya dicho ya?

—Que me quieres.

—¿Y de qué serviría, si no puedo estar contigo con una relación? ¿Cómo quieres que me meta con un hijo?

—Dios Sofía, soy el hombre más infeliz de la tierra ahora mismo.

—Deberías ser feliz, un hijo es lo mejor del mundo, mira tu madre, te tuvo a ti.

—Lo sé.

—Y te sacó sola adelante. Tú harás lo mismo sacarlos adelante. Y si no te quieres casar ni vivir con ella al menos ayudarla en el embarazo y hacerte cargo de tu hijo.

—¿Y tú qué tal?

—Yo estoy bien.

—¿Te trata bien?

—Sí, muy bien, pero no es lo que yo busco, lo he dejado, para unas semanas está bien, pero no soy de relaciones que no van a ningún lado, hace dos semanas que no estoy con Jack. Solo salimos dos fines de semana. Por eso dejé lo nuestro cuando me fui.

—Eso lo sé de sobra. Por eso te amo. Eso nunca pasará, siempre te amaré Sofía, nunca lo olvides, pase lo que pase. Eres el amor de mi vida y en cuanto el bebé nazca, te buscaré y estaremos juntos. Nos amamos desde siempre, lo sé y no voy a dejarte marchar de nuevo. Hagas lo que hagas, salgas con quien salgas, yo no lo haré y haré todo lo posible por recuperarte.

—Somos aún muy jóvenes Alex para saber si somos los amores de nuestra vida. Ahora no me encuentro bien.

—Yo sí que sé que eres el amor de mi vida. ¿Te gusta Jack?

Sí, me gusta, no voy a mentirte, pero somos diferentes en la forma de concebir las relaciones, por eso hablé con él y lo dejé, en eso quedamos en que cuando quisiéramos nos dejaríamos.

—Lo sé, él no se compromete.

—Y tú te comprometes demasiado.

—Sí, así es.

—Tendré que encontrar un término medio.

—¿Por qué? ¿No puedes esperarme?

—Creo que debería descansar y estar sin nadie ahora mismo y pensar y liberarme y dedicarme al trabajo de lleno. Estoy empezando mi carrera, apenas, ayer le gané un juicio, y fijate... Debería estar feliz y satisfecha, y estoy hecha un guiñapo.

—¡Joder Sofia! ¿Ves cómo somos desgraciados si no estamos juntos?

—No sé si seré una desgraciada, pero me siento como tal, con las manos vacías y sin poder hacer nada. Vine por ti y creo que cometí un error.

—No digas eso jamás. Sabes que nunca te olvidé y volver a verte es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Y Alex la abrazó fuerte y ella se dejó y él la besó como cuando tenía 22 años.

Si algo había que los unía era amor, sí, pero un amor imposible. Y ambos lloraron. Volvieron a Harvard de unos años atrás.

Alex se levantó y la cogió de la mano y entró con ella en el primer hotel que vio. Ella iba como en una nube y al entrar en la habitación, se abrazaron y besaron, se desnudaron como adolescentes, como los que fueron.

—No serás mía de momento, pero hoy sí, aunque después me dejes de nuevo pequeña, quiero conservar este día como eres hoy y amarte no como un niño, sino como un hombre.

Y se amaron tiernamente como se amaron años atrás en hoteles a escondidas, en las habitaciones de la universidad cuando estaban solos.

Eso fue una despedida y lo sabían. Se habían encontrado para decirse adiós. Para Alex, no lo era, era un comienzo, no iba a dejarla. Hacer el amor con ella, le hizo saber que era de verdad el amor de su vida, que era ella y siempre lo sería. Entrar en ella, era entrar en su casa.

Sus vidas tomaron caminos diferentes, por el momento para él y él sabía que no volvería verla más hasta tener a su hijo, salvo si se la encontraba en los juzgados. Nada más, eso acordaron. Más bien acordó ella.

No quiso arrepentirse de haberse acostado con Alex, porque lo amaba y se mentiría así misma. Iba a dedicarse a su trabajo y quería olvidar todo, pero esa tarde hermosa, le sería difícil olvidarla. Era el amor de su vida, pero se sentía triste y sabía que en cuanto tuviera a su bebé la olvidaría. Así que se metería de lleno en sacar una buena carrera y dejar todo lo que la apartaba de ese fin por el momento.

A las cinco de la tarde salían de hotel, tomaron café y él la dejó en su casa, llorando y ella también.

Pero no quería llorar más, llevaba ya unos días tremendos y tenía trabajo.

CAPÍTULO CINCO

Al cabo de dos meses, no había tenido llamada de ninguno, ni se los había encontrado en los juzgados. Parecía haberse repuesto y solo trabajaba más de la cuenta. Y recordaba esa tarde en el hotel con Alex, porque hacer el amor con Alex no era como hacerlo con Jack, con Jack era solo sexo, muy bueno, lo reconocía, pero hacer el amor con Alex era intenso y era darle su alma a su hombre, era amor, como siempre lo fue, y eso era difícil encontrar y más después de haberlo hecho de nuevo.

Lo que sentía con Alex, no lo había sentido con nadie, claro que tenía poco para comparar, y ni ganas.

En esos dos meses no tuvo la regla. Ella pensó que debía ser toda la emoción que había pasado y sufrido y aún sufría.

El domingo cuando se levantó, fue directa a vomitar al baño nada más poner los pies en el suelo.

—¡Joder dijo!

Cuando vomitaba se le pasaba todo. Recogió el piso, y salió a desayunar fuera, se traería pan y un test de embarazo. Ya dos meses... Lo que faltaba es que Alex tuviese dos hijos, pero ella no le diría nada, no le daría a elegir por un hijo. Y tenía 26 años, su vida se desmoronaba por momentos.

—Si estaba embarazada, sería de dos meses como mucho, porque había tenido la regla y a la semana siguiente se acostó con Alex y de Jack no había vuelto a saber nada. Al menos sabía quién era el padre se su hijo si estaba embarazada claro.

Cuando llegó a casa, dejó el pan en la cocina y se hizo el test.

POSITIVO

En toda regla y ella que había pedido cita a la ginecóloga para tomar pastillas. La tenía el martes a las seis a la salida del trabajo. Y ahora todo iba a cambiar.

Y se desplomó en el sofá. Iba a tener a su hijo, sola, como todas las madres solteras, si volvía Alex bien, pero si no ahora su hijo era la persona más importante de su vida.

Conforme avanzaba el día se tocaba el vientre y supo que ahí había alguien por quien luchar, su bebé y se iba a poner manos a la obra, alegrarse y ser feliz. Nada de tristeza, no quería que su bebé llegara al mundo con una madre triste. Era joven. No necesitaba a nadie, cuando lo tuviese tendría una chica interna una semana y luego ella con su maternidad, no necesitaba a nadie y después una guardería.

En cuanto fuese a la ginecóloga, buscaría otro apartamento. Eso estaba claro. En un lugar tranquilo de Manhattan, con un dormitorio más.

Ni Jack la llamó, estaba enfadado con ella, tenían un acuerdo y ahora le decía que no quería, pero en eso quedaron también, cuando alguno no quisiera seguir así, lo dejaría, pero Jack, no quería dejarla tan pronto, le gustaba mucho Sofia, no quería dejarla aún a sabiendas de que amaba a Alex.

Y se dio cuenta de que no debió darle tiempo a Alex y la entendió, quería que hubiese luchado por ella. Sofia lo haría, fue un tonto, pero en las relaciones, lo tenía claro. Sí que iba a dejar un tiempo a pesar de que le gustaba, y luego la olvidaría como al resto y saldría con otras chicas

como siempre. Era joven y sin problemas.

¡Joder Sofia! dijo en su despacho mientras trabajaba. Y se hizo un café y miró por la ventana pensando en su cuerpo, su risa, su alegría...

Alex, por su parte, le dejó las cosas claras por una vez a Marie, seguirían como estaban saliendo solo para las cosas del pequeño y si la necesitaba y se haría cargo de su bebé, pero no vivirían juntos, de momento, ni pensaba casarse con ella porque no la amaba. Y a Marie con eso le bastaba, no le quedaba más remedio. Aún tenía esperanzas.

Sofía fue la ginecóloga de su seguro el martes por la tarde como tenía previsto, estaba embarazada, ya el test se lo dijo, seguía vomitando por las mañanas y se lo contó a la ginecóloga, pero le dijo que vomitaba y se le pasaba, luego desayunaba y estaba bien todo el día, no debía preocuparse. Era normal.

Tenía que hacer algo de ejercicio, pasear al menos una hora al día, y como llegaba de lleno la primavera le vendría bien.

La ginecóloga le dijo que estaba de dos meses, era de Alex de todas, todas, pero ya lo sabía, y se había quedado embarazada en el hotel. Le calculó que nacería en enero, al pasar las Navidades. Estaban en pleno mes de Abril.

Llegaba a buscar a Alex a Estados Unidos, y lo que conseguía era un hijo suyo y no a él.

Así que pensó que viajaría en vacaciones a España, estaría de pocos meses y si se lo recomendaba la doctora, iría a ver a sus abuelos y a su hermano, embarazada, pero iría. Lo sabría cuando llegara el momento.

Y la semana siguiente se pondría una tarde a buscar apartamento. Tenía aún el teléfono del agente que le alquiló su apartamento, así que lo llamaría desde el despacho al día siguiente.

En el bufete, estaban contentos con ella, tenía clientes que le llegaban y otros que ella buscaba de noticias que encontraba. Era una trabajadora incansable y en esos meses en que tuvo despacho, la había felicitado el dueño del bufete varias veces por los juicios que ganaba, o los tratos que realizaba. Negociaba bien y daba dinero al despacho y le pagaban bien.

Habló con el agente inmobiliario y le dijo que necesitaba algo parecido a lo que tenía pero con dos dormitorios y un despacho, amueblado, limpio, pintado si no mandaría a pintar, pero quería una habitación vacía para un bebé, con guardería al lado y cerca de su trabajo y le dio la dirección.

A los dos días el agente la llamó y quedó por la tarde el viernes para ver un par de ellos que tenía en un edificio.

Y los vio, los dos, en el mismo edificio con plaza de garaje cerca del trabajo con el mismo precio que pagaba en el otro y una habitación más. Una se la vaciaban como quería ella.

Los dos eran prácticamente iguales, pero ella eligió el recién pintado, no tan alto, en la planta 12 y el que mejores muebles tenía y los colores también le gustaron. Tenía de todo y se quedó con el, se cambiaba ese fin de semana.

Allí mismo hizo el contrato y rescindió el otro, adecuaron el dinero y quedó en llevarles las llaves del otro el lunes por la tarde.

Así que el viernes preparó todo lo del despacho de casa en una caja e hizo algunas maletas y el sábado se levantó temprano, se fue con el coche y productos de limpieza y le dio al apartamento, puso coladas y al medio día estaba todo limpio. Salió al súper que había cerca y e hizo la compra semanal, se traería todos los productos que tenía en el otro apartamento.

Vio la guardería, le encantaba, justo enfrente y diez minutos andando su trabajo.

Le gustó mucho la tranquilidad de la zona. El parque lo tenía a 20 minutos. Decoraría la habitación sin prisas, cada mes pondría y compraría algo.

El sábado por la tarde se echó un rato en el sofá de casa, estaba cansada y por la tarde llevó casi todo, excepto la comida. Últimamente se cansaba más, pero durmió en el apartamento nuevo.

Y el domingo fue a por lo que le quedaba, le dio al suelo y limpio, y le dijo adiós, había pasado allí más de un año, pero el que tenía casi le gustaba más. Tenía alarma como el otro y eso le daba seguridad, porque vivía sola.

Y el domingo se lo tiró vagueando en el sofá y viendo la tele, leyendo. Tampoco Jack dio señales de vida. Eso ya estaba terminado y Alex tampoco llamó. Claro que no esperaba que ninguno de los dos lo hiciese.

El fin de semana siguiente si no tenía mucho trabajo iría un día a Harvard y a Cambridge y allí comería o se quedaría una noche en uno de los hoteles a los que iba con Alex.

Hacer el amor con Alex había sido distinto y ahora diferente, mucho mejor, pero sabía que esa historia no iba a poder ser de ninguna de las maneras. Un hijo con cada una. Y ella no le iba a dar a elegir. Haría como hizo la madre de Alex.

Paso el tiempo y ella iba decorando la habitación de su bebé. En el bufete se enteraron de que estaba embarazada, ya no podía esconderlo y nadie supo quién era el padre. Ella no lo dijo.

Y en tres meses, en septiembre cogió vacaciones, estaba de cinco meses casi y supo que iba a tener una niña.

La ginecóloga le desaconsejó todo viaje largo hasta después del embarazo con lo cual, pasó las vacaciones en casa y viajando a lugares cercanos, fue a la playa de Brooklyn, pero eso estaba abarrotado y ella no quería meterse en esos lugares.

Pensó en llamar a su hija como su madre, Ana, a la que estuvo muy unida, y aún no se lo había dicho a su familia. Aprovechó para ir decorando la habitación, comprar la cuna, un cucú para su dormitorio porque nacería en invierno y quería tenerla en su dormitorio, un balancín para dormirla y ese mes llenó la habitación de la pequeña. Un sofá cama para que se quedara la chica.

Había un baño pequeño entre la habitación y el despacho y allí la bañaría, ese sería el baño de su pequeña, porque el suyo no era demasiado grande tampoco.

Ya le quedaba comprar la ropa pero esa la compraría en Navidad junto con el bolso para el hospital biberones y demás, pero lo importante, lo tenía.

La habitación tenía un armario empotrado para la niña y con cajones para su ropita, aun así compró una cómoda para la ropita interior.

El resto de mes de vacaciones lo dedicó a pasear cuando no hacía mucho calor, a ir al parque y tumbarse sobre la hierba a la sombra y leer. Se llevaba un libro una manta y un cojín y se quedaba horas. Luego comía fuera y se relajó. Ya se le notaba un tanto el vientre.

Y de nuevo comenzó en Octubre el trabajo. Ahora tenía menos que andar, pero lo compensaba al salir del trabajo, se ponía zapatillas y un chándal se tomaba un café y andaba avenida arriba y abajo durante una hora. Se duchaba y trabajaba hasta hacerse algo de cena. Intentó alimentarse más sano, eliminar tartas y dulces salvo alguna ocasión o el fin de semana, porque le apetecía el azúcar.

Iba a sus revisiones ginecológicas y trabajaba mucho.

Y su hija tenía el nombre de su madre, ya listo, Ana. Era un nombre precioso pensó.

Y ponía música tranquila cuando estaba en casa y cd de relajación y respiración, porque con el estrés del trabajo, lo necesitaba.

Llegó finales de octubre y empezaba a hacer frío, las hojas de los árboles anaranjadas caían sobre la acera. Las llamadas que recibía eran del trabajo y de su familia, abuelos y hermano de España. Ella tuvo que decirles que no se pudo coger vacaciones.

Su vientre ya era abultado y una noche de sábado echó de menos salir y quiso ir al restaurante

al que fue con Jack. Le apetecía comer en un restaurante y no creía encontrarlo después de tanto tiempo. Tenía un antojo de comer allí unas gambas que probó cuando comió allí.

Se vistió, con un vestido azul de media manga y tacones altos, maquillada y perfumada y con un bolsito azul como los zapatos y el vestido, estrecho que resaltaba su vientre.

Había tenido que ir de compras, pero no quería ropa de premamá, salvo lo imprescindible,

Estaba cenando en un rinconcito, cuando vio a Jack con una chica de piernas largas, rubia melena y guapa de envidia, era una modelo.

Jack la vio a ella allí sola sentada, cerca de su mesa, le dijo algo a la chica y dejó la chaqueta en la silla y fue hacia ella,

—¡Hola Sofía, cuánto tiempo!

—Sí, hace tiempo ya.

—¿Cómo estás?

—Perfectamente.

Él no le vio el vientre porque lo tenía bajo la mesa y se echó un poco el mantel para que no la viera.

—Estás guapa como siempre.

—Tú también, pero tienes compañía, no la dejes sola. Es guapísima.

—Sí, lo es como tú.

—Seguro —Dijo irónica.

—¿Estás sola?

—Sí, me ha apetecido venir esta noche. Tenía antojo de gambas. No son como en España, pero están bien. —Y Jack sonrió.

—Ha sido un placer verte. ¿Has venido a verme?

—Sí, por eso he venido. No por las gambas.

—Tonta, era broma. Bueno, te dejo. ¿Sabes que Marie abortó el niño que esperaban?

—¿Sí? No, no sabía nada, hace el mismo tiempo que no hablo con él que contigo.

—Pues sí, se quedó embarazada y lo perdió hace unos meses.

—Lo siento por ellos.

—¿No te ha llamado?

—No, ya te lo he dicho.

—Esta vez sí la ha dejado, pero aún la cuida, de eso me he enterado, ahora tienes el camino libre.

—¿Para qué?

—Par estar con el amor de tu vida.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

—Bueno, te dejo. Pásalo bien

—Gracias Jack. Me ha alegrado verte.

Se puso en su mesa frente a ella y de vez en cuando sus miradas se encontraban.

Jack no estaba pendiente de esa chica por muy modelo que fuera y muy guapa que estuviese. Vio a Sofía frágil y tan bella y pequeña, joder no dejaba de pensar en ella a pesar de haberse acostado con algunas mujeres desde que la dejó.

Cuando Sofía terminó pagó al camarero y se levantó. Y entonces Jack la vio embarazada, preciosa y creyó que era de él. No le cabía la menor duda.

Sofía no se despidió de él, salió y cogió su coche y fue a casa. Hora y media más tarde, la llamó Jack.

—¿Qué pasa Jack? Hace una hora y media que nos hemos visto.

—¿Dónde estás?

—En casa.

—En esta casa no.

—No, me he cambiado, a un apartamento con un dormitorio más.

—Dame la dirección.

—¿Para qué? Me he cambiado para que ni tú ni Alex la sepáis.

—Sofía dame la dirección y no te hagas la tonta, tenemos que hablar y lo sabes.

—Estoy cansada Jack, pensaba acostarme.

—Dame la dirección y acuéstate en el sofá.

—¡Joder!

—¡Sí joder!

Y se la dio y en media hora estaba en su puerta, tenía un camisón de tirantes corto, estaba calentita en casa y no tenía ganas de discutir ni de dar explicaciones. No sabía por qué había ido a ese restaurante. Seguro que pensó que estaba embarazada de él. Debía der eso.

Y Jack se quitó la chaqueta, la colgó en la percha e inundó con su perfume el pequeño apartamento.

—Me gusta más que el otro.

—Sí, tengo enfrente la guardería y el trabajo a diez minutos.

—¿Es mío?

—No es tuya, Jack, quería comer gambas y no esperaba encontrarte. Es de Alex. Nos acostamos una semana después de verte y no lo he vuelto a ver. Es una niña, así que no sufras, aún no vas a ser padre. Como tú querías. Tranquilo.

Ella fue a tumbarse al sofá con las piernas en alto y Jack, se sentó a su lado.

—No me has llamado, Sofía.

—Ni tú tampoco. Tienes tu vida, no quieres relaciones largas ni ataduras, ni matrimonio ni hijos, y fijate en mi ahora, ¿Cómo te iba a llamar Jack, para qué?

—¿No lo sabe?

—No, ni se lo vas a decir.

—Júrame que no es mía.

—Te lo juro, cuando lo dejamos tenía la regla, lo sabes.

—Pues me hubiese gustado.

—Vamos Jack, no lo dices en serio. En tres fines de semana y quieres tener un hijo y seguir con la misma vida. Lo que quieres es hacerme infeliz.

Y tocó su vientre y sintió emoción. Por ello.

—No hagas eso Jack.

—Te juro Sofía que me hubiese gustado que fuese mía. Me gustas y hubiese sido un hombre diferente.

Y tal como vino se fue. Y ella pensó que esa sería la última vez que lo iba a ver. No era el hombre adecuado ni el amor de su vida, ni creía por un momento que iba a cambiar por una hija de una mujer que apenas conocía. Y pensó en lo que le dijo acerca de Alex.

Si había dejado a Marie hacía un par de meses y no la había llamado... Sentía que hubiese perdido a su hijo, quería llamarlo y no podía.

Y como si pareciese que estaba pensando en él, Alex la llamó el domingo. O no la llamaba nadie en meses o se ponían de acuerdo para llamarla.

—¡Hola Alex!

—Hola Sofía, supongo que ya lo sabes.

—Lo supe ayer, lo siento. Me lo ha dicho Jack.
—¿Sales con Jack?
—No, no he vuelto a salir con él, tiene su vida y yo la mía, me he cambiado de apartamento.
—¿Dónde estás?
—En el parque donde siempre, voy a ir a comer.
—Espérame, ya voy.
—Vale. —Esto era la releche. Dos hombres dominantes y mandones, seguros de sí mismos.
—¡Hola Sofia! —Le dio dos besos cuando llegó, y se sentó a su lado.
—¿Pero qué..., estás embarazada?
—Ya me ves. Me quedan apenas tres meses. Siento lo de tu bebé, Alex.
—Gracias, pero no creo ni que estuviese embarazada siquiera.
—¿No lo dirás en serio?
—Sí, lo creo, creo que no estaba embarazada, no quiso que fuese con ella al hospital. Creo que se lo invento hasta tener la certeza que no iba a quedarme con ella.
—Por Dios, no creo que te engañara en eso.
—Pues créelo, ahora sí que la he dejado, de todas formas no teníamos relaciones desde que viniste, salvo contigo en el hotel.
—Pues ya somos dos.
—¿Es de Jack? —Le dijo con tristeza
—Es tuya y se llama Ana. La concebimos esa tarde en el hotel. Te has vuelto muy potente desde que no te veo.
—¡Ay Dios nena! te quiero. ¿Es mía de verdad? Y no me has dicho nada Sofia...
—Sabes por qué no te he dicho nada, pero si hace dos meses que la has dejado y es para siempre...
—Para siempre. ¿Cuándo nacerá?
—En enero. ¿Me has visto? tengo una pequeña dentro. Estoy gorda.
—Estás preciosa, no me importa. Esta hija sí que es mía. Por fin chiquita —y la besó y se tumbó con ella, abarcando su cintura y llorando emocionado.
—No seas tonto, no quiero llorar. Lo he pasado mal sin ti, pero ahora ya no te dejaré.
—El que no te dejará pase lo que pase, seré yo a ti. Tenemos que hablar de muchas cosas nena, te vendrás a casa conmigo.
—¿Quieres que vivamos juntos?
—Sí, eso quiero, que te vengas, tengo espacio suficiente.
—Pero si apenas hace unos meses que me he cambiado, loco.
—Te cambias de nuevo. Ponemos otro despacho en el mío, caben dos. Y dejamos una habitación para la pequeña Ana. Me gusta el nombre.
—Es el de mi madre. Y la tengo, la habitación digo, solo me falta la ropa.
—Pues nos la llevamos el fin de semana que viene. Tú no debes preocuparte, yo llevo todo
—Estás un poco loco.
—No un poco no, un mucho. Estoy emocionado, estoy loco por ti.
—Te quiero Alex, nunca pensé que pudiésemos estar de nuevo juntos con todo lo que hemos pasado.
—Lo estaremos pequeña. Te presentaré a la familia. Ya te conocen, cuando mi madre te vea con lo que le he hablado de ti...
—¿De verdad?
—Sí, ya verás y mi padre, bueno, los dos. Conocerás a toda la familia.

—¡Ay Dios Alex estás loco! Y van a creer que Marie, la dejaste por mí.

—Y es la verdad pequeña. La he dejado por ti.

—Y yo muerta de hambre —Y Alex se rio con ganas, feliz.

—Pues vamos a comer, venga, luego me invitas a un café en tu casa.

Comió con Alex y este la acompañó a casa, sin dejar de darle besos por la calle y abrazarla. Ella, le enseñó su nuevo apartamento.

—Las cosas de Ana son bonitas, dejaremos el sofá, hay una habitación para una chica y tiene un vestidor.

—Me falta la ropa.

—La compraremos, seguro mi madre quiere venir con nosotros para comprarle algo a su nueva nieta.

—La dejamos. Si le hace ilusión...

—¡Dios cuántas cosas preciosa!

—Necesito una ducha antes de hacerte el café, ya veo que tienes muchos planes.

—Me ducho contigo. Quiero verte y te necesito.

—No tanto como yo.

—Se quitó el chándal que se había puesto para ir al parque y él la miró.

—Estás preciosa. —Y la acarició, y tocó su vientre.

—Esta es mi hija, y tú eres mía. Y ahora seremos lo que siempre soñamos. Te dije que si quería tener hijos sería contigo —le decía al oído.

—Tienes mucha ropa, pequeño. —Y Alex sonrió.

—Eso lo soluciono rápido también.

—Tengo un hombre que lo resuelve todo.

—Pues no sé si tu hombre aguantará mucho cielo, desde que concebimos a Ana, no he hecho nada. Soy un santo.

—Por eso te amo tanto.

Y desnudo la tomó en brazos y la metió en la ducha, y tocó su sexo...

—¡Oh Dios Alex! Si me haces eso, no duraré nada.

—No quiero que aguantes, quiero que te corras en mis manos.

—Y tú también —Y movía su miembro duro y caliente como ascuas. Besándose.

—Nena, no te pases que lo tengo antes que tú, cielo.

Y cuando ella tenía los primeros espasmos, él se quedó en sus manos.

—¡Dios preciosa! no es lo mismo, pero te amo.

Y ella se abrazó a su cuerpo grande.

—¡Qué chiquita eres!

—Sí, tú has crecido mucho.

—Mi niña... —Y la besó.

Cuando salieron de la ducha, él la secó con cuidado, y se tumbaron en la cama.

—¿Hace falta que me proteja? —Le preguntó él de nuevo duro como una piedra.

—Creo que es tarde para eso, nene, hace meses que no nos acostamos con nadie.

—Y ahora sí que voy a morirte, es la primera vez que lo hacemos sin nada.

—Y embarazada.

—Sí, le sonrió Alex, me gusta ser el primero en todo contigo.

Y entró en su cuerpo despacio para no hacerle daño.

—¡Ay Dios Alex!, no pares.

—Es que no quiero hacerle daño a la niña. Me da miedo tan gordita.

—No se lo harás, te necesito.

Y él avivó el viento entre sus muros cálidos y entre sus enredados lamentos y llovió sobre ella su amor blanco. Se echó a un lado y la atrajo a sus brazos.

Y ella se puso de lado para abrazar su pecho ancho y perfecto.

—Siempre has tenido un cuerpo perfecto para mí. Antes eras más flaco, pero ahora estás de muerte, mi amor.

—¡Qué tonta eres!...

—Y tus ojos verdes, me encantan.

Y lo besaba.

—Tú sí que eres guapa. Ahora tendré dos niñas.

—Sí, serás el consentido de la familia.

—Sí, todas para mí.

—Más adelante tendremos otro.

—¿Quieres tener más hijos?

—Sí, dos al menos.

—Bueno, espera que salgamos de esta.

—¿Quieres café? estoy muerta.

—No luego, echemos una siesta ahora.

—¡Ay sí!

—Pero antes quiero probarte.

—Alex, no, síiii...

Alex sí y entro entre sus nalgas desiertas que lo habían esperado y lamió y chupo su sabor, hasta que ella se vació en su boca

—Dios mío Alex. Ahora sí que estoy muerta.

Y subió y la abrazó, y se quedaron dormidos.

Había vuelto a él, y ella era su hogar, la mujer de su vida, lo sabía, siempre lo había sabido y le daba gracias a Dios por habérsela devuelto. La amaba desde el primer día que la conoció. Y era su hombre, su cuerpo encajaba en el de ella a la perfección y se sentía morir dentro de su cuerpo pequeño y frágil ahora.

Cuando Alex se despertó, sintió un placer inmenso y supo qué era. Ella lo despertaba con su boca.

—Nena estás loca, estaba soñando...

—No es un sueño, es verdad.

—Ay Dios loca, más despacio...

—No había nadie que le hiciera con la boca lo que ella le hacía y se estiraba en toda su grandeza de hombre y al cabo, saltó en pedazos por los aires.

—¡Dios, nena! Me vas a matar.

—De gusto.

—Sí, de eso brujilla.

—¿Quieres café ahora?

—Sí, me apetece.

Y se quedaron viendo la tele un rato.

No iba a irse de su lado, ahora no la dejaría.

—Nena, sí me quedo, cenamos, pedimos algo.

—Sí, me has dejado muerta para hacer cena.

—Pedimos, luego tengo que irme. Mañana trabajamos, si no puedo venir un rato por la tarde, te

llamo, pero el fin de semana nos cambiamos. Así que ve avisando al agente. El viernes empezamos, ve recogiendo.

—¿Cómo vamos a llevar todo?

—Tengo la furgoneta de mi padre del restaurante, se la pediré unas horas.

—¡Está bien!

Y ella le hizo un café y trajo dos trozos de tarta.

—¿No tomas café?

—No puedo, sé que tomo descafeinado alguna vez, pero no me apetece nada.

—¿Eres feliz?

—Pues claro bobo, cómo no voy a serlo. Vine a por ti y me arrepiento de no haberte buscado antes y nos hubiésemos ahorrado todo esto.

—Sí, te mereces que te dé.

—Sí, fui una tonta.

—Bueno no pensemos ahora en eso, estamos juntos al fin, nos ha costado y vamos ser unos papas jóvenes.

—Cuando tenga Ana 20 años, tú tendrás 46 y yo 47.

—Unos jovencitos.

—Pues claro. Fíjate mi madre, tiene 46 y está hecha una chavala. Mi padre es un pesado con ella. No he visto pareja más empalagosa.

—¿Y tus hermanos?

—Los gemelos están en Harvard hace un par de años. Les llevo siete años. West, como mi padre se llama, estudia arquitectura y a John, le gusta la criminología, se llama como mi abuelo, el padre de mi madre. Quiere entrar en el FBI, o eso dice. Son más altos que yo, como su padre y el mío.

—¿En serio?

—Sí, mi padre West mide casi 1,90 y ellos igual. Soy el más bajo.

—Eres el más bajo y eres un gigante.

—Sí, somos una familia de altos, excepto mi madre que es como tú.

Les habló de su familia y después de cenar él se fue no sin antes hacerle el amor de nuevo y besarla hasta cansarse.

—Te quiero nene.

—Ten cuidado.

—Lo tengo, no te preocupes.

—Cualquier cosa, me llamas.

—Que sí, pesado.

—Te amo.

—Que te vayas bobo.

Y se fue de su casa más feliz que en toda su vida y ella se quedó feliz por una vez en la vida.

CAPÍTULO SEIS

Para el fin de semana estaba instalada en el apartamento de Alex. Le había dejado un vestidor para ella en el dormitorio principal y justo al lado, la habitación para la pequeña, vacía. Se llevó de nuevo lo que tenía en la nevera y le quedaba dar la llave el lunes.

Una vez que colocaron todo el sábado por la tarde, Él le dijo que tenía una chica para la limpieza que le aumentaría un par de horas más al día para los dos. Y ella quiso pagarla, pero no la dejó.

—Pues compro la comida Alex.

—La compra la chica y ella y yo nos entendemos en la compra.

—Entonces que estoy, ¿No pago nada? ¿Solo el alquiler de la plaza de garaje del coche?

—Estás para amarme y has comprado todo lo de Ana, fijate qué bonito ha quedado todo.

—Sí, preciosa, esta habitación es más grande.

—Venga, nos duchamos y cenamos algo, pido lo que quieras.

—Mañana vamos a dar un paseo a casa. Ya he quedado con ellos. Tienes que conocerlos, a los gemelos los conocerás en Acción de Gracias. Ya queda poco.

—¿Y si no les gusto Alex?, Ellos conocían a Marie.

—Sí, y mis padres saben lo que me ha hecho, así que no es que fueran muy fan suya.

—¿Saben que estoy embarazada?

—Sí, se lo dije el jueves. Lo saben todo.

—Dios Alex, te van a matar con tantos embarazos a mujeres distintas.

—Saben que lo de Marie fue un engaño. Pero este, lo he visto con mis propios ojos.

—¡Ay qué miedo y qué nervios tengo!

—Venga, una duchita gordy y a comer y descansar, ya estás en casa.

—No me gusta que compres y pagues tú todo.

—Cuando nos casemos juntamos el dinero, si tanto empeño tienes.

—¿Nos vamos casar?

—Sí, cuando tengamos a Ana nos casamos.

—Quiero esperar un poco Alex, no seas impulsivo, primero vivimos juntos ¿Vale?

—Bueno, como quieras, mientras estés en mi casa...

—No me pienso ir a ni ningún lado, tengo un hombre que me mimas y me satisface,

—¿Sí, eh?

—Sí, no seas tonto Alex...

—Ven aquí, te voy a enjabonar bien.

—Ay Alex... Y se reía.

Esa noche, abrazados, después de hacer el amor...

—Soy el hombre más feliz del mundo, pequeña.

—Y yo, y espero que esta vez nos dure.

—Sé positiva.

—Tengo un poco de miedo al parto, Alex.

—No lo tengas, estaré contigo.

—Quiero que todo salga bien y sea una niña preciosa y tenga tus ojos verdes.

—Pues a mí, me encantan tus ojos. A mí me da igual, mientras sea nuestra.

—Es nuestra.

—Eso es seguro.

—¿Acaso lo dudas? Puedes hacerle una prueba cuando nazca.

—Ni por un momento lo he dudado. No pienso hacer ninguna prueba.

—Es extraño, como cuando nos conocimos éramos apenas unos jóvenes y ahora me pareces un hombre sexy, seguro y guapo. Y tengo celos.

—¿De qué?

—Mira cómo estoy...

—Preciosa. No tengo ojos para nadie, chiquita.

—Te amo tanto...

—Lo sé, venir a por mí, es un acto de amor que nunca jamás lo olvidaré a pesar de lo que nos depare la vida.

—De momento un apartamento precioso.

—¿Te gusta?

—Me encanta. Me has hecho un despacho, loco.

—Sí, con la mesa enfrente para que nos veamos. Y que nos entre la luz por la ventana y ver la avenida, aunque prefiero mirarte a ti.

—Me encanta.

—Si quieres cambiar algo... Te tengo hasta una plaza de garaje y tenemos piscina y gym en los sótanos.

—No pienso cambiar nada, es preciosa. Espera que Ana crezca, y verás. Iré a la piscina, me vendrá bien, aunque este apartamento está más lejos de mi trabajo e iré andando, me lo ha recomendado la ginecóloga.

—Quiero ir la próxima vez y ver moverse a mi niña.

—En noviembre el 15 por la tarde tengo la cita, estará ya enorme.

—Vamos juntos, esta niña va a tener un papi con mucha suerte, con sus papis. Ven aquí preciosa, vamos a dormir que se te cierran los ojos.

Y se quedaron dormidos.

Al día siguiente domingo, se despertó y no estaba Alex, había ido a hacer ejercicio. Y así fue, mientras ella hacía el desayuno, entraba él por la puerta.

—Esto huele bien, guapa —Y la besó —Voy a la ducha.

—Desayunamos y me dices que ponerme, muy guapa, súper guapa, normal, informal...

—Como quieras, pero ni como para ir de fiesta ni para el trabajo.

—Entonces informal.

—Si les vas a gustar, va a ser la primera chica que tengamos en la familia. Estarán todos locos con ella.

Cuando llegaron a la casa de Mónica, él le dijo que la cafetería del bajo era la de sus padres.

—Tenemos que venir un sábado, a tomar café o a comer al mediodía.

—Me gustará comer la comida del chef de la casa.

—Di que está buena —Y se reía.

—Lo diré —Sonriéndole.

Estaba nerviosa antes de que abrieran la puerta.

Se había puesto unas mallas negras y un jersey de lana fino largo con una rebeca larga igualmente verde. Y su bolso y botas altas de tacón bajo.

—¡Hola hijo!

—¡Hola Sofía!

—Doña Mónica, señor West...

—Los saludó a todos con dos besos.

—Nada de doña, ni don en esta casa hija, venga pasa y siéntate. Madre mía, Mónica, vamos a ser abuelos antes de lo que esperábamos.

—Sí, en enero. Es una niña. Se llamará Ana.

—Esa sí es mi hija mamá, le dijo, con satisfacción.

—Tengo ganas de verla, hijo, con lo que has sufrido, ahora estamos tan contentos...

Y Sofía sacó de su bolso las ecografías que ya había visto antes Alex y se las enseñó.

—¡Qué chiquita!

—Me temo que saldrá a mi —Dijo riéndose.

—Eres muy guapa. En esta casa los hombres son grandes y las mujeres pequeñas, Que siga la estirpe de mujeres pequeñas españolas. Alex dice que eres de Marbella, le habló en castellano

—Sí, de allí soy.

—Tu madre habla muy bien castellano. —Le dijo a Alex.

—Estos son más torpecillos, por más que me empeño, pero al menos, se enteran y saben, Alex más, pero los gemelos...

—En la universidad no les quedará más remedio.

—Bueno, dijo West, cuéntenos vuestra historia

Y Alex iba a hablar, pero West, lo cortó.

—Déjala a ella, la tuya la sabemos.

—Mira que eres papá...

—Te quiero, soy un buen padre,

—Eso no lo dudo. Yo también te quiero.

—Venga vamos a tomar algo que he preparado y Sofía me va a contar todo, de todo.

—Papá...

—No me importa Alex, me gusta.

Y entre la comida y el café, departió con sus padres y les contó todo.

—No puedo imaginar lo que has sufrido, sola al otro lado del mundo en busca de mi hijo, y lo que ha pasado mi Alex estos meses, pero ahora estáis juntos y vais a tener una hija, nuestra primera nieta. Y eso es lo importante. Así que a olvidar lo malo. ¿Tienes ya las cosas de la niña compradas?

—Sí, Alex le ha preparado una habitación y yo tenía comprado los muebles. Los hemos llevado ya. Me queda comprarle la ropita solo. Tenía la habitación y Alex se la ha preparado.

—¿Cuándo vais a por la ropa?

—Queremos ir antes de Acción de Gracias, Para Navidad quiero tenerlo todo listo.

—Y tenemos que ir ver a mi padre Nolan y a los abuelos. —Digo Alex. —Iremos el domingo que viene. Tenemos ahora trabajo.

—Está bien, pero si pudiera ir con Sofía a por la ropa... —Dijo la madre.

—Vendrá con nosotros, se lo prometo. Un sábado vamos y luego comemos en la cafetería. — Tengo que probar las delicias del chef. Estas están magníficas.

—¿A que sí? —Le dijo satisfecho West.

—Lo digo de verdad. ¿Sabe que se parece usted a Jason Momoa?

Y todos se rieron.

—Sí, me lo han dicho muchas veces, cualquier día me corto las rastras.

—No serás capaz mi amor, —le dijo Mónica.

—Pues seré, me estoy cansando.

Cundo tomaron café y salieron de casa de los padres de Alex, ella salió contenta.

—Les gusto Alex.

—Sí, claro que les gustas, eres maravillosa, sensata, y agradable, eres inteligente y quién no te quiere mujer, si eres buena.

—Tú también estás bueno.

—Boba...

—El sábado que viene vamos a comprar con mi madre las cosas del bebé.

—Tengo que terminar la lista.

—La haces y el domingo vamos a ver a mi padre, a mis abuelos y a mi tío Oscar y su prole. Porque el siguiente es Acción de Gracias y comemos en casa, ya sabes que te han invitado y no comerás sola.

—Conoceré a tus hermanos.

—Seremos seis. Mi padre está que se sale y a mi padre le gustas, tiene debilidad por las mujeres pequeñas. Y te pareces a mi madre.

—¿Tú también tienes debilidad por las mujeres pequeñas?

—Tengo debilidad por ti, guapa.

—Me gustan los hombres grandes.

—¿Para qué?

—Para que me cojan, claro cuando no esté gordita. Me gusta, es algo innato.

—Te cogeré en volandas.

—Loco...

El sábado siguiente, fueron de compras con la madre a un centro comercial. Ella llevaba una lista y Alex el coche y recogieron a su madre.

Y cuando acabaron llevaban el coche lleno. Su madre quiso pagar todo cuanto veía de bonito y se gastó un dinero.

—No puedo dejarla que compre todo Mónica.

—Vamos es mi primera nieta, déjame que disfrute, tengo dinero y quiero un puñado de nietos y tener la casa llena algún día y poder verlos a todos.

—Los verá porque es muy joven.

—Vamos a comer la cafetería, tu padre dirá que hoy me he escapado.

—Allí estuvieron comiendo.

—¿Qué? ¿Muchas cosillas para mi nieta?

—Demasiadas, amor. Será la niña más bonita de Manhattan.

—Tú como siempre tan generosa.

—Pero West, la abrazaba y besaba.

—¿Ves lo que te dije? —Le decía Alex a Sofía.

—Es bonito que se quieran, y espero que me quieras como ellos se quieren.

—Pues claro que lo haré. Tengo buenos maestros.

—Sofía dio las gracias a los dos y al final se fueron a la casa y por la tarde, antes del café estuvieron doblando la ropita y colocándolo todo.

—Ya está todo mi amor.

—Pues necesito un café nena, y vamos tarde.

—Tu padre nos ha dado un taper para la noche, porque hemos insistido en pagar.

—Pues ya tenemos cena.

—Te hago el café y nos vamos al sofá un ratito, luego tengo trabajo un par de horas.

- Yo prefiero hacerlo mañana.
- Mañana también tengo. Tengo el martes un juicio escabroso.
- Entonces me pongo contigo, si vamos a ver a tus abuelos, comemos algo fuera.
- Sí, temprano y nos venimos a trabajar.
- Vale.

A Nolan también le cayó muy bien Sofia y a los abuelos y a su tío Oscar y los niños preguntaban por la niña de la barriga.

Cuando llegó agotada a casa, se tumbó en el sofá y Alex la dejó dormir. Llevaba tres fines de semana agotadores y las semanas de trabajo estresantes.

Cuando se despertó eran las seis y media.

—No me has llamado, loco y he dormido un montón de horas.

—Las que necesitas.

—Voy a hacer algo de cena ligerito.

—Está bien.

—Y luego tengo que mirar un par de cosas.

—Como quieras.

—¿Qué te ha parecido la familia?

—Me encanta toda. Son estupendos. Aunque tu madre Mónica y West, me encantan. Son más cercanos y familiares.

—Lo sabía, eres una romántica.

—No es eso, me gusta la historia de su amor, y ese hombre ama a tu madre, por encima de todo.

—Como yo te amo a ti.

—Eso espero.

—¿O qué?

—Te mataré a besos.

—Eso me gusta.

—Sí, pues vas a esperar a la cena.

El día de Acción de Gracias, fue un tumulto en casa de Mónica. Los gemelos eran tipos grandes, aún jóvenes, como cuando Alex y ella se conocieron. Eran habladores y parlanchines y abrazaban a Mónica.

—Dejadla ya —Decía Alex.

—Es nuestra cuñada, qué hermano este. ¿A que sí Sofia?

—Pues claro.

Hablaron de la Universidad y West hizo una comida estupenda. Eran una gran familia ya y sus padres estaban tan felices... Que ella echó de menos a los suyos y sus reuniones familiares en Málaga. Pero tenía con Alex una familia estupenda.

—Si esta familia se agranda en unos años, vamos a tener que celebrarlo en la cafetería o comprar una mesa más grande. —Dijo West.

La velada fue perfecta. Ella llevó productos españoles de una tienda del centro y llevó jamón ibérico y le dijo a West.

—Supere esto —Le dio irónica dándole a probar a West. —Y West, se reía.

—Esto es insuperable —Cuando lo probó.

—¡Ay qué bueno! —Dijo Mónica. Eso no lo pruebo desde pequeña.

—Ummm. ¡Qué bueno Sofia! —Y West se reía.

—Compra usted un jamón de esos y pone tapas a 12 dólares. Seguro que lo vende bien.

—Desde luego voy a pensarlo.

—Cuando se fueron, le llevaron comida para el fin de semana no hacer nada.

El viernes y los fines de semana daban un paseo y a veces comían fuera y otros iban casa, ella se echaba una pequeña siesta, llamaba a España y luego trabajaba con Alex hasta la cena.

El viernes cuando se sentó por la tarde con Alex en el despacho, le dijo.

—Me ha llegado un caso difícil.

—¿Y eso?

—Un crimen de barrio como siempre. Lo peor que tengo a Jack de nuevo. Nunca pensé tenerlo al otro lado, pero ahí está. Antes de Navidad y quiero poner el árbol y decorar y comprar los regalos para todos.

—Bueno tranquila...

—¿Qué llevas? —Y mira que no me gusta que lo veas, porque me pongo celoso cuando recuerdo que te puso la mano encima.

—Venga, no seas tonto, eso me pasa con Marie y las Marie que no conozco.

—Es verdad, pero yo tengo que verlo de vez en cuando. Y a pesar de todo, sé que le gustas.

—Pero no a mí.

—Es guapo, pero no es adecuado para mí.

—Bueno, lo olvidamos, ¿El caso?

—Su defendido mató al hijo de mi defendida, una pelea de barrio. ¿Y pueden pagarle a un abogado como Jack y un bufete como el nuestro?

—Trafican Alex, claro que pueden pagarle.

—No le vas a ganar esta vez entonces, cielo.

—Haré lo imposible, pero ya la madre sabe que no va a ganar. Se lo he dicho, pero no le importa, confía en mí y si no ganamos al menos lo ha llevado al banquillo, que le vea la gente la cara, es lo que quiere. A su hijo no va a recuperarlo.

—Mi niña me vas a hacer sufrir mucho, elegir criminología es duro...

—Es lo que me apasiona.

—¿Por qué?, Vamos a ver si eres una persona tranquila y... En fin, no sé cómo elegiste criminología con los lobos que hay.

—Soy una caperucita buena.

—Mí amor, ten cuidado.

—Lo tengo, hago mi trabajo, nada más —Y él la abrazaba.

—No quiero que mis niñas sufran.

—No sufro, realizo mi trabajo.

—Ojalá le ganaras a ese vanidoso. —Y ella se reía.

—Un milagro me haría falta. Estoy buscando e informándome de todo.

—Así que en cuanto termine el juicio el lunes de la otra semana, me pongo a decorar la casa, ¿Me dejas?

—Pues claro, es tuya.

—No, es tuya, pero pondremos un árbol.

—Nunca he puesto.

—Este año, sí, con los regalos para todos.

—Te quiero, ¿Te lo he dicho?

—Cada cinco minutos, pesado.

—Pues no querías que fuese pesado...

Ella trabajó mucho en ese juicio, y cuando el lunes siguiente se encontró en el juzgado con Jack...

- ¡Vaya qué gordita estás!
- Sí, me queda apenas un mes, cuando pasen las fiestas. Para el diez o así de enero.
- Estás guapa, no has engordado nada.
- ¿No? ¿Y esto? —señalándose el vientre...
- Mujer, es la niña. ¿Estás preparada para perder?
- Nunca ¿Y tú?
- Jamás caperucita.
- Siempre igual de vanidoso —Le sonrió a Jack.
- Este es un tema escabroso. No me gusta enfrentarme a ti en esto.
- ¿Me consideras débil?
- Frágil ahora mismo.
- No te fíes de la fragilidad de las mujeres.
- ¿Estás con él?
- Claro, vivo con él.
- Me alegro, de verdad Sofia. Eres una mujer estupenda.
- Y tú un hombre increíble.
- Pues me dejaste.
- Sabes por qué.
- ¿Y ahora tienes lo que quieres?
- Lo tengo. Soy feliz, no tengo que tener esa palpitación constante de infidelidad.
- ¡Qué poeta eres! Anda entra. Vamos al matadero.

El juicio duró tres días. Y el jurado debatió otro y el jueves a última hora el juez los llamó a todos.

No ganó, por supuesto, pero no perdió. El defendido y supuesto asesino de Jack no entraba en la cárcel, pero por el contrario debía darle a la madre del defendido muerto de Sofia, medio millón de dólares. Que por supuesto para ese camello lleno de oros, no era nada y salió riéndose en la cara de la madre para más humillación de la pobre mujer.

—Bueno, le dijo Jack, creo que no hemos ganado ninguno de los dos.

—El que no ha ganado nada es el muerto. Pero al menos su madre tendrá una compensación para irse a otro lado a vivir.

—¿Se va fuera?

—Sí, tiene dos hijos más. Se va a algún pueblo pequeño del sur, no lo sé...

—Lo mejor que puede hacer, su hijo se metió en terrenos turbios.

—Me cae de culo tu defendido. —Y Jack se rio de la expresión.

—A mí también, no creas, pero es trabajo, ya lo sabes.

—Lo sé y a veces lo hago. Creo que algún día pediré una plaza en la policía.

—Pues mira no estaría mal, toma, un amigo mío de FBI, hacen exámenes cada cierto tiempo para criminólogos o abogados penalistas.

—¿En serio?

—Sí, es difícil entrar, pero te gustará buscar datos para algún policía y ganar más.

—Quizá me lo piense. Gracias Jack.

—Nos vemos guapa y le dio dos besos. Voy a buscar al collares de oro.

Y ella se reía...

Esa tarjeta la guardaría para después de la maternidad y quizá llamara y se preparara ese examen, sería como una oposición.

El fin de semana fue de compras con Alex, y ella compró sola el árbol, y los regalos y la

decoración.

Entre el viernes, el sábado y el domingo estaba todo puesto bajo el árbol.

Tenían las Navidades repartidas, el 24 por la noche con sus padres y los gemelos a cenar y el 25 al mediodía, irían con sus abuelos y su padre Nolan y fue especial.

El 24, cuando llegaron a casa de estar en casa de los padres y pasarlo genial abriendo regalos, Alex le dio el suyo.

Una cajita con un anillo de compromiso. Se puso de rodillas y se la abrió.

—Alex Dios mío, es precioso y se emocionó.

—Vamos estoy esperando, nena.

—Sí, claro que sí, me casaré contigo. Te amo mi amor.

Y ella le regaló un reloj de oro.

—Dios mujer, esto cuesta una pasta.

—Te lo mereces.

—Tengo uno.

—Para tu colección.

—Te quiero chiquita, me encanta. Y hay ropa también. Y un peluche para Ana.

—Vamos a llenar los armarios y nos queda ir a casa de los abuelos.

Habían pasado las Navidades y empezaron de nuevo el trabajo.

El día dos la llamó su hermano desde España. Le extrañó porque había hablado en Navidad con ellos, pero fue para decirle que los abuelos, no estaban bien, que el abuelo se estaba muriendo y que por que no se iba allí, hasta que pasara lo de los abuelos y luego volviera y ella tuvo que contarle la verdad.

—Pero hermana, si vas a dar a luz, vente cuando estés bien y tomas tu maternidad, seguro que Alex lo entiende. Sabes que no tienen más nietos y no quiero llevarlos a morir a una residencia.

—Pero tengo un trabajo aquí, Julio.

—Al menos hasta que pase lo del abuelo. Y cuando acabes tu maternidad vuelves, son cuatro meses apenas. Te preparemos una habitación de bebé en casa de los abuelos y tú duermes en la otra habitación ¿Vale? Si Alex te quiere, te esperará. Esta vez no será tanto tiempo.

—Pero serán ya dos veces. Ay dios, Julio, tengo miedo.

—Ya acondicionaré la sala como despacho, para que estudies casos o lo que quieras, porque el comedor se lo hemos dejado como habitación ya no pueden subir a la parte alta. Y abajo tienen el baño.

—Pero no es eso hermano.

—Vamos Sofía, yo no puedo hacerme cargo, tengo turnos y no podemos meter una mujer interna, no me fio.

—Alex puede venir a verte cuando pueda. Será poco tiempo.

Y Sofía supo que la felicidad duraba poco.

Cuando llegó la hora habló con Alex. Temía decírselo. No iba a querer perderla de nuevo y no la perdería, pero ahora también era a su hija.

—No puedo dejar que te vayas Sofía y menos con mi niña, no puedo de nuevo.

—Tengo que irme mi amor, son mis abuelos y solo será el tiempo de maternidad y si se alarga un poco, vienes en vacaciones a vernos. Y hablaremos todos los días. Esta vez no te dejaré que te vayas con otra —Le decía llorando.

—Y mi hija y tu trabajo.

—No quiero irme, pero no tengo otra opción, mi amor, te amo tanto. Soy tan desgraciada...

Tengo muy mala suerte Alex.

- Vamos pequeña, no llores así, no es bueno para la niña.
- Estoy dividida. Pero juro que nos casaremos, te seré fiel y tú a mí. Júramelo.
- Claro pequeña. Me dejas solo de nuevo.
- Esta será la última vez.
- Mi madre no se lo creerá. Y se pondrán tristes por no poder ver a su nieta.

Y ese día estuvieron llorando y Alex supo que Sofía era el amor de su vida, una buena nieta y buena mujer, generosa, que anteponía su felicidad a todo. Y que la esperaría toda su vida.

El tiempo la dejó triste, no quería irse de su casa tan bonita, ni con su niña sin Alex. Este le dijo que se iba con ella, pero ella no quiso que perdiera su trabajo. Con que lo perdiera ella, era suficiente.

En enero contrató una chica y ya le dijo que sería apenas un mes, quizá le viniera bien ayudarla con la pequeña. Alex también lo quiso.

Y tenía en mente algo que llevaba rondando en su cabeza.

Al pasar las Navidades habló con su jefe y le expuso su problema. Y este le dijo que cuando volviera, lo buscara porque allí siempre tendría un hueco en su bufete. Y el 31 de diciembre se despidió del trabajo, dejó todos sus casos atados y recogió sus cosas, quería tomarse la maternidad y estar tranquila hasta dar a luz, de todas formas, pediría sus cuatro meses al seguro de salud por irse antes a otro país, le correspondía aunque tenía la doble nacionalidad. Vendió el coche. Y dejaría los muebles de la pequeña salvo el carrito.

Una vez que se despidió del trabajo y sin decirle nada a Alex, tomó la tarjeta que Jack le dio en el juzgado y llamó por teléfono al amigo de Jack, que estaba interesada en esas plazas y éste le pidió una dirección de correo, le mandaría toda la información y libros para comprar.

Cuando la recibió, pidió todos los libros y exámenes que le había recomendado de años anteriores. No trabajaría y se iba a preparar esas oposiciones y cuando volviera se presentaría al primero que se hiciera o cuando estuviese preparada. Según este salía uno anual, y las pruebas eran en Filadelfia.

Eso no importaba, pero no iba a estar sin hacer nada y ese trabajo sería mejor que el que tenía. Y tenía dinero para aguantar meses sin trabajar. Si no lo conseguía, buscaría trabajo y se iría presentando hasta aprobar.

Se lo contó a Alex y a este le alegró al menos una cosa.

- Vas a ir cargada mi amor.
- Me recogerá mi hermano y me dejarás tú en el aeropuerto.

CAPÍTULO SIETE

Sofía tuvo su hija el 10 de enero, era una niña preciosa y chiquita en un parto demasiado largo. Alex estuvo en todo momento con ella y sufría como ella. En unos meses cumpliría 27 años y ella, era una mamá joven con 26.

Ana era una pequeña morena de ojos verdes como su padre. Toda la familia estuvo con ellos y la niña iba de mano en mano, pero Mónica puso orden.

—No te enfades Sofía, pero es igual que mi hijo. Es como Alex cuando era pequeño.

—No me enfado, mejor que se parezca a su padre, es tan guapo.... —Y Mónica se reía.

—Sí que lo es, es hijo mío. Pero quiero que me mandes algún video o me la pongas. La voy a echar tanto de menos... No voy a poder mimarla tanto.

—Espero Mónica que esta vez sea poco tiempo.

—Eso espero hija. Mi hijo irá a verte en verano, ya verás. Ya no te dejara. Y no llores, vamos ánimo, te queremos todos. Eres una hija para nosotros.

—Gracias Mónica.

—Venga, ya verás qué pronto vuelves, además no te vas todavía.

—No, en un par de meses.

— ¡E!, pues a disfrutar de mi Anita preciosa.

La chica que contrataron, estuvo con ella en el hospital y se encargaba de ella y la niña cuando no estaba la familia.

Cuando estuvo en casa, llamó a su hermano diciéndole que todo había salido bien y empezó a recuperarse.

La niña era preciosa y dormilona, tranquila y la chica decía que era un amor de niña y que la iba a echar de menos cuando se fuera a primeros de marzo que fue la fecha en que decidió marcharse. Ya estaría recuperada y Ana tendría dos meses y podía viajar.

El tiempo pasaba y ella cuidaba de su pequeña, visitaban a los abuelos y Alex estaba tan embobado con su hija que a ella, le daba pena marcharse y quitársela. Se iban a echar mucho de menos.

Cuando la cuarentena pasó, volvieron a tener relaciones.

—¡Mi niña!, te voy a echar tanto de menos...

—Lo sé y yo también. Pero hoy he hablado con mi hermano y mi abuelo está peor. Tengo que ir preparando las cosas y me iré el uno de marzo. Voy a sacar los billetes de noche y en primera.

—Eso seguro. Quiero que vayas cómoda tantas horas y me llames en cuanto llegues a la hora que sea.

—Lo sé, te amo Alex. No quiero irme. Ahora con nuestra niña. —Se abrazaba a él.

Y él la besaba como si fuese la última vez, y como si fuese la última vez hacían el amor, intensamente.

Y llegó el día anterior a su partida. Esa noche, ya había despedido a la chica y a toda la familia. Lloró mucho cuando se abrazó a West y a Mónica sobre todo, que la animó. Tenía todo lo que iba a llevarse en el salón, tres maletas su bolso y uno para la pequeña, su cochecito Con lo que necesitaba para el viaje.

Cuando estaban en la cama después de hacer el amor. Era su última noche y estaban

emocionados y abrazados y Alex decía que la casa iba a quedarse sola y sorda como él.

—¿Qué edad tienen tus abuelos?

—Son mayores. Tienen más de 80 años, ya y mi abuelo está bastante enfermo. Me lo dijo mi hermano ayer. Así que me quedaré con mis abuelos en su casa. La ha adaptado para que no tengan que subir escaleras. Es una casa de dos plantas. Ya la tiene lista para la niña y para mí, e incluso me ha hecho un pequeño despacho en una sala. Allí estaré con Ana y sus juguetes.

—Volverás cariño, pronto.

—Vendrás tú antes a vernos y así ves dónde naciste. Te quedas con nosotros en casa las vacaciones.

—Pues claro que iré a verte mi chiquita. Y si tomo algunos días también. Eso seguro.

—Sí, volveré porque tengo a tu hija, y porque me gusta Manhattan. Y por ti.

Cuando inevitablemente se fue, ella se quedó vacía, como Alex, pero al menos sabía que se amaban intensamente y eso no cambiará nunca más en la vida.

Llegó dos días después por la mañana a Málaga a Marbella con su hermano, cargada y cansada. Cuando llegó a casa de los abuelos, y los saludó, llamó a Alex para decirle que habían llegado bien, que después hablarían.

Y los posteriores días se instaló en casa de sus abuelos y cuidaba de ellos y de la pequeña. Habían solicitado una chica a domicilio de los servicios sociales para sus abuelos y al menos le hacían la comida, los bañaban y a veces iban al médico, limpiaban las zonas de los abuelos y ella se encargaba del resto. Y de su pequeña, y no había ni un día que no hablara con Alex y este viera a su chica y a ella y a Mónica y West, les mandaba videos de la pequeña para que la vieran y algún domingo los llamaba.

Cuando pasó la maternidad, a finales de Abril, metió la pequeña en una guardería cercana y contrató a una señora para cuidar a sus abuelos unas horas, así ella podía dedicarse a estudiar los libros para el examen del FBI y poder salir a comprar y pasear.

Los abuelos estaban bien atendidos de día y ella estaba por la noche.

Los meses pasaban... y ella se adaptó, pero echaba tanto de menos a su hombre y su vida allí...

Su abuelo que cada día iba empeorando hasta que en Mayo, empeoró y murió una mañana.

Y se quedaron solas las tres en casa con las chicas de Ayuda para su abuela. Su hija ya tenía cinco meses y era un revoltijo, su padre estaba encantado con ella, le decía papá por Skype.

Y Alex le dijo que si no se venía para el verano iría a verlas, que no aguantaba más y ella dijo que sí, porque la abuela, con la muerte del abuelo había empeorado y se había metido en su mundo y le daba pena dejarla. Y a él se le hacía insoportable la vida sin ellas.

La vida pasaba y pasaron los meses, ella y cumplió en Marzo los 27 años y ya Alex tenía 28 y llegó el verano y por fin Alex apareció en Marbella y se quedó en casa con ella.

—¡Ay mi amor! qué guapo estás y qué bien hueles. Te quiero, te quiero. Y no dejaba de abrazarlo y besarle y él a ella. Quiso ir sola a por él al aeropuerto.

—¡Cuanto te he echado de menos mi niña! y la besaba con pasión. Todos te dan recuerdos y besitos a la pequeña. Y traigo regalitos para ella.

—Vámonos o no llego a tu casa, ¿Y la pequeña?

—Allí la he dejado, quería esperarte a solas. Tengo a una chica unas horas con mi abuela que está mal. Por eso no me he querido ir cariño, pero estoy estudiando mucho para hacer el examen de FBI y dejar los juzgados

—¿Crees que aprobarás? Me he informado y son muy difíciles, no entra cualquiera fácilmente.

—Entraré yo con tu ayuda. Estoy estudiando mucho y estudiaré allí hasta el primer examen. —
No pienso trabajar a no ser que suspenda. Si suspendo trabajo y estudio.

—A mí me gustaría entrar en ti, de otra manera.

—¡Qué loco!

—No sabes cómo te deseo. Estoy que exploto, nena.

A su abuela le dijeron que era el padre de su hija, y ya no se enteraba de mucho. Estaba también fastidiada y ella temía que se enfermara mucho más.

Ese mes que estuvo Alex en Marbella fue maravilloso, iban a la playa con la niña y él era el padre perfecto y el hombre perfecto. Era feliz, era su hombre y disfrutaba de él el tiempo que la vida allí, se lo permitiera.

No estudió nada y sacaban a la abuela a dar paseos por la Costa del sol y a comer fuera. A Alex le encantó el sitio donde había nacido. Hicieron mucho el amor por las noches. Y las siestas. Y él decía que tenía que llevarse por otro tiempo.

—Cariño, no te preocupes, he visto como está tu abuela y creo que no le queda mucho tiempo, y nos lo dijo el médico la semana pasada. No quiero que te estreses con la pequeña, ni sufras, quédate lo que se necesario.

—Pero te echo de menos, quiero estar allí contigo. No quiero dejarla y no puedo dividirme y mi hermano de verdad que no puede.

—Lo sé, me cae muy bien tu hermano.

—Ha sido mutuo.

—Y estarás pronto, y lo sabes, y nos casaremos y tendremos otro hijo.

—Antes quiero aprobar las oposiciones o buscar trabajo.

—Lo harás. Eres el amor de mi vida y te esperaré lo que sea necesario. Ya he venido y he visto lo que hay.

—No te acuestes con otra. Alex. Le decía ella llorando. Eres mío.

—Boba, no llores. No lo haré, jamás.

Lloró mucho cuando se fue, habían sido unos días maravillosos, pero no sabrían cuando iban a verse de nuevo. Y todo volvió a ser como antes de que fuera a verla.

Pero ese año la abuela no llegó Navidad y tuvieron otra muerte más.

Cuando se lo dijo a Alex...

—Cariño, no te preocupes, yo ya la vi mal en vacaciones y tenía pensado ir a veros de nuevo en Navidad.

—No vengas, en cuanto solucione los temas de la casa de mis abuelos y el testamento nos vamos de nuevo. Tengo ganas, aunque estoy rendida y cansada de estos días. Han sido horribles, no he querido decírtelo hasta hoy.

—¿Cuándo te vienes?

—Cuando pasen las Navidades, espero que para el primer cumpleaños de Ana. Solucionar los temas nos llevará tiempo.

—Te echo de menos, y te quiero y en cuanto puedas, te vienes.

—Desde luego. Te dejo cariño, me llama mi hermano, ahora, son todo papeleos.

—Luego hablamos.

—Vale. Te amo.

Sus abuelos le dejaron a ella el dinero que había y la casa, pero ella quiso darle a su hermano la mitad.

—No Sofía, te lo han dejado a ti.

—Julio, pues entonces, la casa a medias, y el dinero para mí, pero no te quedarás sin nada y así podrás pagar tu casa y no tener hipoteca. Tengo un buen trabajo y aquí he estado casi un año. Tengo 27 años, casi 28 y una hija soltera, pero Alex me ayudará vivimos en su casa no va a

dejarme ir a ningún lado ni pagar nada, es así y quiero conseguir esa oposición para la que me estoy preparando a conciencia. Si no apruebo, vuelvo a mi antiguo bufete, mi jefe me contratará, seguro, me lo dijo.

—Está bien, pero el dinero para ti.

—Tenemos que ponerla en venta, cuando la venda, me voy con Alex.

—Eso me deja tranquilo. Me irás contando.

—Sí.

Tardaron dos meses en vender la casa y ella preparar de nuevo las maletas, despedirse del de su familia y de nuevo el viaje de vuelta. Parecía mentira, pero estaba nerviosa. Tuvo que celebrar el primer cumpleaños de su hija sola con su hermano, pero Alex dijo que lo celebrarían a su vuelta con su padre. La venta de la casa, se había demorado más de la cuenta.

Su hija Ana ya tenía un añito años y dos meses, era marzo y ella también había cumplido los 28 años.

Había empezado a tomar pastillas anticonceptivas, no quería tener más accidentes de momento.

La casa de la abuela la vendieron bien y ahora llevaba más dinero que con el que se vino, un millón doscientos cincuenta mil y pico dólares.

Estaba contenta, pero le había dolido ver morir a sus abuelos.

Ahora iba más nerviosa que nunca, de vuelta la certidumbre de estar con él y no pensaba cambiarse ya por nada ni por nadie. Le tocaba vivir a ella.

Cuando llegó al aeropuerto, allí estaba esperándolas. Estaba tan guapo. Más si cabía y es que estaba tan enamorada de ese hombre moreno y sus ojos verdes preciosos, con 29 años y se había vuelto más seguro, no era el Alex de la universidad ni el Alex que conoció dos años atrás. En sus conversaciones era más decidido, y más exigente y seguro. Y lo amaba sin medida y la había esperado.

Cuando la vio, con el carro con las maletas, la abrazó fuerte y la subió a su altura.

—¡Qué guapa Dios! ¡Cuánto te he echado de menos este año!, chiquita, y a mi niña que tanta falta me hace.

—Para loco.

—A ver mi niña, y la cogió en brazos y la besó por todas partes.

—Papá...

—Mira Sofia me ha dicho papá.

—Sí, te reconoce de verte tanto por Skype. Esta niña es inteligente.

—Dios no me creo que estés de vuelta. Ha sido más de un año, cielo.

—Y lo has resistido...

—Y tú me lo preguntas, boba, pues claro, te lo había prometido.

—Y yo también.

—Espero que le guste la habitación a Ana y la recuerde. Cuando cumpla dos años, le compramos una camita.

Cuando entró en casa, le pareció mentira.

—Ya no la recordaba.

—Pues es nuestra.

—Es tuya.

—Es nuestra.

—Gracias mi amor, pero creo que necesitamos una ducha. La baño y le das la cena.

—Por supuesto, su papi le da la cena.

—Mientras me ducho y saco algo de las maletas, mañana las deshago. Y se duchó y salió con

un chándal cómodo.

—Mañana deshago el equipaje, sacaré lo necesario.

—Para dormir no saques nada —Y ella se rio. Ven aquí y ella se sentó a su lado en el sofá, mientras su pequeña se quedaba dormida.

—La acuesto. Espero que no eche de menos la cama. La chica le ha puesto sabanas limpias y le ha limpiado todo y recogido la ropa que le ha quedado pequeña en una caja, está en el altillo del vestidor.

Estuvieron besándose y la puso bajo su cuerpo.

—¿Recuerdas la primera vez que lo hicimos? —Le dijo Alex despacito.

—Sí.

—Eras virgen.

—No me lo recuerdes.

—¿Por qué? Me gustó, fue un flechazo aquél día, después de tantas vicisitudes y mira dónde terminamos ahora.

—Estás excitado.

—Sí, por ti, qué crees bruja después de tanto tiempo, y fue desnudándola. Iba a ponerse un preservativo...

—No hace falta, tomo pastillas anticonceptivas, para nosotros.

—¡Oh Dios Sofía!, eso es matarme.

—Pues moriremos, y él entró en su cuerpo y fue como siempre con Alex, mejor, pasional y sexual y conocía su cuerpo, mordía sus pezones y se movía en ella.

—¡Dios Alex! —Y abrazaba su gran cuerpo, su pelo y se sentía azorada y vencida, gimiendo como una sirena varada en la playa.

Y cuando alcanzaron la marea el dejó en ella, su espuma blanca.

—¡Madre mía Sofía!, eres el amor de mi vida, te amo nena.

Ella lo abrazó

—Te amo Alex, no sé cómo puede dudar, tienes que perdonarme.

—Shhh de eso no se habla en esta casa.

—Eres mi primer hombre, has cambiado.

—Sí, he cambiado.

—Eres más seguro.

—He cambiado por ti.

—Quiero un hombre bueno.

—Soy un buen hombre, pero quiero darte todo lo que necesitas y mereces.

—Y yo ti. —y se perdió en sus nalgas.

—Ay Alex loco, por dios. Por dios mi amor no puedo... ¡Oh dios madre mía! —Y ella estalló en mil pedazos

—Sí que has cambiado.

—Tonta...

—Ay mi amor, estoy en casa... Pensé que este momento no llegaría nunca. Necesito un coche.

—Tienes la misma plaza de garaje.

—La has conservado todo este tiempo...

—No, la he comprado, es nuestra. Ahora tenemos dos.

—Eres un loco, te la pagaré.

Ya está pagada, sabía que la necesitarías. Vamos a cenar, la chica ha dejado algo. Mañana es viernes y trabajo y estaremos todo el día juntos el fin de semana.

Y se acostaron pronto. Estaba muerta, pero él la dejó más muerta aún.

Cuando se despertó la mañana siguiente, se encontró una nota en la almohada.

Te amo pequeña. Ya estás en casa. Vengo por la tarde. Descansa. Tienes todas las llaves en tu mesita.

Y ella sonrió. Miró su lado de la almohada y aspiró su aroma. Le encantaba el olor de su hombre. Sí, ya estaba en casa tenía que hacer muchas cosas. Entre ellas, vestirse, tenía que salir fuera. Recogió la habitación y deshizo el equipaje de la niña y suyo. Y dejó todo colocado. Cuando la chica llegó, le dijo que estaba encantada de tenerla de vuelta, que la niña era enorme.

Sofía le dijo que tenía ropa de plancha de la niña y suya y ésta le dijo que se la plancharía y la colocaría ya que Alex le había ampliado de nuevo las horas y se iba a las dos.

Cuando la niña de despertó, la vistió, le dio el desayuno y con su mochilita de la guardería de Marbella, que contenía sus datos y algunos pañales, una muda de ropa, le dijo a la chica que se iba a la calle. Que tenía que hacer unas gestiones, que no venía a comer al mediodía que solo hiciera la cena, ya que la chica no venía a casa los fines de semana. También le dijo que si no le importaba limpiar primero el despacho, ya que se quedaría allí a estudiar por las mañanas unos meses.

Lo primero que hizo, fue ir a la guardería, y de lunes a viernes hasta las cuatro, con la comida y siesta echada.

Hizo la inscripción y la pagó junto con el mes en curso. Le dieron una lista de materiales y dónde comprarlos. Y la dejó allí, quería quedarse, porque ya estaba acostumbrada a estar con niños y la dejó hasta las cuatro y así haría las gestiones.

La primera, desayunar. Mientras lo hacía llamó al FBI, al teléfono que tenía para saber cuándo se hacían los exámenes e inscribirse.

Le dijeron que el mes de abril, o sea el siguiente se abrían los plazos para la inscripción y el 15 de junio eran los exámenes en Filadelfia. Una vez que se inscribiera en la página y pagara el derecho de examen, ya le mandaban la información, de cuando eran los exámenes, pero tenían previstos ser a mediados de junio. En Filadelfia.

Tenía casi tres meses duros para repasar y estudiar a fondo y los exámenes repasarlos bien. Ya llevaba un año estudiando, pero esta vez sería en serio total.

Salió de desayunar, fue a comprar las cosas de la pequeña para la guardería y un pc nuevo, ya metería la información que tenía en el otro. Había visto que Alex le había dejado su mesa de despacho libre donde puso los libros de los exámenes. Y su pc, pero ya tenía unos años, así que compró una impresora, un fax y una gran cantidad de materiales de oficina y fue casa.

Una vez que lo hubo todo colocado, mientras la chica planchaba. Salió de nuevo a comprarse un coche. De gama media. Ya no quería un coche muy pequeño si tenía que llevar a la pequeña, así que se compró un Ford mediano precioso en color azulón. Iría a los exámenes en coche, total tardaba un par de horas si tenía en cuenta salir de Nueva York o un poco más. Se iría con tiempo.

Pasó por el centro comercial más cercano y compró también una sillita de para Ana, un parquecito para que jugara en el y juguetes. Y una vez que terminó, aparcó el coche en el garaje no sin antes echarle un vistazo. Era precioso. Cogió las cosas y subió a casa.

Y volvió a salir a comer a la cafetería.

Ya lo tenía todo y el lunes después de ver a toda la familia, se pondría a estudiar. Tendría una rutina, llevar a la peque a la guardería, desayunar fuera, bajar a la piscina y estudiar hasta la hora de comer y luego de nuevo hasta ir por la pequeña estaría con ella un ratito y en el parquecito de juegos que le había comprado, con juguetes, la pondría al lado del despacho para echarle un ojo y se dedicaría a los exámenes. Así debería estudiar la menos 5 o 6 horas diarias, como mínimo y un

par de ellas o tres los fines de semana.

Si no aprobaba, buscaría trabajo. Iría a su antiguo bufete y si no podían contratarla buscaría en otros, pero seguiría con las oposiciones hasta aprobar. Eso seguro.

Estando en casa, a las tres se echó un rato en el sofá y llamo a su hermano, que ya estaba instalada y después llamó a Mónica. Para ella era como una madre.

—¡Ay cariño que ganas tengo de verte y ver a mi nieta!

—Mañana vamos a la cafetería y desayunamos, seguro. Tenía tantas ganas de estar aquí con Alex y ustedes.

—Y nosotros, te queremos mucho. Siento lo de tus abuelos, te has sacrificado por todos.

Y ella le contó sus planes del FBI.

—¿En serio? Pues debes hacerlo.

—Mis abuelos me dejaron dinero y yo tenía de mis padres, pero su hijo no quiere que le dé nada. Me he comprado un coche y he puesto la guardería a mi nombre y en cuanto venga, sé que me reñirá, pero no me deja Mónica y ahora no ganaré nada, pero tengo dinero.

—Tú déjalo a él.

—Pero tengo más de un millón de dólares.

—Bueno, haces como hice yo, cuando os caséis, juntáis el dinero y te quedas tranquila. Nosotros somos así, lo que me costó que West aceptara mi dinero, y eso que tenía la parte de su rancho, pero como yo tenía más del doble que él, le costó, pero somos una familia que deja el tema del dinero hasta que os caséis. Luego vas a ganar casi más que él.

—Eso si apruebo.

—Ya verás que sí. Vas a ocuparte de la niña. Puedes meter una chica para ella.

—No, quiero estar con ella, ya bastantes horas la llevo a la guardería, cuando se despierta. — No le dejo horarios salvo a la hora de salir.

—¡Ay qué ganas tengo de verla!

—Ya nos vemos mañana, dele un abrazo a West de mi parte.

—Se lo daré. ¿Y los gemelos?

—Pues los gemelos terminan este año en junio, las carreras, pero como hizo Alex harán un master de dos años, así que un par de años más el nido vacío.

—Bueno, luego me juntaré con John en el FBI, imagine, a lo mejor hasta trabajo para él,

—Sería gracioso, sí.

—Bueno Mónica, nos vemos mañana voy a recoger a la pequeña.

—Hasta mañana, mi niña.

—Adiós, adiós.

Cuando vino Alex por la noche, la niña ya estaba bañada y en pijama, jugando en su parquecito con sus juguetes y al verlo entrar por la puerta...

—¡Papa!...

—Sí, ya está papá en casa, preciosa, la sacó del parquecito y la besó y le hizo cosquillas y la niña se reía y le tocaba el pelo.

—Me quiere, mi amor.

—Eres su papá.

—Yo también te quiero a ti. —Y la besó.

—¿Qué haces?

—Ya te contaré todo lo que he hecho hoy, estudiando los exámenes. Me he inscrito ya, en cuanto salgan los exámenes pago el derecho y ya ponen en la página el día, es en Filadelfia, puedo ir y venir, me han dicho que sobre el 15 de junio.

—Ah bien, cielo, aún tienes unos meses.
—Que no voy a buscar trabajo.
—Mejor.
—Si no apruebo, me pongo a buscar trabajo, quiero dedicarme a estudiar a fondo.
—Me parece bien. Mi mujer será del FBI.
—Pero no ganaré nada estos meses cielo.
—No me importa no seas pesada mi amor con el dinero. No has querido en este año que te mande nada para nuestra hija y has pagado guardería y todo. Así que ahora le toca a su papá.
—Pues si nos casamos juntamos el dinero. Tengo de mis abuelos y de mis padres, ¿Sabes?
—Lo sé, no me importa lo que tengas.
—Pues es bastante no te creas.
—¿Sí, cuánto de rica es mi mujer?
—Tengo un millón doscientos cincuenta mil y un poquito porque he comprado un coche y lo del despacho y a Ana.
—¿En serio? —dijo sorprendido.
—Sí, por eso no quiero que pagues nada y si me caso contigo tenemos que juntar el dinero, a no ser que tú tengas mucho más que yo y quieras bienes separados.
—No, no quiero bienes separados.
—Pues deberíamos poner y el dinero cuando nos casemos.
—Cuando nos casemos hablamos.
—¡Qué pesado! Pues me he comprado un coche, el despacho, y lo que ves de la pequeña. He estado en la guardería, la he inscrito hasta las cuatro, así puedo estudiar y hacer en la piscina un poco de ejercicio.
—Yo pago la guardería.
—Esta vez ya está domiciliada.
—Sofía...
—Alex...
Y ella se echó en sus brazos.
—No seas tonto, te amo.
—Y yo. Y no puedo contigo.
—Llevo solo un día y ya no me quieres...
—No seas tontilla, ven aquí —y la besó —sabes que te necesito cuando llego a casa y hoy es un día especial. No sabes lo solo que he estado en esta casa.
—Ya no lo estarás más mi amor. —Y tocaba su miembro por encima del pantalón.
—Estate quieta loca que esto se sube. —Le decía Alex encantado.
—Eso pretendo que se suba para mí sola.
—Ya te lo recuerdo cuando la niña se duerma. ¿Habéis cenado?
—No, solo nos hemos duchado —y El dejó el maletín en su mesa de despacho.
—Pues me doy una ducha y me pongo cómodo, luego cenamos.
—¿Cómo ha estado el día? —Iba tras él al dormitorio. Dame niña si vas a ducharte.
—Bueno, no ha sido un mal día, llevo una gran empresa ahora.
—Tú puedes.
—Confías mucho en mí.
—Más que en nadie en la vida.
Y Alex la beso.
—He hablado con tu madre, —Le decía mientras él se desvestía y colgaba el traje en el

vestidor.

—Mañana vamos a desayunar a la cafetería.

—Ya se lo he dicho, tiene ganas de ver a la niña. Les llevaré las camisetas de Marbella.

—Le harán ilusión, seguro, sobre todo a mi madre.

—Bueno, te dejamos que te duches. Te esperamos en el salón. Voy a darle la cena a tu hija.

Le dio la cena y acostó a la pequeña.

Feliz, estaba en casa, y tenía todo lo que había deseado desde que lo conoció y le echó la coca cola en el pantalón —y sonrió al pensarlo.

CAPÍTULO OCHO

Cuando cenaban y la niña estaba dormida...

—Echaba de menos cenar con alguien en casa. Estás tan guapa. Todo lo que siempre soñé y lo tengo ahora. ¿Cuándo quieres casarte?

—El año que viene, si apruebo los exámenes o en todo caso encuentro trabajo, podemos casarnos cuando acaben los mellizos el curso.

—Eso es un año, nena.

—No importa, no pienso dejarte tonto.

—Me casaré con 30 años.

—Sí y yo con 29.

—Y luego dejamos un par de años y tenemos otro pequeño.

—Si quieres y ya no más. Esto es planear una vida.

—Pues claro, tonta, pero tengo planes más cercanos en cuanto acabemos de comer.

—¿Sí?

—Sí, en el sofá un rato, luego tengo que trabajar una horita o así.

—Pues me pongo contigo a todo. Pensaba empezar fuerte el lunes, pero así organizo el estudio para que me dé tiempo.

—Llevas casi un año estudiando.

—Pero necesito estudiar ahora en profundidad porque los puestos son por puntos y quiero Nueva York, no pienso irme a otro lugar, por eso quiero sacar la mayor puntuación.

—¿Cuántas plazas hay para Nueva York?

—Cinco, y quiero una, me da igual la que sea, pero la quiero aquí.

—La conseguirás. No te preocupes.

—Me esforzaré lo máximo mi amor. Lo hago por nosotros, siempre me has dicho que no te gustan los casos que llevaba.

—Y es verdad, pero si apruebas te dedicarás a la investigación, y la niña y yo estaremos más tranquilos

—Me gusta la investigación y todo es de despacho, por ordenador, claro que tendré que trabajar para un agente. Y a veces salir.

—Pero ya será distinto.

—Creo que nunca lo pensé hasta que me lo dijo Jack, pero me gusta ese trabajo.

—Pues a por ello.

Cuando recogió la cocina. Preparaba un café para tomarlo en el salón, pero Alex se puso tras ella y la abrazó pellizcando sus pezones.

—¡Ah Alex!, ¿Qué haces mi amor?

—¿Tú que crees? —Le decía al oído y metía una mano en su sexo —Y Sofía echaba la cabeza hacía atrás apoyándose en su pecho.

Y Alex, le bajó el pantalón de chándal y el tanga y sus pantalones de chándal, la arrimó a la encimera y entró en ella desde atrás tocándole los pezones y su sexo.

—Por Dios Alex, me matas así.

—Así me encanta matarte, y la besaba en el cuello, diciéndole palabras eróticas al oído. Y

embistiéndola con fuerza, dominando la relación y ella, no aguantaba más.

—Alex voy a tenerlo, sigue, mi amor, oh Dios sigue —Y él siguió fuerte y sin pausa hasta correrse dentro de su sexo.

Se pegó a ella en sus últimos espasmos y la abrazó.

—Mi amor, cuanto te he echado en falta.

—Ahora se me ha enfriado el café —Y él se rio con ganas.

—Yo intentando ser romántico...

Salió de ella y le subió y se subió el pantalón. Y Sofía se dio la vuelta Y lo abrazó.

—Ninguna mujer podrá quererte como yo te quiero.

—Lo sé y ningún hombre te amará a ti como yo —Y la cogió en brazos y se la llevó al sofá.

—¡Ay Alex!, ¿Qué haces?

—¿Tu qué crees? Tomar fuerzas para lo que me queda de trabajo.

—El café...

—Nos lo llevamos al despacho.

—Vale, mi niño.

Y se tumbó en el sofá y se la puso encima.

—No has crecido.

—Te voy a dar tonto —Y le daba.

—¡Ay, pequeña, pero qué malvada!, peleona estás hecha —Y tras jugas un poco, bajó al sexo de Alex.

—¿Qué haces mujer?

—Relajarte...

—Pero si se está poniendo dura.

—Por eso, la voy a relajar.

—Nena es qué... Oh dios Sofia —le decía mientras ella chupaba su pene tieso y duro como un mástil. Estiraba su piel al tiempo que Alex se estiraba en el sofá de placer y le sujetaba con las manos la cabeza y ella se afanaba en hacerlo feliz y lamía la medida exacta de su miembro.

Y Alex gemía su nombre y sabía el placer que su mujer le provocaba.

—Nena...

—Calla, déjate ir, no pienses.

Y no pensó y explotó como un viento de llovizna blanca.

—Agg nena, solo quiero dormir ahora —y lo limpió y se echó encima de él, descansando

Alex cerró los ojos feliz y más relajado que en toda su vida, abrazándola y acariciando su pelo.

—Eres una mujer bella. Y he tenido suerte.

—Y tú estás muy bueno y me gusta tu pene,

—¡Qué romántica cuando te lo propones!

—Lo sé, pero es que llevo tiempo sin sexo y solo pienso en eso.

—Estás... ¡Qué mujer!

—No quieres que te desee sexualmente, porque quererte te quiero.

—Sí que me gusta, pero no eres la Sofia que conocí en Harvard.

—Esa se quedó allí, esta Sofia es ardiente y sexual y tendrás que aguantarte.

—No me supone ningún sacrificio que lo sepas, casi prefiero la de ahora.

—¡Qué bobito eres!

Se llevaron el café al despacho y allí estuvieron un par de horas trabajando.

Sobre las once se acostaron y a las doce se durmieron, después de hacer el amor un par de veces.

—Me matarás antes de casarnos nena.

Y ella se reía feliz, se abrazaba a él y ponía sus piernas encima de las suyas, se acurrucaba en su pecho y se quedó dormida.

Alex pensó en la mujer distinta y sexual que era y le encantaba que lo deseara, porque él la deseaba como un loco en celo.

El fin de semana estuvieron de desayunos familiares. Todos estaban contentos de verlos de vuelta y locos con Ana.

Y el lunes empezó su vida normal. Se levantaba temprano, y cuando llegaba la chica que limpiaba, se iba una hora a la piscina, llegaba, se duchaba y se ponía cómoda y levantaba la pequeña, le daba el desayuno, la llevaba a la guardería, desayunaba y se metía en el despacho ya limpio, cerca de las diez de la mañana, cerraba la puerta y estudiaba hasta casi que la chica se había ido a las dos.

Tomaba algo y descansaba una hora. Luego volvía a ponerse a estudiar hasta las tres y media, tomaba un café e iba a por la pequeña. Jugaba un rato con ella y luego la bañaba y la metía en su parquecito a jugar y miraba exámenes porque se concentraba menos con ella, hasta que venía Alex y luego cenaban y hacían el amor. Y los fines de semana iban al parque y a casa de su suegra, para que viera la pequeña.

Los meses pasaban felices y el día 15 de junio se examinaba. Alex le dijo que se fuera el 14, a un hotel y se quedara allí tranquila esa noche hasta el examen, así no tenía que ir por la carretera estresada con el tráfico. Su madre se vendría a dormir y se haría cargo de la pequeña, luego la recogía de la guardería y estaba con ella hasta que el llegara del trabajo. En eso quedaron.

Conforme se acercaba el día, se iba poniendo nerviosa. Era un gran paso y un peso para ella y quería demostrar que podía aprobar y conseguir una de las cinco plazas para Nueva York. Sabía que había una en la sede de Manhattan, pero seguro que los primeros cinco la pedirían, o no, ya vería.

El día 14, se despidió de su niña, de Alex y de Mónica. Le desearon buena suerte.

Ella quería tenerlo. Cargada con los libros y los exámenes y algunos apuntes, tomó su coche y puso rumbo a Filadelfia. Había reservado un hotel de cuatro estrellas cerca de donde iba a hacer el examen, lo llevaba todo.

Cuando llegó, dejó su pequeña maleta con todo y su pc en el hotel. Los llamó diciendo que había llegado, y salió a comer y ver el lugar del examen.

Luego en el hotel se dispuso a repasar. A las nueve tenía el examen, así que se levantaría temprano, desayunaría fuera y que Dios la ayudara a aprobar.

Había más de mil personas haciendo su mismo examen, había más exámenes pero eran para otras actividades e incluso para ingresar al cuerpo.

Se sentó en su asiento correspondiente y le dieron su examen, dos horas el examen tipo test. Y después un tema práctico con un caso. De otras dos horas, y media de descanso entre uno y otro.

Cuando terminó su examen iba contenta, creía haberlo hecho bien. Conoció a gente de Nueva York, algunos querían Brooklyn e incluso uno cerca del Bronx. Estaba loco aquél tipo.

De esos mil que se presentaron, solo se elegirían 100 personas para todo el norte y este, la parte del sur y el oeste del país, sería al día siguiente.

Eran casi las tres cuando salió de allí comentó con algunos que se presentaron.

Estaba muerta de hambre y necesitaba un café.

Llamó a Alex

—¿Qué tal cariño?

—Creo que bien, pero ya sabes, había mil personas para todo el norte y este y solo cinco

plazas para Nueva York. Estoy muerta de hambre, voy a comer algo, me tomo un café y me echo una siesta, y luego me voy a casa.

—Vale, te espero en casa cielo. ¿Y las notas?

—En dos semanas. Se me hará eterno cielo.

—Pues aprovechas para hacer ejercicio y descansar y comprar ropa de verano, nos hace falta a todos.

—Sí, es verdad. Eso pienso hacer. Incluso me iré con la niña al parque algunos días, más temprano dando un paseo. Y meriendo fuera.

—Exacto a descansar. Luego te pones las pilas.

—Te quiero.

—Te amo mi amor, ten cuidado en la carretera.

—Lo tendré, voy despacio.

—Eso es.

Cundo llegó casi era de noche, la niña estaba cenando. Su suegra se había ido a casa y ella lo besó.

—Y mi niña, te da papi de cenar...

—Sí.

—Pues quito la maleta y dejo en el despacho todo recogido, me doy una duchita y estoy con vosotros.

Y al cabo de media hora salió al salón.

—Se ha dormido.

—Sí su papi sabe dormir a su niña —Le dijo sentado con ella en el sofá. Está rendida.

—Dame y la acuesto si quieres. Es el primer día que no estoy con ella y la he echado de menos y a ti.

—Date prisa preciosa, tengo hambre.

—Voy.

Y cuando volvió la cogió en alto.

—¿Qué haces loco?

—¿Lo sientes?

—Me parece que siento algo duro ahí, sí.

—Pues ya sabes cómo estoy.

—Sé cómo estás.

—¿Y qué vamos a hacer al respecto?

—Tendremos que quitarnos la ropa.

—Eso pienso y se la quitaron entre risas y él la penetró contra la pared.

—Nena, esto no es normal —Le decía en su boca.

—No es mejor que normal gemía ella.

—Me encantan tus tetas, y tus pezones, desde que tuviste la niña las tienes preciosas y más grandes y me excitan, —y con los empujones se le movían los pechos y eso a él lo volvía loco y siguió y siguió hasta que explotaron en un clímax maravilloso.

Ella se quedó rendida en su hombro. Y se la llevó así al sofá, y se la puso al lado.

—Hoy sí que ya estoy muerta. Mental y físicamente.

—Pobrecita mi niña.

—Necesito un descanso.

—Y tendrás medio mes para lo que quieras.

—Lo sé, pero este fin de semana, es para nosotros. Para hacer mucho el amor.

—Y sexo también

—Me gusta... —Dijo Alex.

Y eso hicieron.

Ese fin de semana fue para pasear con su niña y comer fuera y por la tarde mientras ella echaba una siesta con la niña, él trabajaba un poco.

Y se recuperó de esos últimos días estresantes que había pasado.

Hicieron el amor, tuvieron mucho sexo, de mil maneras diferentes.

—Eres una loca del sexo.

—Sí, porque me tientes mucho. Quiero disfrutarte mientras sea joven.

—¿Vamos de vacaciones a algún lado?

—No sé Alex, ¿Y si apruebo y tengo que trabajar?

—Bueno, esperamos a ver y si no, nos vamos en julio, así en agosto puedes buscar trabajo.

—Si no apruebo iré a mi antiguo bufete primero.

—¿Crees que te darán trabajo?

—Al menos el jefe me dijo que siempre tendría un hueco y si no puede ser me busco otro. Oye Alex...

—Dime cielo...

—¿Has vuelto a tener contacto con Marie?

—No, no hablo con ella, creo que sale con otro, así que eso nos ahorramos.

—Mejor.

—¿Y tú con Jack?

—No desde que me dio la tarjeta, pero si apruebo, lo llamaré para darle las gracias.

—Ummm...

—Vamos, estaría bien.

—Tengo celos.

—Eres un tonto. ¿Tú lo ves?

—Sí y no ha cambiado, sigue lo mismo con las mujeres.

—¿Pues entonces por qué tienes celos bobo?

—Porque sé que tú eres otra cosa para él que las mujeres que tiene.

—Pero yo te tengo a ti nada más y ahora te lo voy a demostrar —Y se echó encima de él

—¡Qué loca! Cualquier día me matas.

—Sí, lo haré —Y cogía su pene y lo metí en su sexo y Alex gemía...

Esos días de dedicó a dormir más, cuando la pequeña se levantaba ella también lo hacía, le daba de desayunar y se vestía. La llevaba a la guardería e iba de compras, compró ropa nueva para todos, con su tarjeta. Ya Alex pagaba suficiente.

Compró ropa de verano, a Alex le compró trajes para trabajar, en la boutique donde él se los compraba, zapatos y cinturones, corbatas y camisas, hasta ropa interior. Le compró cinco trajes nuevos de verano completos con sus complementos.

Ella también lo hizo, igual que él, por si tenía que buscar trabajo, zapatos y bolsos incluidos, un maletín de trabajo y los llevó a casa. Luego se iba a la piscina, se echaba una siesta tras hacerse algo de comer.

Otro día compró para la niña de todo para el verano.

Y el siguiente compró ropa informal para los dos y por si iban a la playa.

Y el último fue por maquillaje, pasó por el salón de belleza y se hizo de todo, por la peluquería, compró perfumes, y cosas de aseo más caras para todos y maquillaje.

Y ese día miró la cuenta. Había acabado y los vestidores estaban llenos, cambió con la chica

los trajes de invierno al vestidor de la habitación de invitados y dejó en el principal la ropa ya de verano nueva y con su hija hizo lo mismo. Todo planchado y colocado.

Se había gastado casi 20.000 dólares bien gastados, ya podía decir Alex misa.

Y dijo, y le riñó y ella le quitó el enfado como sabía.

—Eso no te va a valer hoy, estoy enfadado.

—No. ¿Y si nos vamos de vacaciones quien va a pagar?

—Yo, como debe ser.

—¡Qué machista eres!

—En eso lo soy.

—Pues ponte encima.

—¡Qué mujer! ¿Quieres que me enfade de verdad?

—No te dejaré —Y metía su mano entre su entrepierna y su pene crecía.

—Sofía, ah Dios mujer, no puedes tomarte nada en serio.

—Esto me lo tomo muy en serio.

Y él la cogía en brazos y la penetraba en el sofá.

—Luego ella lo besaba.

—Tonto, te quiero, ¿No te gusta la ropa?

—Me encanta, pero y ella le metía la lengua en la boca.

—Mi amor te quiero. Vivo en tu casa, sé por una vez bueno conmigo.

—Y lo soy...

—Pues entonces por qué te enfadas, ¿Quieres hacerme infeliz?

—No digas eso nunca.

—Ummm, qué bueno estás.

—Eres imposible —Y se reía. Y ella con él.

—Somos felices tonto.

El día que iban a salir las notas ella estuvo nerviosa toda la mañana, desayunó fuera y se metió en el despacho, con una novela, y dejó abierto el pc con la página para ver las notas. De vez en cuando la actualizaba, pero hasta las dos de la tarde no salieron.

Tenía ya los nervios desquiciados y el estómago cerrado. No había podido tomar nada desde el desayuno, salvo una tila doble.

Y por fin salieron las notas y se vio el número tres en Nueva York y saltó se alegró.

Le había tocado en Manhattan y no se lo creía.

Tenía que ver dónde estaba la sede.

Pero recibió un correo a las dos y media, con la dirección, y debía empezar el cinco de julio, en cinco días apenas a las 7 de la mañana. A las órdenes del agente Dam Stoker. El horario de 7 a 3 de la tarde. Y el sueldo 10.000 dólares mensuales.

—¡Qué pasada! Se dijo.

Y saltó de alegría., imprimió el correo y fue la mujer más feliz del mundo.

—Voy a comer fuera y llamaré a todo el mundo. —Dijo sola en alto.

Cuando llegó a la cafetería, pidió una buena hamburguesa y cerveza que le supieron a gloria y se compró una gran tarta para celebrarlo en casa por la noche con Alex.

Menos mal que se había comprado ropa de trabajo. Pero ya le dirían qué debía llevar.

Si tenía que comprarse algo se lo compraría.

Llamó a Alex y se lo dijo.

—¿En serio nena?

Sí, un horario estupendo y un sueldo mejor que... Y un trabajo sentadita. Aunque espero que me

saquen alguna vez fuera.

—Muy bien, te quiero, lo sabía, eres una mujer inteligente. Lo celebramos esta noche. Te amo.

—Y yo, te dejo que tienes trabajo.

—Adiós mi amor.

Luego llamó a su hermano, y después a Mónica y estaban locos de contentos, ella y West. Solo tendría que llevar a la pequeña a la guardería más temprano, pero no había problema. Y era más grandecita y allí que le dieran el desayuno también. Hablaría con la dirección de la guardería y el día cinco de julio entraría con un nuevo horario.

Y llamó a Jack por último.

—¡Hola Jack!, ¿Estás ocupado?

—¿Sofía?

—Sí, soy yo, la misma.

—¡Dios mío mujer cuánto tiempo!, ¿Cómo te ha ido?

—Muy bien.

—¿Dónde estás?

—Tomando una hamburguesa.

—¿Dónde?

Y le dio la dirección.

—Espera, estoy relativamente cerca y hablamos. Tengo que comer también.

—Vale. Te espero.

Y cuando él entró, estaba igual que siempre, guapo, olía mejor que bien y era un ejecutivo como Alex, impecable.

—Dios qué guapa estás.

—Gracias tú también estás muy bien.

—La maternidad te ha sentado bien, ¿Cómo está tu hija?

—Mira, —Y le enseñó la foto en el móvil.

—Es igual que Alex —Dijo Jack.

—Sí, igual que su padre.

—Bueno, y como te ha ido este tiempo, no te he visto por los juzgados,

—He estado un año en España.

—¿Y eso?

Y ella le contó lo de sus abuelos.

—¡Joder, lo siento!

—Te he llamado porque usé la tarjeta que me diste del FBI, antes de irme, llamé a tu amigo y me inscribí en la página, compré todos los libros y me presenté cuando vine, hace dos semana y adivina...

—¿Has aprobado?

—Síiii, hoy te invito.

—Vaya, te acepto.

—¿No quieres algo más pijo?

—Me viene bien una hamburguesa, no me va a matar un poco de grasa. ¿De verdad has aprobado? Si es difícilísimo entrar.

—Sí, había 1000 personas en el examen, en Filadelfia y solo cinco para Nueva York y fui la tercera, pero lo que me extraña es que me han dado Manhattan que fue lo que pedí en primer lugar.

—Bueno, ten en cuenta que a lo mejor los que han aprobado son de Brooklyn o tiene casa en otro lado.

—Eso sí.
—Bueno, pues ya me ves. Entro el día cinco de julio.
—Qué barbaridad. Ya no te veré en los juzgados.
—O sí, quizá tenga que llamarte para hacer averiguaciones si mi agente me lo pide.
—¡Qué cosas!
—Te estoy tan agradecida Jack, de verdad.
—Bueno, ¿Y cómo va tu vida con Alex?
—Perfecta, y lo sabes.
—Te envidio.
—Vamos tienes una vida libre con sexo y mujeres, una casa estupenda y un trabajo que te apasiona.
—Sí, pero tú eras distinta, ahora lo sé.
—Venga no hablemos de eso, me caso el año que viene. Ya tengo un puesto fijo y espero que me traten bien. ¿Conoces al agente Dam Stoker?
—Claro que lo conozco
—¿Cómo es?
—35 años, soltero, alto y guapo, barba, un figurín, y vanidoso como yo.
—¡Que tonto!
—No es verdad.
—Lo es, te tirará los tejos ya verás. En el trabajo es como yo, le apasiona y no deja nada al azar y te sacará a la calle.
—¿Cómo lo sabes?
—Te hará trabajar duro.
—Eso no me importa.
—No se conforma si no resuelven los casos. Es duro.
—Bueno, yo soy lista.
—Prepara una libreta para lo que te pida, se te olvidara y te lo echará en cara.
—Sabré llevarlo.
A ver si es verdad.
—Sí, a veces me consulta en sus averiguaciones si llevo parte del caso. Tenía un ayudante que creo que se jubilaba, era mayor y lo tenía frito, quizás sea más feliz contigo.
—¡Que malo eres! No me asustes.
—Te prevengo, hay que trabajar duro.
—Me estoy arrepintiendo de no haber ido a mi bufete de clase inferior.
—No mujer. Es buena persona, pero si trabajadora y un buen agente.
—Gracias, me habías asustado.
—Tiene temple, es tranquilo pero certero.
—Gracias Jack.
—De nada.
—¿En qué andas ahora?
—Un crimen pasional.
—¡Uy que fuerte!
—Sí, marido mata a mujer porque tiene un amante, pero no sé si es cierto porque la mujer tenía un seguro de vida por dos millones.
—Pues no tiene pinta de crimen pasional.
—Eso pienso yo, pero el amante está de muerte. —Y Sofia se reía.

—¿Te vas a cambiar de acera? —Y Jack rio con ganas.
—No, pero es lo que cualquier mujer diría.
—Estás loco, no has cambiado.
—Dime una cosa en serio, aunque ya no tenga importancia, Sofia, en serio.
—Dime.
—¿Hubieras salido conmigo si hubiese pensado de forma diferente?
—Sí, lo hubiera hecho, me gustabas mucho pero no quería sufrir ni que me pusieras los cuernos.
—¿Y Alex es distinto?
—Sí, lo es, confío en él.
—¿Y en Marie?
—¿Qué pasa con Marie? Sale con otro chico.
—Eso no es cierto.
—¿Cómo que no lo es? Me lo dijo Alex.
—Te equivocas.
—¿No me mientes?
—No, sigue tras él. Ten cuidado Sofia, no me fio de ella un pelo y lo mismo te dije antes y no me equivoqué.
—Pero Alex...
—No querrá preocuparte, pero no sale con nadie y hace todo lo posible por consultarle, por invitarlo, por todo, y sabe que está contigo y tiene una hija.
—¿No me estás mintiendo Jack?
—No podría hacerte eso, y lo sabes. Porque me sigues gustando mucho a pesar de que por mi vida pasen mil mujeres. Pero sé que lo amas y contra eso jamás podría luchar, y me gustas como eres también como persona y no quiero que nadie te haga daño.
—¿Y qué hago? No estoy allí. Es un buen bufete para Alex, si se va de allí por ella...
—Es el mejor bufete, por eso no se va, no tiene por qué.
—Me dejas de piedra.
—No creo que le haga caso, pero tener una mujer así es estresante.
—¿Y no puede hablar con el jefe?
—Podría, ¿Pero sabes una cosa?
—Dime...
—Que es su cuñada, está casado con su hermana.
—¡Joder Jack!
—Pues prefiero que trabaje en otro bufete, aunque no sea el más importante.
—Esa sería la mejor idea, hay otro tan importante como el nuestro, anota...
Y ella tomó nota.
—Si sigue allí estará estresado continuamente, porque no podrá evitarlo y no es que vaya a tener nada con ella, pero ella lo joderá vivo, y no es cuestión.
—Gracias Jack, confío en ti. Siempre has tenido razón. Hablaré con Alex.
—No me importa que le digas que te lo dije, hago lo mejor para vosotros. Sobre todo por ti.
—Y te lo agradezco.
—Bueno preciosa, tengo que irme, tengo trabajo.
Estas estupenda y me alegro por lo que has conseguido.
Y se abrazaron.
—Gracias Jack, eres un buen hombre.

—Sí, lo soy, contigo solo, así que guárdame el secreto.

—Lo haré. Tu secreto está a salvo conmigo.

Pero se quedó intranquila. Eso no es lo que le había dicho Alex cuando días atrás ella le preguntó si había vuelto a ver a Marie, le había mentado. Si era para no hacerle daño, no le gustaba, quería que tuviera confianza en ella. Si lo estaba pasando mal, solucionarían las cosas entre los dos.

Tenía que hablar con él y tendrían que hablar en serio. No quería que esa tipa le molestara y como decía Jack, la única forma de escapar de esa mujer era irse de ese bufete.

Lo convencería para que se fuera a otro, de eso no había duda, no iba a estar con una acosadora bajo presión. Ya el trabajo era demasiado estresante como para tenerla encima.

Pensó mil cosas que podía hacerle a Alex. A ella no iba a echarla nadie, estaba en el bufete de su cuñado y encima fue Alex el que la dejó y sacaría el tema del aborto y lo que sufrió. Sabía dónde dar y sabía demasiado.

Así que única forma de estar tranquilos de momento era salir de allí. Alex era inteligente y trabajador, era buen abogado, tenía experiencia y no necesitaba ese bufete. Había más bufetes, además si la cosa se ponía muy cruda podría dedicar tiempo a buscar.

Ella ahora tenía un buen trabajo con un buen sueldo, pero eso no evitaba el miedo que sentía. Imaginaba a Marie diciéndole cosas a Alex y quería matarla.

¿Y si le hacía algo?... La gente estaba loca. Si Alex no le hacía caso podría....

No quería pensar. Se puso nerviosa y acelerada.

Vaya, el día se había estropeado, pero al menos tenía las cosas claras. Y sabía que tenían una conversación pendiente. Pero eso no evitaba lo mal que se sintió. Tenía que contárselo alguien y quien mejor...

CAPÍTULO NUEVE

No sabía qué hacer, si hablar primero con Mónica, la madre de Alex, o con él. Pero fue por su hija a la guardería y se la llevó un poco antes. La niña iba durmiendo en el carrito y Sofia fue andando hasta la cafetería de los padres de Alex.

—¡Hola! salió West a saludarla de detrás de la barra. Le dio dos besos. Ya habían puesto las meriendas.

—¡Hola West!, ¿Cómo están?

—¿Qué tal? ¡Enhorabuena por ese puesto! —y le dio un abrazo.

—Gracias West. Estoy encantada.

—A ver mi nieta. Está dormidita.

—Sí, la he recogido antes de la guardería, quería hablar con ustedes, o con Mónica si usted no puede.

—Claro que puedo, ya tenemos puestas las meriendas. Y todo está ya más tranquilo. Pasa al despacho, llevo café y un trocito de tarta para los tres.

—Vale, si quiere...

—Ya solo nos quedan las meriendas, que las hagan los chicos si es importante.

—Lo es.

—¿Es porque has aprobado los exámenes?

—No, por eso estoy contentísima, empiezo en cinco días.

—¡Cuánto me alegro! Venga entra y dile a Mónica que haga espacio en la mesa para para los cafés.

—Vale, gracias West.

Y entró con el carrito, y saludó a Mónica, y dejaron la niña en un lado y West llevó cafés y tarta para todos.

—¡Enhorabuena! —Le iba diciendo Mónica, no sabes lo contenta que estoy, de verdad, las cosas parece que ya os van de maravilla.

—No tanto.

—¿Qué pasa hija? —Mientras se tomaban el café.

—Pues resulta que el otro día en una conversación así con Alex, le pregunté si veía a Marie, y me dijo que poco, que salía con otro chico

—Y...

—Pues un criminalista de su bufete con el que me enfrente dos veces, y que fue quien me dio la tarjeta para los del FBI.... Verán, les llamé a ustedes, a Alex, a mi hermano para decirles que había aprobado, fui a comer cerca de la guardería y lo llamé para agradecerse y decirle que había aprobado. Y estaba por la zona y hemos comido juntos.

—¿Y qué pasa? —Preguntó West.

—Pues que esa mujer Marie lo acosa desde que la dejó. Y Jack no miente nunca, eso lo sé con seguridad.

—Pero como puede ser eso. Hace más de un año. —Dijo sorprendida Mónica.

—Pues dice que lo controla, que le pregunta a todas horas, lo invita, lo llama. A casa no lo he visto, pero según Jack, es la cuñada del jefe y le está haciendo la vida imposible. Y lo está

estresando.

—Madre de Dios —Dijo Mónica preocupada.

—Es un buen bufete, pero ella nunca se irá de allí. Jack, el abogado de su bufete, me ha dado la dirección de otro bufete que es tan bueno como el suyo por si quiere enviar un currículum.

—Pero qué... —Dijo West.

—Estoy preocupada por Alex, me mintió para no hacerme daño, pero él lo está sufriendo. —
¡Maldita sea!... Ha resultado una arpía de mucho cuidado —decía West.

—Bueno, cielo cálmate, hablaremos con él y si tiene que cambiarse que lo haga.

—No creo que le haga caso, por ese lado estoy tranquila y no lo estoy. Ahora estoy muy preocupada, cada vez que me pasa algo bueno, hay algo que lo estropea. Alex trabaja mucho y no quiero que lo haga bajo presión.

—Ni nosotros tampoco —Apuntó Mónica.

—Hablaré con Alex esta noche. Iba a ser una celebración por mi trabajo, pero no estaría centrada sabiendo lo que sé.

—Mira, Ana se ha despertado, Y Mónica la cogió.

—¡Hola preciosa, ven con la abuela! —Y la sentó en sus piernas.

—Habla esta noche con Alex y yo hablaré mañana. No puedo permitir que mi hijo trabaje de esa manera. Hay más bufetes. —Dijo con decisión West.

—Eso pienso yo. Y más ahora que yo voy a ganar un buen sueldo. No tenemos que aguantarla.

—No te preocupes, Sofia lo solucionaremos entre todos. Ya verás. Alex puede trabajar en el bufete que quiera, es bueno.

—Lo sé. Desde luego quiero que se vaya de allí por su salud y por nosotros. No me fio de esa mujer.

—Ni nosotros tampoco.

—Habla con él y me llamas mañana.

—Lo haré. Tengo ya que irme. Bañar a la pequeña y darle la cena.

—Bueno cielo. Te acompaño a la puerta.

Esa noche Alex llegó más tarde de lo debido y la niña ya estaba dormida. Ella duchada y lo esperaba para cenar. Había comprado la tarta, y ya no le apetecía celebrar su nuevo trabajo.

—¡Hola mi amor! Vengo tarde, —Besándola —He tenido que tratar con un cliente. ¿Has cenado?

—No, te esperaba.

—Ven aquí, y la levantó y la besó y ella le correspondió.

—¡Enhorabuena por tu trabajo nuevo! Te lo mereces, mi niña.

—Gracias mi amor.

—¿Y la niña?

—Ya está dormida.

—Voy a darle un beso, me doy una ducha y cenamos ¿Vale?

—Sí, te espero aquí en el salón.

Cuando salió Alex desnudo de cintura para arriba, ella tuvo ganas de comérselo.

—¡Qué calor tengo!...

—Ya lo veo.

—Tú estás fresquita también.

—Sí, es un vestidillo de tirantes corto.

—Y muy sexual.

—Alex, tenemos que hablar.

—¡Uy eso qué mal me suena!
—Mientras comemos, venga.
—Vale vamos poner la mesa nena, estoy hambriento. Necesito una cerveza.
Y mientras comían...
—Venga suéltalo pequeña. Hoy es un día alegre y feliz para ti, ¿Qué ha pasado?
—Jack.
—¿Qué pasa con Jack? —Se la quedó mirando, —Sabes que no me gusta...
—Lo llamé para darle las gracias, estaba por la zona y comimos juntos en la cafetería de
enfrente
—¿Has comido con él?
—Sí, no es un delito.
—¡Joder Sofia!
—Me alegro de haber comido con él.
—¿Y eso por qué?
—Porque me has mentido y no me gusta que lo hagas.
—¿En qué te he mentido?
—El otro día te dije que si veías a Marie.
—Sí.
—Y me dijiste que salía con otro, ¿Por qué me has mentido?
—Te ha dicho Jack...
—Sí, me lo ha dicho porque me estima y por nosotros.
—¡Joder, no te he mentido!, No quiero que sufras.
—Y sufres tú.
—Puedo con ello.
—Pero no quiero que puedas con ello, quiero que busques otro bufete. Tengo la dirección de
uno muy bueno.
—No me voy a ir por ella.
—No, te vas por nosotros y por tu salud, no quiero verte estresado, ¿Me entiendes?
—¡Joder, la gente no sabe tener la lengua quieta!
—Me alegro de que me lo haya dicho, no quiero que te haga daño, tengo miedo, es una
acosadora. ¿No te das cuenta?
—Es en todo caso una pesada.
—Pero tú, no te mereces eso cielo. Hagamos una cosa.
—¿Qué cosa?
—Envías un currículum al otro bufete, y si puedes a algunos más, no digas nada, ya sé que el
dueño es el cuñado de ella.
—Te enteras de todo.
—Estoy muy preocupada, Alex, ponte en mi lugar, ¿Y si fuese yo?
—Está bien, ¿Qué quieres que haga?
—Que hables con el otro bufete, es importante también, y si te cogen, te vayas de allí al otro.
Ahora yo tengo un buen sueldo y quiero que seamos felices, en todas las facetas, hay más bufetes.
No quiero que estés con esa tipa acosadora. Hazlo por nuestra hija.
Y Alex se la quedó mirando.
—¿Me lo dices en serio?
—Sí. Dime de verdad si estás relajado en el trabajo.
—No —Le dijo serio. —No lo estoy.

—No te enfades mi amor, ni conmigo ni con Jack. Si lo piensas bien, estarás más tranquilo en otro bufete. No tienes necesidad de trabajar con esa presión, ya bastante presión tienes con el trabajo. No quiero que sufras ni me ocultes nada. ¿Lo pensarás?

—Lo pensaré sí, siento no habértelo dicho, No quería...

—Lo sé mi amor, pero ahora no tenemos necesidad. Eres un buen abogado, con experiencia y cualquier bufete estaría satisfecho de tenerte.

—Lo pensaré cielo.

Cuando terminaron de comer, recogió la cocina y se sentó junto a él en el salón. Había puesto la televisión y ella se echó a su lado.

—Pequeño

—Dime.

—¿Estás enfadado?

—Estoy celoso, has comido con él.

—Estás tonto, nos ha hecho un favor.

—A ese hombre le gustas, lo sé.

—Pero a mí me gustas tú —y acarició su pecho, duro y desnudo y lo besó.

—Alex...

—Qué.

—Menos mal que no estás enfadado. ¿Ya no me quieres? —Le dijo abrazándolo.

Claro que te quiero, pero estoy... Tengo miedo, ¿Y si no encuentro otro bufete?

—Lo encontrarás, confío en ti y en tus capacidades. Eres un buen abogado.

—Está bien buscaré, me tiene hartos.

—¿Lo ves? Tenía razón.

—Sí, la tiene.

—Pues entonces, vamos a celebrar mi trabajo.

Y metió la mano en su miembro.

—Nena...

—¿Qué pasa, no quieres celebrar nada?

—Eres tremenda. Claro que quiero.

Y le subió el vestidillo y la tumbó en el sofá.

—Estos vestidillos, me ponen.

—Te ponen cómo.

—Duro como una piedra.

—Pues ya sabes.

Y le bajo el tanga y se quitó los pantalones del pijama y entro en ella.

—¡Oh Dios! Esto sí que me calma y me da vida.

—Si no fuera por tu cuerpo...

—Mi amor, eres único, ¡Oh Dios cómo te quiero Alex!

—Nena no me aprietes tanto...

—Cariño sigue, sigue.

—No corras tanto, pequeña.

—Es que... Y tuvo un orgasmo caliente que él sintió bajar por su cuerpo y siguió entrando en ella hasta que tuvo otro que la dejó temblando.

—¡Oh Dios nene! Oh Dios, madre mía.

—Eso es una felicitación.

—Quiero esa felicitación todas las noches. No te muevas, quédate un ratito dentro.

—Se me pondrá floja.
—No me importa, me gusta sentirte arriba.
Y a mi sentir tus pechos duros como piedras.
—Son de silicona por eso.
—¡Qué tonta eres! —Y la besaba. Y la besaba y mordía sus pezones.
—No empieces de nuevo.
—¿No?
—Deja que me recupere.
Y se echó a un lado. Y ella lo abrazó, y lo besaba.
—Mi niño, quiero que seas tan feliz como yo.
—Intentaré buscar en otro lado, te lo prometo. No sé por qué me he enfadado.
—Porque llevas mucho tiempo en ese bufete, te gusta y no quisieras irte, te da miedo lo nuevo, pero yo ya he pasado por eso, y voy también a un trabajo nuevo y tú lo tendrás. Y estarás tranquilo sin que ninguna mujer te moleste.
—Está bien, comenzamos una etapa nueva.
—Y nos casamos dentro de un año.
—Se lo dije esta tarde a tus padres.
—Sofía por Dios.
—Estaba muy preocupada.
—¿Por qué?
—Porque tenía miedo. No tengo a nadie a quien contarles mis problemas y tus padres, son como los míos.
—Está bien pequeña, que te han dicho...
—Que hablarán contigo y buscaras otro bufete, opinan igual que yo, te quieren y quieren que seas feliz y se preocupan.
—¡Qué mujer! No puedo tener secretos para ti.
—No, no quiero que los tengas, ninguno. Somos una pareja y nos casamos dentro de un año. En cuanto los gemelos terminen el curso. Ana tendrá ya dos años y medio.
—Tengo que quererte sí o sí.
—Me lo has prometido.
—Eso es lo malo, que puedes conmigo tan chiquitilla que eres.
—No puedo contigo, y se puso encima de él.
—Sí, ponte encima y rózame así, que verás.
—No hay nada que tu pequeña no solucione.
—Ay Dios, te quiero tanto, nena...
El día siguiente Alex habló con sus padres y los dejó tranquilos.
—¿Hijo por qué no nos has dicho nada?
—No quería preocupar a nadie y pensé que sería poco tiempo y se le pasaría.
—Y lleva más de un año. —Dijo West.
—Ya voy a buscar otro bufete, papá, estoy en ello.
—Seguro que lo encuentras. Te vas de allí y que acose a otro.
—Bueno, os dejo. Os quiero, pasamos el fin de semana.
—Está bien hijo. Nos alegramos por todo, y busca otro sitio por tu familia y por tu salud, cielo
—Le dijo su madre.
—¿Estás nerviosa, nena? —Le dijo Alex la noche antes de empezar trabajar.
—Un poco sí, tengo que levantarme más temprano y dejar a la peque en la guardería.

- Nos levantamos juntos.
- Me tengo que llevar el coche, espero que haya aparcamiento.
- Seguro que tienen. Voy a quitarte los nervios. Sé cómo.
- Yo también.
- Ya verás que todo sale bien.
- Contigo siempre sale bien.
- No me refería a eso boba.
- Yo sí.
- Loca...

Alex se había puesto manos a la obra y envió su currículum a otros bufetes, entre ellos, el que le dio Jack a Sofía. Y andaba a la espera de que lo llamaran.

Cuando llegó al trabajo el primer día Sofía, después de dejar a la pequeña en la guardería, le dieron una plaza de aparcamiento en el sótano. Estaba a veinte minutos en coche de casa.

Se había puesto un traje de chaqueta y pantalón gris con camisa blanca y tacones, un maletín y su bolso.

Cuando llegó, a la sala amplia donde iba a trabajar, la enviaron a recursos humanos para dar sus datos, firmar el contrato y le dieron una ficha con su foto, que había dado previamente, su nombre y una cinta para colgársela en el cuello y la enviaron a su mesa.

Era una mesa de despacho con varios cajones, donde había un sillón cómodo no demasiado grande, frente a otra mesa, hacían las mesas una curva. Con un ordenador de sobremesa para ella y otro para la mesa de enfrente y algunas carpetas encima.

Allí sentado, enfrente de ella estaba el que iba a ser su agente, ya se lo había descrito Jack.

Y se presentó.

—¡Buenos días!, perdone que llegue tarde pero es mi primer día y he pasado por recursos humanos.

—Te han dado el collar —Afirmó.

—Sí —Sonrió ella. Y la saludó con la mano.

—Bueno, tengo que decirte yo las cosas, pero aquí tienes también una lista. Ropa gris y blanca las camisas, da igual pantalón o falda, si es la última por la rodilla. No pongo yo las normas, más quisiera.

—Está bien, hoy vengo bien.

—Sí, te falta la corbata negra.

—Vaya. Me compraré.

—Bueno Sofía Méndez...

—Sí.

—Casada.

—Me caso el año que viene, pero tengo una hija.

—Estupendo.

—El horario es bueno, al menos el tuyo.

—Lo sé.

—Te digo cómo trabajo.

Y le estuvo explicando el proceso de cómo trabajaba él, las contraseñas que debía guardarlas en los cajones bajo llave, como debía hacerle los informes, dónde buscar datos de personas y cómo, de empresas y le dio un libretto.

—Puedes llevártelo a casa y estudiarlo. Te será muy útil y agilizaremos el trabajo. Las carpetas, me gustan ordenadas, clasificadas y por orden. Utiliza los cajones y cada saco. Luego

los archivamos. Te diré dónde está el archivo, los metemos en cajas y les ponemos si se ha resuelto o no. El jefe nos da los casos. Este es nuestro teléfono de mesa y este es del trabajo, toma, tú le pones contraseña., este es el número y también necesito el tuyo particular, te aconsejo que lleves los dos encima, en casa puedes encontrarme alguna cosa, si lo necesito, sabes las claves. Y me ayudarás en los casos de juzgados y derecho criminal.

—Por supuesto.

—Las claves son importantes Sofía.

—Sí, las sé, me las aprenderé de memoria.

—Bueno, si recuerdo algo más...

—¿Alguna vez te i portaría salir conmigo?

—No, para nada.

—Pues hoy es uno de esos días.

—Toma esa carpeta. Te pongo al tanto por el camino.

La salida fue para ella emocionante. Fueron a la casa de la madre de uno de los asesinados del caso. Un caso farragoso de drogas con asesinatos de por medio.

A la vuelta, Dam, le dijo de iba a salir de nuevo y le dio una lista de información que tenía que buscar y le dejó la carpeta para que le agrupara la información y se la dejara allí por si se iba antes de que él volviera,

Y estuvo hasta la una buscando toda información posible. Aun así, salió a tomar algo y al volver se puso de nuevo manos a la obra y cuando creyó tener toda la información y más, la ordenó y agrupo y la dejó en la carpeta, justo en el momento en que Dam entraba.

—¿Qué tal?

—Creo que tengo toda la información posible, agente Dam.

—Dam solo, Sofía.

—Está bien. Bueno, veamos —Se quitó la chaqueta y se sentó frente a ella. Te quedan tres cuartos de hora para salir. Podemos repasar el caso por encima y mañana con más profundidad.

—Vale, lo que quieras.

Y empezaron a mirar el caso paso por paso y ella le señalizaba algunas cuestiones de derecho criminal que Dam anotaba en un folio en blanco.

—¡Joder! Esto me recorta mucho.

—Lo sé, pero no se puede, al menos en el juicio si tiene que declarar.

Y así casi terminaron de leer el caso cuando llegó la hora de irse.

—Vete ya Sofía, hasta mañana.

—¿Y la información que le he buscado?

Ya la leo yo. Si tengo alguna pregunta, te llamo o mañana la vemos. Si resolvemos el caso esta semana, tendrás que reescribirlo y dejarlo ordenado.

—Está bien. Pues hasta mañana entonces.

El día había sido estupendo, le encantaba adentrarse en los casos, aunque no estuviera en primera línea de fuego. De eso se trataba. Era más que una secretaria y le encantaba,

Esa tarde llamó a la guardería y les dijo que iría a por la niña más tarde, porque tenía que hacer unas gestiones.

Las gestiones fueron coger todos los trajes que se comprado, menos el que llevaba puesto y cambiarlos. Dejó las blusas y los zapatos, pero a cambio de compró cuatro trajes más de pantalones y otros tantos de falda en gris oscuro y cinco corbatas negras de mujer. Y tres pares de zapatos negros. Y seis camisas blancas.

Los dejó en casa, y recogió a la pequeña. Se tomó un café en la cafetería y se fueron a casa.

Bañó a la pequeña y la dejó en la entrada del baño, con el parquecito, mientras se duchaba y la pequeña jugaba con sus juguetes.

Cuando acabó, se puso uno de los vestidos frescos y cortos de algodón. Hacía calor y había puesto el aire acondicionado no muy fuerte. Se hizo una cola en el pelo y cuando estuvo lista, se fueron al salón.

—¡Ay mi niña guapa! ¿Me quieres?, —La cogió en brazos. Y jugo con ella un rato.

—Tu mami tiene un trabajo precioso. Me encanta, en cuanto me haga a él seré más rápida y sabré mucho pequeña. Estás creciendo mucho. Y la besaba y la niña a ella, le tocaba el pelo y la abrazaba.

Y así fue. El mes siguiente ella agilizaba el trabajo. Trabajar para Dam, le encantaba, era respetuoso, pero era tozudo hasta dejar los casos listos y ella ordenados.

Era educado y encantador y también irónico y ella lo pasaba muy bien. Estaba encantada. —¿Qué tal la corbata?, —Le dijo Dam el segundo día.

—No me he visto en otra.

—Y Dam se rio.

En cambio, veía un tanto triste a Alex porque no lo habían llamado de ningún bufete.

Y justo al mes de estar ella trabajando y haber cobrado su primera nómina, lo llamaron. Tenía una entrevista en el despacho que le recomendó Jack. Era otro de los grandes despachos de Manhattan.

Tenía la entrevista dos días después.

—No te pongas nervioso, ya verás que lo harás bien. Y te lo van a dar, me lo dice el corazón cariñoso, eso no cambia.

—Lo sé y la abrazó, cuando estaban acostados. Si entro no pido vacaciones este mes, que me las paguen y vamos el año que viene,

—Bueno, si puedes estar dos años sin vacaciones...

—Puedo, descansamos los fines de semana.

—Eso sí.

En la entrevista, le preguntaron por qué quería cambiarse de bufete si el otro era bueno y llevaba allí unos años con un currículum excelente y Alex no mintió. Dijo que era un tema personal, sin más.

Quedaron en decirle algo en dos días. Entraría como un abogado porque tenía experiencia para ser un simple becario más y el sueldo era similar al que tenía en el otro bufete.

Y en dos días tenía trabajo. Debía incorporarse en dos semanas.

Y cuando lo tuvo, llamó a sus padres y se lo dijo y a ella, que se alegró inmensamente.

Le dijo al director de su bufete que en cuanto terminar el caso que llevaba, no le pasara más, se iba en aproximadamente una semana. Descansaría otra y empezaría en el nuevo bufete.

Y así fue como y sin miedos, cambió de trabajo para bien.

Estaba contento, trabajaba libre y estaba más relajado en casa con ella y la niña.

Sin embargo, al mes Sofía llamó a Jack.

—¡Hola Sofía!, yo sé que me quieres y no puedes pasar sin mí.

—Sí, eso es tonto.

—Encima mujer, qué mal me tratas.

—Te he tratado bien siempre.

—Eso es muy cierto. Dime guapa, sé que quieres algo. Tu hombre se ha ido hace un mes.

—Sí, al bufete que me recomendaste.

—Voy a tener que darte más recomendaciones, te doy suerte.

—Y que lo digas.
—¿Qué quieres saber preciosa?
—Cómo anda la acosadora.
—Creo que no le ha sentado bien, pero ahora no debes preocuparte. Anda a la caza del nuevo que entró por Alex.
—¿De verdad no me mientes?
—¿Cuándo te he mentido?
—Nunca.
—Pues parece que se gustan, salieron el fin de semana pasado.
—Gracias a Dios. —Y Jack se reía.
—No te preocupes, ahora sí que está ilusionada de nuevo.
—Te quiero Jack lo sabes.
—Lo sé, no como quiero, pero me conformo. Nunca se lo digas a Alex o me despedazaría.
—¡Qué loco estás! Tú no te casarás nunca. Eres un alma libre.
—Pues ya me estoy cansando.
—La edad Jack. Lo bueno es que no pasarás la crisis de los cuarenta. Los tendrás libres.
—¡Mala eres!, anda, encima que te tengo al tanto de todo.
—Es verdad. Eres un cielo. Bueno gracias Jack de verdad.
—De nada preciosa. Cuando quieras.
—Adiós Jack.
—Adiós, adiós.,
Y él se quedó mirando el móvil.
—¡Qué tonto fui!...

CAPÍTULO DIEZ

El tiempo pasaba feliz, ahora sí que estaba ella tranquila con su familia. Su trabajo le encantaba y su jefe y Alex era feliz en su nuevo trabajo. Lo amaba sin remedio y lo deseaba tanto...

Siempre le decía que ella lo deseaba más y Alex le ponía la mano en su miembro. Y a ella la cogió en brazos o se la echaba al hombro cuando se la llevaba a la cama. Se hizo más abierto y extrovertido y siempre estaba cogiéndose o tocándose,

Los gemelos en verano, les quedaba ya unos dos años de master nada más.

Y pasaron las estaciones y llegó el invierno, de nuevo el día de Acción de Gracias y de nuevo Navidad.

West y Mónica la trataban y querían como una hija porque no había mujer que amara más a su hijo y los veían tan feliz que ojalá los gemelos encontraran mujeres como Sofia, decía West.

—Tenemos unos hijos inteligentes, aunque ellos son jóvenes aún. Pero Sofia es el amor de la vida de nuestro hijo como tú de la mía. No puedo pedir más como madre y mi nieta es el sol de mis ojos.

—No me he cansado nunca de ti. Y tenemos la primera boda a la vista y lo tenemos cerca. Fue un acierto venirnos a Nueva York, cielo

—¿Lo ves cómo me das la razón?, eres feliz con tu cafetería, tenemos buenos beneficios y buena gente trabajando, estamos juntos y tenemos una familia cerca y buena y eso es más de lo que esperaba cuando llegaste a mi cocina en el rancho y te vi, tan grande. Nuestros hijos tienen buenas carreras y los gemelos serán trabajadores como su padre. Les ayudaremos llegado el momento.

—Y yo me hubiese quedado en el rancho toda la vida por ti, mi amor. Mi pequeña... eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Pero yo, nunca me arrepentiré de haber vendido el rancho y ser feliz aquí todos juntos. Y que tú trabajaras en tu sueño y mis hijos tuvieran un futuro mejor que en el pueblo tan pequeño. Es un trabajo duro.

Y West la besaba como siempre hizo. La amaba por encima de todo. Era la matriarca del clan Ander y le encantaba que lo fuera.

Ana cumplió dos añitos y Alex dijo de contratar a una organizadora para la boda, porque no tenían tiempo. Se iban a casar el uno de julio y ese mes estarían de vacaciones ambos. Se irían de luna de miel, la abuela ya se quedaba con la pequeña, la llevaría a la guardería y la recogía.

Se quedaría en casa con los abuelos. De luna de miel se iban diez días solamente, luego se irían con la pequeña cerca, eso ya lo verían a la vuelta.

De momento la celebración sería en un hotel de cuatro estrellas de Manhattan. Sofia no quería una boda demasiado ostentosa, pero bonita.

Se compró un vestido de novia precioso, de tirantes estrecho hasta abajo de encaje en blanco roto.

Había una revolución el mes antes de la boda y ellos trabajando y eligiendo cosas. La noche de bodas en la suite nupcial del hotel, y luego se iban de vacaciones, allí dejarían las maletas y la organizadora se llevaría después el vestido y el traje de novia y todo a la casa de Mónica. Hasta que vinieran.

Todo lo tenía la chica controlado, las invitaciones, flores, hotel, cerca de cien personas. Y solo quedaba el viaje de luna de miel.

—¿Vamos a París cielo? —Le dijo él una noche.

—Me encantaría.

—Estamos seis días y volamos a Noruega cuatro días.

—Me encanta. Siempre quise ir a Noruega.

—Por eso cielo.

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué sorpresa?

—Tu hermano vendrá con tu cuñada y los dos chicos.

—¿En serio?

—Sí, ya les tengo una suite en el hotel y mandados los billetes con todo pagado.

Y ella se emocionó y lloró

—No me ha dicho nada ni tú tampoco.

—Quería que fuera una sorpresa, se quedaran cuatro días. Es un regalo para ellos. Aunque nosotros no estaremos con ellos salvo dos días.

—No importa mi amor, pero estará en mi boda y me llevará del brazo.

—Exacto.

—Les dije a tus padres que fueran mis damas de honor.

—No me lo creo.

—Si y lo serán.

—Mis padrinos serán mis hermanos.

—Toda la familia. Dios qué contenta estoy.

—Yo más.

—Mi amor —Le dijo Sofia.

—Dime cielo...

—Tenemos que hablar de dinero.

—Ya está todo pagado, los viajes y todo.

—Lo sé, porque eres un cabezota pero si no juntamos el dinero ya, no me caso y quedan cinco días,

—¡Está bien!, quieres que juntemos nuestro dinero y tengamos una de ahorro y otra con los sueldos.

—¿Cómo lo sabes?

—Te conozco ya.

—Mañana vamos temprano y lo metemos en tu cuenta y abrimos otra a nombre de los dos y en esa tuya de tu nomina pongo la mía en cuanto llegue al trabajo.

—Perfecto.

—Voy a mirar qué me queda, la boda se ha llevado un pico.

—¿Cuánto tienes Alex?

—Un millón doscientos y pico después de pagar la boda.

—¿Cuánto de pico?

—34. 000 y tú...

—Un millón trescientos sesenta y dos mil dólares.

—Más que yo.

—Es que has pagado la boda cielo.

—¿Metemos en la de ahorro los dos y medio? Y nos quedamos los casi 100.000 de la luna de

miel y nos ingresarán las nóminas, y con las nóminas debemos vivir y al empezar cada año metemos algunos ahorros.

—Me parece bien chiquita.

—Por una vez, Gracias Dios.

—¡Qué loca!

—Y se puso encima de él.

—Somos ricos.

—Tú estás rica.

—¿Cuánto de rica?

—Te lo digo —Y cogía su pene y entraba en ella...

—Sí, está rica, ahora Dios Alex...

La boda...

La boda fue preciosa y no pudo ser más emocionante con toda la familia que ella quería y estaba a su lado. No podía pedir más a la vida.

Recordó a sus padres y se emocionó por ellos, pero Alex le había escrito unos votos maravillosos y ella a él también.

Todo, salió perfecto y felicitaron a la organizadora.

La suite también era perfecta como su marido ahora, ahora ya no era Sofia Méndez, sino Sofia Ponce Méndez, quiso conservar el segundo apellido, porque mantener las costumbres de ambos países. No quería perder los suyos.

—Ahora ya eres mía, pequeña.

—Siempre he sido tuya, mi amor, desde que te vi por primera vez.

—Fue un flechazo.

—Fue un flechazo, pero estoy cansada, creo que el día de mi boda no podré hacer el amor.

—Sí que puedes, una ducha y allí será el primero.

—Loco, estoy muerta

—Por eso, déjate hacer —Y cuando se desnudaron y se fueron al baño, él la pegaba contra la pared del baño y le hizo el amor para que supiera que era suya entera en cuerpo y alma. Y se corrieron como locos bajo el agua gimiendo poderosos.

—Menos mal que no podías y casi me matas, pequeña.

—Ay de verdad Alex, un par de horas y me despiertas.

—Pobrecita.

Y se acurrucó en la cama con ella.

Pensar que la conoció con veintiún años y que fue su primer amor y ahora estaba allí con ella. Habían crecido, era toda una mujer, la madre se sus hijos, la mujer más bella que amaba y amaría.

Era caliente y sexual para él. Siempre pensó que su vida con ella sería una vida feliz y tranquila preciosa, pero ella no era lo que él creía, era fuerte y luchadora y era una buena amante y no podía resistirse a sus pequeñas manos cuando lo acariciaba, era tocona y le encantaba que lo deseara. Y sonriendo se quedó dormido abrazándola.

Cuando despertaron pidieron el desayuno.

—Sabes que me sorprendió que tu madre fuese de rubia con el pelo por los hombros y tu padre sin rastras.

Y Alex se reía con ganas.

—Jamás lo hubiese pensado, me dijo que se había quitado un peso de encima.

—Pues parece más joven —decía mientras tomaba el café.

—Sí es verdad. Es dos años mayor que mi madre no llega a dos, pero parecen unos jovencitos.

—¿Sí, verdad?

—La boda salió magnífica, ¿Verdad mi amor?

—Todo. Pero no pienso salir de aquí hasta las cinco para irnos al aeropuerto, ya nos despedimos ayer. Llamamos a mi hermano y a tus padres para ver cómo está la niña y ya están.

—Y fuera, quedarnos en la cama, tengo mucho trabajo en tu cuerpo hoy.

Y ella se reía.

—Tenemos muchos días.

—Pero veremos lugares, así que hoy voy a leer tu cuerpo bien leído, unas pinceladas aquí, —y le tocaba los pezones.

—Otras aquí, —Y le tocaba el sexo.

—Loco para.

—Esto está mojado Sofia.

—Bien sabes por quién es, no hay nadie más.

Y se metía en sus piernas.

—Vamos a probar primero.

—Ummm Alex loco... ¡Ay Dios!...

Y él se afanaba en pintar en su sexo hasta que ella encendida se derramaba en su boca.

Luego entraba en ella y le provocaba otro orgasmo sin cansarse de ella.

—Creo mi amor, —Le decía Sofia jadeando, que esta luna de miel mojada va a ser demasiado mojada,

—Umm, para eso son las lunas de miel, me pones cachondo y me corro.

—¡Qué expresiones!

—Te gustan cuando te las digo al oído y te cojo sí y te penetró hasta el fondo.

—Sí, me pones, me pones de todas las formas.

—Lo sé bonita.

—Te amo mi niño.

—Y yo a ti.

Por la tarde salieron rumbo Paris, donde lo pasaron estupendamente, no le quedó un lugar por visitar, de la lista que llevaban.

Hacían el amor, salían a comer, llamaban a casa para ver cómo estaba la niña y a visitar lugares como dos adolescentes.

Nunca habían podido hacer algo así solos, juntos y fue para ellos lo más maravilloso. En París compraron regalos para todos,

Y de ahí fueron a Noruega. Estar allí era retornar a la tierra de los vikingos. Estar como en otro planeta. Maravilloso.

Sofia tenía una ruta para visitar los fiordos y alquilaron un coche, se hicieron infinidad de fotos en lugares maravillosos y pasearon en un barco, comieron salmón y se les acabó demasiado pronto la luna de miel. Y pocos días para ver lo que querían.

Pero echaban de menos a su hija.

Cuando llegaron, la niña estaba como loca con sus papás y los regalos.

Se quedaron en casa una semana y el resto salían al parque, ella quiso ir a Cambridge y recordar dónde se conocieron y pasaron allí un día y volvieron por la noche. Pasearon por Nueva York, porque a pesar de vivir allí no había visto prácticamente nada, y visitaron los barrios más importantes, comían fuera y los tres últimos días antes de empezar de nuevo a trabajar, salían a pasear por la mañana con la pequeña y descansaban en casa toda la tarde,

—Dios mío mi amor, qué bonito mes contigo. Ha sido lo más. Pero no ha sido un descanso, estoy más cansada que cuando me fui, entre el estrés de la boda y ver todos los lugares... Pero ha sido fantástico. Que sepas que si vamos el año que viene, medio mes de playa.

—Iremos todos los años de vacaciones los dos solos, te lo prometo. Y a la playa.

Dos años después...

Alex dijo que deberían tener otro hijo si querían dos chicos, porque se iba a llevar con Ana, casi cinco años, y ella le dijo que sí, tenía 31 años y él 32 y era la hora de tener otro hijo, aun jóvenes.

Por su parte los gemelos habían acabado su master ese verano y como Alex, se quedaron en casa de sus padres.

John dijo que hasta entrar en el FBI, se prepararía a fondo las oposiciones, y se metía en su habitación y en el estudio y de allí no salía. Aunque no tuviese trabajo quería entrar desde el principio.

West, el otro gemelo encontró trabajo en un estudio de arquitectura nada más pasar el verano.

Tenían 24 años, como cuando Alex terminó sus estudios y Mónica y West, estaban contentos de tener de nuevo a sus hijos en casa aunque sabían que sería por poco tiempo. West dijo que se iba en cuanto estuviese en plantilla en el estudio de arquitectura y John en cuanto aprobara las oposiciones.

Y así, el año siguiente ocurrieron muchas cosas.

Ana cumplió cinco años, Sofía 31 y Alex 32, los gemelos 25 y Mónica 52, West padre 54, jóvenes aún con su cafetería funcionando a pleno rendimiento.

El primero en irse de casa de sus padres fue West, que lo hicieron fijo y sus padres le compraron un apartamento de tres dormitorios, amueblado, y él se compró un coche., para eso trabajaban sus padres, quisieron que todos sus hijos tuvieran su casa sin hipotecas. Aparte de tener guardados, aún dinero de los ahorros del rancho, habían hecho una pequeña fortuna con la cafetería.

La casa era preciosa y tenía un gran despacho y estudio de diseño que les encantó a todos, su coche nuevo y su plaza de garaje,

John aprobó las oposiciones en junio del FBI, pero quiso quedarse un tiempo más en casa, hasta ganar al menos para un coche. Les dijo que medio año o así, ya se habían gastado en West un dinero, pero Mónica le dijo que había igual para él, aun así, dijo que se quedaría unos meses, cuando encontrara un apartamento que le gustase, ya se lo diría a sus padres,

Y lo encontró a los tres meses, en el edificio de su gemelo, éste se lo dijo. Y lo prepararon como prepararon el de su primer gemelo. Se compró su coche como su hermano y tenía el vestidor lleno de trajes grises del FBI como su cuñada Sofía y se reían cuando hablaban de ello.

Trabajaba en Brooklyn, pero dijo que en cuanto hubiera plaza en Manhattan se iba, de todas formas vivía allí.

Y en octubre vino el pequeño Alex al mundo, igual que su padre, igual que su hermana Ana. El parto fue más corto que el de su primera hija.

Ya tenían todas las habitaciones completas, le habían cambiado la habitación por una infantil a Ana,

Y Alex dijo que en un par de años comprarían un apartamento de cuatro dormitorios más grandes, que ese les quedaba pequeño.

Y dos años después lo compraron y se mudaron. Lo encontraron en el mismo edificio y eso era lo que Sofía quería.

Alex estaba feliz con su familia y los abuelos decían que a ver si los gemelos encontraban ya a chicas serias, pero ellos no están aún por la labor, eran felices con todo lo que tenían.

—Cielo, le dijo Alex a Sofía.

—Dime...

—Con el apartamento nuevo y la decoración y demás han bajado los ahorros.

—Lo sé pero tenemos todavía cielo. Tenemos millón y medio, te gusta quejarte. Empezaremos a ahorrar de nuevo y no pienso cambiarme más. Además, estamos en el mismo edificio. Si tenemos dos sueldos buenos, en unos años tendremos buenos ahorros y vamos de vacaciones y salimos.

—Es verdad, ya Sofia entra al cole y no tenemos gastos con ella, y el peque en la guardería un año más y eso ahorraremos, aunque tenemos a la chica para ellos.

—Pero se reparten el tiempo y el trabajo.

—Eso sí.

Veinte años después...

Alex había cumplido 52 años y Sofía 51. La vida había pasado feliz, en un soplo. Ella seguía en su mismo trabajo con el mismo agente, Dam Stoker, se hicieron amigos, más que amigos hermanos y muy buenos compañeros de trabajo. Antes de que Dam, le pidiera algo, ella ya sabía qué le iba a pedir.

Y trabajaban como uno, nunca tuvieron un choque y eran efectivos como pareja de trabajo. Los habían felicitado varias veces,

Alex, también seguía en el mismo bufete aunque el jefe se jubiló y su hija se había hecho cargo renovando la plantilla pero a él lo había dejado, porque era bueno.

Los gemelos habían cumplido 45 años y tenían sus vidas y los abuelos habían vivido toda una vida llena de amor.

Habían traspasado y vendido la cafetería por un buen precio. Tenían 74 y 76 años y estaban en forma, siempre estaban andando y haciendo planes, viajando a lugares donde no pudieron ir antes por el trabajo y pendientes de sus nietos.

Cuando vendieron la cafetería, les dieron a cada uno de sus hijos 20 millones y estos no querían porque tenían su propio dinero, pero ellos dijeron que aún les quedaba demasiado y que cuando murieran serían suyos también, que era una ayudita de momento.

Los abuelos de Alex, los padres de Nolan su padre verdadero murieron años atrás, así como su padre, de una enfermedad, dos años antes.

Los abuelos les dejaron a sus hijos Nolan y Oscar su herencia y Nolan a su hijo.

Alex no se creía lo que tenía su padre. Cuando cobró su herencia con el dolor de la pérdida por él a los 80 años. Aún era joven, pero no superó su enfermedad y tuvo muchas conversaciones esos últimos días con su hijo, entre ellas que nunca dejó de amar a su madre.

Alex recibió más de 70 millones de dólares, que junto con los que tenían ellos horrados era una barbaridad, decía Sofía.

—Para nuestros hijos, como hizo mi madre. Tendrán su casa cuando acaben de estudiar.

Ana Ponce, la hija mayor había cumplido ya 26 años. Estudió derecho como su padre y su madre en Harvard, y había hecho un master. Sus padres querían la mejor educación para sus hijos y ya trabajaba en el bufete de su padre que la recomendó. Se especializó en separaciones y divorcios.

Y cuando llevaba un año trabajando se quedó en plantilla y sus padres le compraron un apartamento decorado como quisiera. Y un millón de dólares.

Estaba encantada, se le parecía tanto a su padre que sentía devoción por él y Sofía lo sabía, desde pequeña era la princesa de su padre y éste la consentía en todo.

Era una chica pequeña, extrovertida y simpática donde quiera que fuese relucía. Trabajadora incansable como su padre y cuando tuvo su apartamento daba saltos de alegría.

Era feliz por naturaleza y guapa. No pasaba desapercibida.

—Volvemos a estar solos pequeña —le decía Alex a Sofía.

—Aún nos queda Alex.

—Pero le quedan tres años de universidad. Desde siempre quiso ser ingeniero.

—Sí, lo tenía claro como el agua.

—Bueno, alguien es distinto en la familia.

—Es tan alto como tú, me recuerda a ti cuando nos conocimos. —Decía Sofía.

—Espero que alguna chica le eche la coca cola encima en alguna fiesta. —Y se reían.

—¿española?

—¿Imaginas? Mi niño...

—Mi niña para ti es tu niño.

—¡Qué vacía está la casa!

—Disfruta mujer...

—Disfruto con mi trabajo y contigo. Pero el tiempo se me ha pasado tan feliz y volando... Me gustaría ir a ver cómo está Marbella, donde nacimos y así vemos a mi hermano y a mis sobrinos, hace dos años que no los vemos. Desde que vinieron.

—No estaría mal, pues nada este año vamos a Marbella.

—Podemos alquilar un coche y visitar Andalucía, tapear, ir a otras playas. Un mes entero

—¿Y Alex?

—Alex que se vaya a casa de Ana, por un mes no le pasará nada, no coincidiremos con ella de vacaciones, y todo solucionado. Se lo comento mañana en el trabajo.

—Estás bueno para tener 53 años mi amor y no necesitas ni viagra siquiera.

—Pero ¡Qué tonta sigues siendo! Contigo a mi lado no necesito nada, eres una tocona, la tengo pelada del uso que le has dado.

—¡Ay mi amor! —Se reía Sofía —¡Qué gracioso eres! Me gusta mucho el sexo contigo y aunque ya no tengo la regla debes estar contento, te deseo y siempre estoy húmeda para ti.

—Eres una salidilla.

—¿Qué frase es esa?

—Española.

—¿Y desde cuando te pones a aprender frases españolas?

—Desde que te tengo.

—Y tú eres un cachondo.

—Esa no es la frase,

—¿No? ¿Entonces cuál es?

—Estoy cachondo, nena.

—Has aprendido mucho.

—No tanto, si eso es lo que he aprendido en más de veinte años contigo no he aprendido nada.

—¿Tú crees?

—Sofía... que te conozco.

—Alex... ¡Qué bien me conoces!

Y bajó a su sexo y lo chupaba sin medida, mientras él jadeaba y gemía y se ponía su sexo alerta. Hasta que él explotaba y ella lo miraba como un dios, siempre le había encantado su cuerpo. Era su debilidad.

Alex, nunca necesitó ni pensó en otra mujer, porque en casa tenía todo cuanto necesitaba y amaba, y a ella le pasaba lo mismo. En cuanto estaba en la cocina o en cualquier lado y había un poco de silencio en casa ya estaba buscándola como un loco en celo.

—Es que estoy sordo si no te oigo trastear —Le decía.

—Sí, claro, lo que quieres es que te trasteo —Decía ella.

—Cuando acababan de hacer el amor...

—¡Qué feliz me has hecho mi vida todos estos años!

—Y tú a mí.

—Imagina que me hubieses dejado con Marie.

—Pues estuve a punto, pero eras mío. No luché lo suficiente porque no quería romper tu relación, pensé que la querías, que te habías enamorado de ella.

—Solo me he enamorado una vez en la vida, es pequeña y preciosa y me ha dado dos hijos maravillosos, y buenos.

—Tú, me has dado una familia grande y feliz que tanto he querido siempre.

—Me preocupan mis padres. Hablando de la familia.

—¿Por qué?

—Se hacen mayores Sofía,

—Pero si están en forma Alex. Son tan dinámicos, no paran.

—Aunque estén en forma van llegando a los 80 y ese número no me gusta nada.

—No te preocupes, no estarán solos. Cuando no puedan estar en su casa, esta es muy grande. Nos sobrarán tres dormitorios. No los dejaremos solos con una señora ni en una residencia, no dejaré a mis abuelos y a ellos no los dejaremos, aunque tenga que dejar el trabajo para siempre. Son como mis padres. Podemos pasar sin que yo trabaje. Contrataremos a una chica, pero no para que estén internos, sino para que me ayuden a lavarlos y pasear y demás, que los cuide y estarán con nosotros. La habitación de invitados es la suya, con su ducha amplia y su vestidor,

—¿En serio harías eso?

—Son mis padres cariño, y los tuyos y lo haremos por ellos, a mí no me importa mientras te tenga,

—¿Y el sexo?

—¿Qué pasa con el sexo?

—No tendremos libertad como ahora.

—No digas tonterías, tenemos libertad en la habitación, siempre se encuentra un sitio, o podemos quedar como amantes en un hotel. Te escapas del trabajo, yo los dejo con la chica y...

—Eso no lo hemos probado. —Y ella se reía.

—En serio, Sofía, eres una mujer valiosa y he tenido la suerte de conocerte.

—Y de amarme.

—Y de amarte.

CAPÍTULO ONCE

Unos años más tarde

—¿Crees que lo conseguiremos mi amor? —Le decía Mónica a su marido West.

—Espero que sí.

—¿Entonces nos ponemos manos a la obra?

—Sí, va a ser grandioso y va a ser difícil y complicado, pero vamos a intentarlo. Nosotros pagamos todo, las reservas, el avión, los alquileres de los coches y la estancia de todos, de nuestros hijos y nietos, hay que calcular las cabañas. Espero que tengan para todos porque vamos a ocupar todo el lugar.

—Hay que con seguir que todos tomen las vacaciones el mismo mes, eso es lo complicado.

—De eso me encargo yo —decía Mónica, aunque tenga que llorarles, pero no puede faltar ninguno. Solo es una semana, el que no pueda en vacaciones, que la pida, así de claro.

—Va a ser fantástico, no se lo va creer nadie cielo.

—Sí, vamos a volver al rancho, a mi rancho, donde cocinabas. La verdad que el cambio de rancho de animales a rancho turístico ha sido genial, las vistas maravillosas y las cabañas me encantan.

—Los chicos lo van a pasar estupendamente.

—El que más lo recordará será Alex, los gemelos quizá un poco, pero eran más pequeños.

—Me encantaría ver a nuestros hijos y nietos todos juntos, donde nos conocimos, el origen de mis abuelos y mi madre.

—Quizá esté aún el pequeño cementerio.

—Si está, llevamos flores.

—Por supuesto.

—Es que hace 50 años que nos casamos en ese rancho y pasar juntos tantos años amándonos, es difícil de conseguir

—Nuestras bodas de oro. Será nuestro regalo.

—Debería ser al contrario.

—Sabes que están ocupados y nosotros los amamos tanto... Somos una gran familia.

—Sí, cuando nos juntamos, tienes que ser en un hotel ya o un restaurante.

—Mejor, así no recogemos.

—Toda una vida contigo y sigues igual de guapa que siempre.

—Sí, claro, igual que cuando nos conocimos. —Ironizaba Mónica.

—Para mí sí. No ha habido otra y hemos trabajado mucho codo con codo.

—Siempre juntos.

—Bueno vamos a ponernos manos a la obra primero a Alex y a Sofia sus hijos....

—A convencerlos.

—Si tú no eres capaz, nadie lo será, pequeña.

—Te amo West y tengo miedo.

—De que...

—De que me faltes o te falte, mi amor.

—Es ley de vid pequeña, pero lo que nosotros hemos vivido nadie lo ha hecho o muy poca

gente, y no quiero que pienses ahora en eso, aún somos jóvenes y vamos estar felices con nuestros hijos en tu rancho.

—¿Crees que podremos?

—Sí, lo veo. Nos veo a todos juntos felices.

—¿Te has vuelto adivino?

—Lo veo como tú viste nuestra cafetería.

—Está bien, hago las llamadas...

—Dame un besito antes

—Cómo no, mimoso...

Querían tener el último sueño de su vida, reunir a sus nietos novios o novias o parejas y a sus hijos y estar todos juntos una semana en el rancho que una vez fue suyo.

Se habían enterado, bueno West se había enterado de que habían hecho de él un rancho turístico unos años atrás, mirando para ir a pasar unas vacaciones con Mónica y lo vio. Se lo dijo a ella.

Y ahora querían pasar una semana con todos. Se harían cargo de los gastos, de todos, tenían y cumplían sus bodas de oro, cincuenta años de casados, de amor inmenso.

Y se animaron a cumplir el sueño de ambos, estar todos juntos, porque conforme pasaba el tiempo siempre, faltaba alguno a las cenas familiares, era normal, tenían familias, pero esa era una buena ocasión para tenerlos a todos.

Y su sueño se hizo realidad, meses después. Todos acudieron al rancho Ponce, cuyo nombre ya había cambiado. Pasaron una semana en familia, montando a caballo, haciendo rutas, en la piscina y bailes por la noche... Incluso respetaron el cementerio que se amplió con otras personas

Alex le dijo a Mónica que el rancho de al lado, encima de la colina, fue de su padre Nolan.

Eran una gran familia y West y Mónica estaban tan emocionados de volver a su rancho... estaba precioso. Tenerlos a todos fue un agradecimiento a Dios por el amor que todos se tenían y en eso, ellos habían puesto todo de su parte.

Sus hijos les regalaron entre todos una réplica del rancho de Dubois, de cómo estaba cuando Alex vivió allí 17 años, tenía fotos antiguas y mandaron a hacerla al despacho de arquitectura de West, el hijo de Alex y se lo regalaron y Mónica y West se emocionaron, pero ellos sabían que su mayor regalo, era tenerlos a todos juntos, donde fuera.

Pero allí, fue tan especial... que no había más felicidad en el mundo para ellos.

ACERCA DE LA AUTORA

Erina Alcalá, es poeta y novelista, nacida en Higuera de Calatrava, Jaén, Andalucía, España. Ha impartido talleres culturales en el Ayuntamiento de Camas, Sevilla. Ha ganado varios premios de poesía, entre ellos uno Internacional de Mujeres, y ahora escribe novelas románticas de corte erótico. También colabora con Romantic Ediciones en las que encontrarás parte de sus novelas. También publica en Amazon en solitario con bastante acierto entre sus lectores.

Entre sus obras, por orden de publicación encontrarás:

1	Una boda con un Ranchero	(Romantic Ediciones)	(Serie ranchos romántico-erótica)
2	Un amor para olvidar	(Romantic Ediciones)	(Serie romántico-erótica)
3	Cuando el pasado vuelve	(Romantic Ediciones)	(Serie romántico-erótica)
4	Un vaquero de Texas	(Romantic Ediciones)	(Serie ranchos romántico-erótica)
5	Tapas en Nueva York	(Romantic Ediciones)	(Serie romántico-erótica)
6	Otoño sobre la arena	(Romantic Ediciones)	(Serie romántico-erótica)
7	Tu rancho por mi olvido	(Romantic Ediciones)	(Serie ranchos romántico-erótica)
8	Un Sheriff de Alabama	(Romantic Ediciones)	(Serie ranchos romántico-erótica)
10	Una noche con un Cowboy		(Serie ranchos romántico-erótica)
11	Pasión y fuego		(Serie romántico-erótica)
12	El amor viste bata blanca		(Serie romántico-erótica)
13	Teniente Coronel		(Serie romántico-erótica)
14	La equivocación		(Serie ranchos romántico-erótica)
15	El otro vaquero		(Serie ranchos romántico-erótica)
16	El escocés		(Serie romántico-erótica)
17	El amor no es como lo pintan		(Serie romántico-erótica)
18	La lluvia en Sevilla es una maravilla		(Serie romántico-erótica)
19	Tres veces sin ti	Saga Ditton, I	(Serie romántico-erótica)
20	Consentida y Caprichosa	Saga Ditton, II	(Serie romántico-erótica)
21	Solo falta Jim	Saga Ditton, III	(Serie romántico-erótica)
22	Trilogía Ditton	Saga Ditton completa	(Serie romántico-erótica)
23	La chica de Ayer		(Serie ranchos romántico-erótica)
24	Escala en tus besos		(Serie romántico-erótica)
25	No tengo tiempo para esto		(Serie romántico-erótica)
26	¿Quién es el padre?		(Serie ranchos romántico-erótica)

			erótica)
27	Y tú, ¿Qué quieres?		(Serie romántico-erótica)
28	Segunda Oportunidad		(Serie romántico-erótica)
29	Te juro que no lo he hecho a propósito		(Serie romántico-erótica)
30	Los caminos de Adela		(Serie romántico-erótica)
31	La vida de Eva		(Serie romántico-erótica)
32	El número 19		(Serie romántico-erótica)
33	El Lobo de Manhattan		(Serie romántico-erótica)
34	Ojos de Gata		(Serie romántico-erótica)
35	Lo que pasa en las Vegas se queda en las Vegas		(Serie romántico-erótica)
36	El hombre que más amo		(Serie romántico-erótica)
37	I Mónica	Los Hijos de Mónica Amder	(Serie romántico-erótica)
38	II Alex	Los Hijos de Mónica Amder	(Serie romántico-erótica)